El lugar de lo que no dijimos



ÁNGELA DREI


El lugar
de lo que
no dijimos
ÁNGELA DREI

El lugar de lo que no dijimos
Copyright © 2025 Ángela Drei
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre 2025
Sello: Independently published
Imagen de portada: Depositphotos
Diseño de portada: Ángela Drei

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.Los hechos y/o personajes son ficticios, cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Corazones En La Toscana

Amores intensos, heridas que aún duelen, segundas oportunidades y el vértigo de volver a sentir.

La Serie Corazones en la Toscana reúne novelas románticas independientes, unidas por la misma esencia: personajes imperfectos, relaciones que arden entre la tensión y el deseo, y escenarios que van de Bruselas a la Toscana, con el corazón siempre como campo de batalla.

Cada historia te llevará a descubrir que el amor no siempre llega en el mejor momento… pero siempre llega para cambiarlo todo.

Como un lunes sin ti *– Carlos, acostumbrado a vivir bajo control, arriesga su carrera y su vida entera para viajar a la Toscana e intentar conquistar a Luca.*

El lugar de lo que no dijimos *– Paolo regresa al viñedo familiar y se reencuentra con Martina, la mujer que siempre lo quiso en silencio.*

Quédate hasta el amanecer *– Solo una noche. Un beso más. Y al amanecer él cambiará todo por ella.*

If I lay here, if I just lay here...

SNOW PATRO, CHASING CARS

1

PAOLO

—El entrenador ha dicho que descanses lo que queda de semana.

Debería ser más educado y contestar, pero es que ahora mismo lo único que quiero es estar solo.

—Vamos, Paolo, ya sabes cómo va esto. En unos días estás como nuevo.

No tengo mucho dolor. En cuanto he sentido el latigazo, he dejado la carrera. Mario, nuestro fisioterapeuta, lleva razón: ya sé cómo va.

Es la segunda vez que me sucede esta temporada y no quiero echar la cuenta de las veces he estado lesionado en los dos últimos años.

Me da una palmada en el muslo al terminar el vendaje en la rodilla y me deja en la camilla.

Después de tantas horas con nosotros, nos conoce lo suficiente para saber cuándo dejarnos a solas con nuestras miserias.

Respiro profundo y suelto los bordes metálicos. Los nudillos me arden de tanto apretar.

Lo peor no es el dolor físico, ese nos acompaña durante buena parte de nuestra carrera deportiva, lo duro es lo otro, lo que sientes bajo las costillas, lo que te hace apretar los dientes para no maldecir o echarte a llorar como un crío de cinco años.

Hay momentos en que todos nosotros nos comportamos de esta forma. Nos gustaría revolcarnos en el suelo, patalear y formar una rabieta. No nos serviría de nada, igual que a los niños.

Aún es pronto, faltan por lo menos otras dos horas de entrenamiento, puedo estar aquí un rato más sin molestar a nadie. Esta sala se usa para exámenes físicos rápidos, no creo que otro compañero se lesione hoy, ya me llevo yo toda la mala suerte.

—¿Cómo vas?

Vaya, no había contado con Ezio, claro.

—Bien. Me marcho ya.

—¿Te llevo?

—No. Puedo conducir.

Para darle credibilidad a mis palabras, me levanto y doy un par de pasos.

Puedo caminar y conducir. ¿Jugar? No.

Ezio frunce el ceño. No hace falta decir más: nos entendemos.

Voy a por la bolsa al vestuario y él se marcha para continuar el entrenamiento.

No me cruzo con nadie conocido al abandonar el centro de entrenamiento, pero en la puerta siempre hay seguidores. Podría marcharme sin más, ignorarlos, ponerme las gafas de sol y pitar un par de veces hasta que me dejan salir.

Sin embargo, cada vez que salgo bajo la ventanilla, poso para las fotos y firmo alguna camiseta.

No tienen la culpa de que yo me sienta como la mierda en estos momentos, ellos quieren un poco de ilusión.

Mi chalet en Fiesole es completamente diferente a la casa de mis padres en el viñedo. Lo compré con mi primer sueldo importante. Tenía veintiún años y quería demostrar a todos dónde había llegado. Como otros compañeros, elegí una casa con jardín, piscina, un gran garaje y una sala de entrenamiento. Ezio vive en la

misma urbanización en una casa idéntica. Samuel, el capitán, también; aunque él sí ha tenido familia, su matrimonio duró un año y el resultado fue un chaval precioso y una exmujer que nos odia a todos.

No me gusta demasiado vivir aquí. Tengo contratados la mayoría de los servicios: cocinera, limpiadora, jardinero… El «paquete completo», dijo mi representante, Enrico. Lleva conmigo desde el principio. Se encarga de los contratos con el club y de un montón de cosas que yo ni sabría gestionar, como mis derechos de imagen con las marcas. Siempre me dice que cuando deje el fútbol podré ser modelo. Soy imagen de varias marcas, lo típico: relojes de lujo, ropa deportiva… No me emociona esa parte de mi trabajo.

Es difícil explicar a los demás por qué todo esto que cualquiera desearía, a mí, simplemente me cabrea. Tampoco lo solemos hablar entre los compañeros.

Me gusta jugar al fútbol. Es lo que amo y es por algo más que dinero: es la entrada en un estadio con miles de personas, la tensión, la emoción, es la felicidad cuando ganas el partido. No hay nada que se pueda comparar.

Aunque tengo otros ingresos, no me interesa ser conocido por vender relojes en los anuncios de Navidad o colonia para San Valentín.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, María —saludo a la mujer que se encarga de mi casa—. Perdona, no te he avisado de que venía.

—No, señor, no tiene que avisar.

Tampoco me gusta tener empleados de hogar, mucho menos que me llamen *señor*. Ya lo sé, esto es el «paquete completo».

—¿Está bien? ¿Necesita alguna cosa?

—Nada, tranquila —le doy la bolsa con mi ropa—, ocúpate de la ropa, por favor. Voy a darme una ducha.

Ella, tan profesional como siempre, se marcha con la bolsa de la ropa dejándome espacio y subo con cuidado las escaleras.

La ducha de mi cuarto es grande. El agua cae del techo como si lloviera y tiene varios chorros de presión en la pared. Es perfecta cuando llegas con la espalda rígida después de jugar.

Me quito el vendaje del muslo sin preocuparme demasiado y entro bajo el agua caliente.

Estoy cansado, pero si me quedo en la cama voy a preocupar a María y no quiero que llame mi agente.

Sí, el «paquete completo» incluye tratarnos como a niños pequeños y ella tiene el teléfono de varios contactos en caso de que crea que necesito ayuda.

El resto del día lo paso en el jardín, en una tumbona. Cada hora, pongo unos minutos la bolsa de frío sobre la rodilla. Me ha traído unos sándwiches, ni siquiera he tenido que levantarme para almorzar. Estoy siguiendo el protocolo marcado por el fisioterapeuta, como siempre.

—Señor, disculpe, su teléfono no deja de sonar.

Estiro el brazo, cojo el aparato y lo dejo sobre la mesita.

—Gracias, María.

A los cinco minutos, vuelve a sonar.

Tengo diez llamadas de Ezio, una del entrenador y otra de Enrico.

—Buenas tardes, Paolo. ¿Cómo estás?

—Bien, *míster*, estoy en casa.

Una cosa es ignorar las llamadas de los compañeros, pero la de él no puedo dejarla pasar. Al menos si quiero tener la oportunidad de salir al campo lo que queda de temporada.

—Mañana te quiero aquí. Pasas primero por fisioterapia y luego vienes al campo.

—Sí, *míster*, a las nueve estoy en Giardino.

—Paolo…

—Lo sé, lo siento, necesitaba alejarme un poco.

—No voy a regañarte como a un juvenil, mañana te pones a trabajar o tendremos una charla tú yo.

—Sí, señor.

—Al terminar la mañana tienes cita en la clínica para hacer una ecografía.

Dejo el teléfono en la mesita junto al batido que me ha traído María.

Irme sin decir nada no ha mejorado la situación, pero es que de verdad no tenía ganas de regresar al campo y pasar la mañana sentado, viendo cómo los demás entrenan.

El teléfono vibra de nuevo, esta vez es un mensaje de Enrico.

"El *míster* ha dicho que habéis hablado. Descansa y mañana te llamo"

—Señor, ¿va a necesitar que me quede esta noche?

Me quito las gafas de sol, incorporándome en la tumbona.

—No, María, puedes irte tranquila. Esto no es nada.

—He dejado la cena en la cocina, solo tiene que calentarla en el microondas. Le he preparado una *costrata di marmellata*[i], sé cuánto le gusta y se merece un capricho.

—Muchas gracias, María.

Esta mujer es estupenda, no lo voy a negar.

—Señor, si me necesita, llámeme. No es bueno que se quede solo.

—María, no hace falta.

—Perdone, no quiero molestar.

—No molestas, María, ya te lo he dicho mil veces.

Con cuidado de no dar un mal paso, voy dentro de la casa.

—Voy a quedarme aquí sentado viendo algo en la televisión. Te prometo que solo me levanto para ir a cenar.

María se queda mucho más satisfecha al dejarme en el sofá. Trae un bol con palomitas y un refresco. Sé que tiene dos hijos,

supongo que para ella es fácil tratarme como si fuera otro chiquillo.

Tengo un televisor gigante, un equipo de música de lujo y un sofá enorme. Luces domóticas que controlo desde mi móvil, porque nunca me he molestado en programar con mi voz.

Todo esto vale una pasta. Lo sé.

Ahora mismo me da igual. Preferiría estar en casa de mis padres. En mi hogar. En la habitación sin televisión.

Doy un par de vueltas por los canales de pago y termino viendo una serie que ya he visto mil veces, una de vikingos, por lo menos hay sangre y peleas.

Tengo más mensajes de Ezio. Si no contesto, va a terminar por presentarse en mi casa.

"¿Vivo?"

"He hablado con el míster. Me ha dicho que estás en casa"

"Criando moho en el sofá"

"Lo imaginé"

"Te vas a recuperar"

"Ya. Como la última vez. Y la anterior"

"Voy a tu casa y te abrazo mientras lloras?"

Ezio es así, cero autocompasión, y se lo agradezco, no soportaría tener que hablar ahora mismo de lo que siento.

"ok. Y me haces la cena"

"ja ja"

"si tienes hambre..."

Me echo a reír con la burrada que sé que está a punto de soltar y me despido:

"Mañana nos vemos en el entreno"

Veo que empieza a escribir:

"Mañana almuerzo con el agente del Arsenal"

"??"

"Aún no he firmado con nadie"

"ya… pero…"

"No quiero cerrarme puertas, por si acaso"

"Me alegro"

"Lo sé"

Ezio no me suelta las típicas frases de «ya verás que te llaman» ni mierdas de esas, los dos sabemos que mi carrera va en otra dirección, me respeta lo suficiente para no entrar en mentiras absurdas.

"Mañana tengo la clínica"

"Llama a Martina. Seguro que está en hospital. Hablé con ella ayer y dice que no te ve desde Navidad".

"¿Y?"

"Solo decía"

Apago la pantalla. No quiero pensar en Martina. No ahora.

No con esta sensación de estar parado esperando un tren que ya no va a llegar.

Ya es bastante feo tener que fingir con mi mejor amigo cuando me cuenta las ofertas que le hacen los clubs.

Su hermana Martina no se merece que justo en estos momentos, cuando voy cuesta abajo en mi carrera, me acerque a ella.

Pensé que tendría tiempo. Que cuando ella me eligiera, estaría apostando a un ganador, a un triunfador.

Pero esto que soy ahora… no.

No se merece la peor versión de mí mismo.

El sueño de Ezio también fue el mío hace unos meses. Hasta que todo empezó a torcerse. Como me recuerda la maldita foto de la Eurocopa cada vez que paso por su lado.

De camino a la cocina, la pongo abajo para no verla.

Es jodido enfrentarte una y otra vez lo que pudo ser. Porque sí, tengo la maldita foto. El único recuerdo real que me queda de ese torneo es haberlo visto desde el banquillo. No jugué ni un jodido minuto.

Fue en ese momento cuando lo entendí: mi carrera como futbolista iba a terminar mucho antes de lo que había imaginado.

De niño, no tenía ni idea de lo que significaba jugar. Solo era diversión. Fue mi padre quien me inscribió en un equipo. A los trece

años, un ojeador me seleccionó para el Empoli FC.

Ezio y yo nos conocimos en nuestra primera concentración. Sus padres viven en Pienza, a unos kilómetros del viñedo de los míos, así que nos hicimos íntimos. Éramos inseparables, compartimos nuestras primeras experiencias, las primeras borracheras y las primeras chicas.

El FC Fioralto nos contrató el mismo año.

Nuestras familias se hicieron cercanas, su hermana Martina forma parte del trío inseparable con mi hermana Luca y con Sofía.

Lo único que tengo que hacer es cerrar los ojos y vuelvo a revivir mi primer gran partido: el estadio lleno, la camiseta nueva, el sudor en mi nuca por los nervios.

Mi padre estaba en la grada, de pie, con la bufanda del Fioralto y una sonrisa de orgullo que me mantenía en pie.

Recuerdo el momento en que toqué el balón por primera vez. Todo se detuvo. Era como si el mundo entero respirara conmigo. El cuerpo me obedecía con precisión, los músculos, los pulmones, la sangre corriendo veloz. Me sentía invencible.

Entonces no sabía que tu propio cuerpo puede convertirse en tu peor enemigo.

Hoy ese chico que pensaba que iba a comerse el mundo, que no habría nada que lo detuviera, se ha ido para siempre.

Ahora… mi camino y el de Ezio, están a punto de separarse definitivamente. Mi amigo va a irse a un grande. Jugará los torneos que soñamos.

Yo… no tengo ni puta idea de qué haré.

Me quedan tres años para los treinta, aún tengo tiempo para planear mi salida.

◆ ◆ ◆

A las nueve de la mañana estoy en el vestuario. Mis compañeros están como siempre: de mal humor. No nos gusta madrugar. El entrenador se empeña en que empecemos pronto. Dice que es una forma de recordarnos que somos como cualquier trabajador, y mantenernos lejos de las juergas nocturnas.

Ezio me da una palmada en la espalda a modo de saludo y yo sigo a lo mío, atándome las zapatillas deportivas para ir a la sala de fisioterapia.

Mario está hablando con el *míster*, cuando llego se callan de golpe.

—Buenos días.

—Buenos días, Paolo. ¿Cómo has descansado?

—Bien. Vengo listo para trabajar —confirmo.

—Tienes cita en la clínica, no te olvides.

—Sí, señor.

—Y no conduzcas. Estás lesionado. No quiero que tengas un accidente. Te lleva uno de los chicos.

Cuando el entrenador da una orden, la cumplimos. Es así de simple. Mi lesión le molesta tanto como a mí. Ya llevará Ezio mi coche a casa.

Depender de los fisios, de los médicos, de un *míster* que te dice cuándo respirar, es una humillación que no se ve desde fuera.

Termino los masajes, salgo al campo con mis compañeros. Troto unos minutos y estiro. Entreno en la banda, alejado del grupo, sé cuánto afecta a la moral ver a un compañero lesionado. Es el peor miedo que tenemos.

Enrico, mi representante, viene a acompañarme a la clínica. Como siempre, con una sonrisa. No necesita fingir conmigo, ambos sabemos que el *míster* está cabreado. Lo que de verdad importa es el informe médico.

Dos horas después salimos de la clínica y regresamos para dar las novedades al equipo técnico.

Solo quiero que este puto día termine.

—Me han dicho que te infiltran este viernes.

La cara del entrenador lo dice todo. Nos esperaba en la sala de fisioterapia con Mario.

—Tendrá que parar hasta el lunes —dice Mario—. Es lo mejor para las infiltraciones de plasma. Organizo las sesiones y empezamos despacio. Hay que tener paciencia.

—Lo necesito en un mes —dice el *míster*.

Habla con Mario directamente. Mejor así. Yo no puedo ni reaccionar. Pienso en lo que ha dicho el médico: si no funciona, hay que pensar en cirugía.

—Un mes, imposible. Por lo menos ocho semanas… si todo va bien —contesta Mario.

—Paolo trabajará todo lo que pueda —añade Enrico, y dice mirándome—: En un mes estás como nuevo.

No puedo hablar. Tengo un nudo en la garganta que me asfixia.

El *míster* me da una palmada fuerte en la espalda. Es su forma de mostrar afecto… o amenaza. Sus ojos de pocos amigos hacen que sientas que lo siguiente que hará es empujarte de un tren en marcha.

—Vete a casa y el lunes hablamos.

La sentencia está dictada.

Estoy fuera.

No hace falta que diga nada más.

Enrico hace de chófer. Mientras conduce, va hablando de esto y aquello, hasta que finalmente lanza la bomba:

—Hay una plaza para la próxima temporada en Al-Wahda FC, en Dubái. No está mal para descansar un año, Paolo. Si renegociamos el sponsor de la marca de perfume, vas a ganar incluso más.

—Ganar más por no jugar al fútbol —respondo seco.

No insiste.

Todos sabemos que tarde o temprano este momento llega. Joder, no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Te lo ha dicho el *míster*? —pregunto.

—El club aún no ha dicho nada, aún así, Paolo, quizá es mejor que pienses en tus oportunidades. Ellos van a querer que juegues. Para eso te pagan. Das valor al club, tienes muchas marcas interesadas en tu imagen. Un año parado… no lo van a aceptar.

—El médico ha dicho que la infiltración funcionará.

—Ya has oído al *míster*. Te quiere listo en un mes. No va a esperar más.

Sé que Enrico hace su trabajo: cuidarme y buscar el mejor contrato. También sé lo que ha dicho el médico: ocho semanas, mínimo. Si me fuerzo antes, acabaré en quirófano.

—Piensa en ti. Descansa estos días. Ve a casa.

Al llegar, María tiene preparado el rincón del sofá. Bolsas de hielo, unos sándwiches y mi tarta preferida.

Esta vez, subo cojeando las escaleras, entro en mi cuarto, cierro la puerta y me dejo caer en la cama.

Aprieto los ojos.

No pienso llorar.

No pienso rendirme.

No todavía.

El teléfono suena sobre la mesita. Es Ezio.

No contesto.

Vuelve a sonar.

No va a parar hasta que hable con él.

—¿Qué tal en la clínica? —pregunta, sin rodeos.

—Lo de siempre. Hielo, infiltración y buena cara.

—El *míster* ha dicho que contemos en un mes contigo. Muy pronto me parece.

¿Qué puedo decir? Ha dicho un mes, tendré que cumplirlo.

—Si el *míster* dice un mes, es un mes. No voy a fallar.

—Que eres orgulloso y cabezota, lo sé. Si con eso se curaran las rodillas, estarías perfecto.

Ezio no dice nada durante un segundo.

—He almorzado con el agente —continúa—. No me ha gustado. Voy con el Porta.

Lo dice como si no tuviera importancia.

—¿Es oficial?

—Mañana presentan la oferta. Si todo va bien, es mi última temporada en el Fioralto.

—Felicidades, tío.

—Gracias.

Hay una pausa demasiado larga. Ambos sabemos lo que no estamos diciendo.

—¿Te apetece venir a casa este finde? Mi madre ha preguntado por ti. Martina también.

—No sé si estaré —miento.

Ezio no insiste.

—Oye, no irás a convertirte en uno de esos tipos que se lesionan y terminan haciendo yoga y pan de masa madre.

Me echo a reír, aunque tengo ganas de llorar.

—¿Echamos una partida al Fórmula 1? —pregunto, intentando sonar animado.

—Dame diez minutos. Voy por el mando y pillo algo de comer.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más.

◆ ◆ ◆

La consola parpadea en silencio. Ezio se ha desconectado hace rato, tras ganarme dos carreras seguidas en Monza y Spa.

Son casi las dos de la mañana.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá, no quiero irme a la cama. No voy a conseguir dormir y dar vueltas en la cama me pone de los nervios.

Reviso el móvil de forma automática.

Hay varios mensajes de compañeros dándome ánimo, uno de Enrico, otro de la clínica recordándome el horario del viernes.

Escribo un mensaje a mi hermana.

"¿Estás despierta?"

En menos de diez segundos su nombre parpadea en la pantalla. Siempre ha sido así: si yo escribo, ella llama.

—¿Qué haces despierto?

—No puedo dormir.

—¿Qué ha pasado?

Luca siempre es directa. Con ella no tengo que fingir ni esconderme. Puedo ser simplemente yo, hecho polvo, a las dos de la madrugada.

—La rodilla.

—¿Cómo estás?

—Estoy jodido, Luca. Estoy jodido.

—Paolo...

Necesito cambiar de tema, me pican los ojos y no quiero llorar. Sí, así de jodidas están las cosas.

—¿Carlos sigue ahí? —pregunto.

—Sí. Sigue aquí. Pero seguimos durmiendo separados. Es un cabezota y no quiere hablar con papá.

—Es un tío formal, Luca. Se le nota nada más verlo. Tienes suerte con él.

—Si te gusta tanto, te lo dejo para ti.

Me echo a reír.

—No seas boba y disfruta.

Hay un silencio cómodo.

—Ven el fin de semana —dice de pronto—. Ven a casa. Descansas, comes bien y dejas que te mimemos un poco.

—No sé si es la mejor idea.

—Papá y mamá estarán encantados, lo sabes.

—A Ezio le han ofrecido un contrato en el Porta —explico conteniendo la amargura—. No quiero ver a papá ahora.

—No seas imbécil, Paolo. ¿Crees que a él le importa?

—Pues claro que sí, Luca. Empezamos los dos juntos, ¿te acuerdas? Y mírame.

—Esto no es culpa tuya.

—Debería alegrarme por él… pero no dejo de recordar ese puto partido. El gol que marcó. Ni siquiera me sacaron del banquillo.

—Paolo, *amore*, ven a casa. Olvida todo y ven. Te queremos, ¿vale?

Dejo salir el aire muy despacio, estoy a punto de derrumbarme.

—Además, papá necesita a alguien que le haga de intérprete con Carlos. El pobre está teniendo mucha paciencia.

Cuando lo conocí en Bruselas, pensé que era otro tío más al que mi hermana iba a dejar hecho polvo. Fue luego, el día que llegó al viñedo, con esa camisa blanca perfecta y la determinación en los ojos. Esa noche la gastamos con una botella de vino de nuestra bodega y, con la intimidad que da el alcohol, hablamos durante horas y me di cuenta de que no solo buscaba a mi hermana. Para él, Luca era toda una vida. Una ventana un mundo nuevo que jamás había conocido. Está trabajando cada día, ganándose el respeto de

mis padres, y ganándose el amor de mi hermana que, aunque no lo reconozca, está enamorada hasta los huesos de él.

—El viernes tengo que ir a la clínica a infiltrarme. No podré moverme en unos días, Luca.

—Vale, voy a buscarte y te traigo a casa. Si vuelves a decir que no, hablo con mamá y le cuento todo. ¿A ella le vas a decir que no?

Sonrío sinceramente por primera vez en horas.

—De acuerdo.

—Eso quería oír.

Antes de colgar, oigo su voz más suave:

—Todo va a estar bien, Paolo. Todo va a estar bien.

Más tarde, ya en la cama, me duermo con la voz de Luca todavía en la cabeza mientras seco un par de lágrimas que se han escapado.

2

MARTINA

La máquina de café pita por segunda vez. Creo que me he quedado dormida de pie durante un segundo.

Acabo de terminar una guardia. La noche va a ser movida, ahora tengo que pasar el relevo a mis compañeros. Solo falta actualizar el último expediente: «Mujer, 67 años, dolor torácico atípico, antecedentes de ansiedad. Electro normal. Presión normal».

Mi móvil vibra sobre la mesa. Estoy sola en la sala de descanso, son las ocho de la noche, tal vez es Andrea para quedar a cenar.

En la pantalla aparece el nombre de mi hermano.

Ezio.

Eso sí que no me lo esperaba.

—Hola, Marti. ¿Te pillo mal?

—Estoy en un descanso. ¿Estás bien?

Mi hermano tiene la fea costumbre de llamarme solo cuando necesita algo, por eso, en cuanto veo su nombre en el teléfono, me preparo para las malas noticias.

—No soy yo. Es Paolo.

Espero a que continúe. Estoy exhausta, mis habilidades sociales están bajo mínimos.

—Se ha jodido la rodilla. Otra vez. Pinta mal.

Doy un sorbo al café, la máquina se ha olvidado de echar azúcar y el sabor amargo me espabila un poco.

—¿Qué le han dicho?

—Infiltración este viernes. Si no mejora, cirugía. Está mal, Marti.

Ezio guarda silencio.

—No puedo hacer nada, Ezio. No es mi especialidad.

—Lo sé, Marti, no sé, creo que necesita hablar con alguien. Quieren que vuelva en un mes y sabes cómo es…no va a decir que no.

—Pregunto a mis compañeros, Ezio, pero yo no puedo hacer nada —repito, cansada.

—Ya… piénsalo, ¿vale?

—Lo pienso y te digo algo. No he dormido y ahora mismo no sé qué decirte.

—Gracias, Marti. Eres un sol. Te llamo mañana y hablamos. Descansa.

Colgamos. Me quedo mirando la pantalla un momento. Sabe que he estado toda la vida enamorada de Paolo. Esto se siente como una pequeña traición. Se aprovecha de mis sentimientos.

Ezio y Paolo. Desde que tengo memoria, sus nombres van juntos.

Recuerdo el primer día que los vi entrenar, cuando mi hermano me llevó para presumir de su nuevo equipo. Yo tenía catorce años y él dieciséis. Paolo ya era el más rápido, el más seguro, el que sonreía sin esfuerzo.

Me enamoré de él inevitablemente y esperé en silencio, convencida de que algún día él se giraría y me vería de verdad, no como la hermana de Ezio.

A veces pienso que sigo esperando ese gesto.

Después de tantos años, siendo yo la melliza de Ezio, he tenido que escuchar millones de historias de sus partidos. Y sus

celebraciones.

Ahora Paolo es el guapo jugador de la FC Fioralto cuyo rostro invade Florencia en Navidad. En cada marquesina de autobús, en cada anuncio, incluso en la publicidad en Instagram. Anuncia perfume caro, relojes aún más caros, zapatillas deportivas.

Con el tiempo, ha cambiado. Se ha encerrado en su imagen inmadura, muestra esa sonrisa engreída, de chulo dueño del mundo.

Ezio sabe que él no será nunca portada de revistas, su belleza está más en su juego, y no deja pasar una ocasión para meterse con Paolo. Juntos son un dúo peligroso al que suelen sumarse otros compañeros, como Mateo, y montar revuelo en los lugares cuando salen de fiesta. Viven como si aún fueran adolescentes.

A veces los envidio, su trabajo es su vida, ganan dinero, son admirados. Pueden jugar a ser jóvenes con casi treinta años.

Y yo… bueno, he seguido mi camino. He estudiado mucho para cumplir mi sueño. Ahora, soy médica residente de primer año.

Ya no paso los sábados viendo partidos con la única esperanza de que lo enfoquen a él.

O sí. A veces. Pero eso es mi secreto.

Llamo a Andrea y en cuanto termine con el informe voy a casa.

—¿Sí?

Su voz es baja.

—¿Estás ocupado?

—Estoy saliendo del hospital. ¿Todo bien?

—¿Cenamos? He terminado la guardia.

—¿Hoy? Marti, tengo cena con los del servicio. ¿No te acuerdas?

No me acuerdo. La niebla mental es uno de los efectos de no dormir lo suficiente. Los médicos residentes lo conocemos bien. Ese es el precio que pagamos por conseguir la especialización. Sin dormir, sin vida.

—No pasa nada. Te veo mañana.

—Un beso.

Cuelga sin esperar el mío.

Termino el papeleo, me cambio de ropa y cojo el autobús. Nunca llevo mi coche a las guardias. Resulta peligroso quedarse dormido de camino de regreso. En el autobús, miro a la gente a mi alrededor. Un grupo de estudiantes montan ruido con sus bromas y sus risas. Varios trabajadores con rostro cansado, con su móvil. Apoyo la cabeza en el cristal y miro los edificios pasar.

Andrea y yo vivimos juntos desde hace unos seis meses. Vamos muy rápido, eso dicen mis amigas, sobre todo Sofía, que es abogada y vive entre acuerdos de divorcio y de custodia compartida. Cuando comencé mi relación con él, supe que, si quería que esto no fuera un problema laboral, tenía que abordarlo de frente. Nos fuimos a vivir juntos a los pocos meses, a su apartamento, y callamos de golpe los posibles cotilleos sobre un cardiólogo y una residente nueva del hospital.

Reviso otra vez el teléfono y encuentro un mensaje de mi hermano. Solo dice "por favor".

Ezio sabe que no va a bastar con fisioterapia y buenas intenciones y ha decidido jugar la única baza que puede conmigo con tal de ayudar a su mejor amigo. Porque yo sigo sintiendo algo por Paolo y él lo sabe. Aunque sea una experta en fingir que ya lo he olvidado.

◆ ◆ ◆

Duermo ocho horas seguidas. Todo un récord. Cuando me levanto, Andrea ya no está. Me ha dejado un par de mensajes en el teléfono móvil. Anoche durmió en el cuarto de invitados para no despertarme y ha salido a las siete a su turno en el hospital.

En el cuarto de baño, me miro en el espejo después de una ducha larga. En su soporte, están los cepillos de dientes eléctricos,

blanco el mío, negro el de Andrea. Al lado, un bote de pasta dental.

Todo está ordenado, limpio, parece tan estéril como una sala de quirófano.

La primera vez que vino Ezio a cenar, bromeó diciendo que Andrea podría operarlo del corazón sobre la encimera de la cocina.

Es cierto. La casa es una prolongación de su forma de ser.

El orden, la limpieza, los detalles, todo está calculado.

Después de vivir el desorden toda mi vida junto a mi hermano, la casa de Andrea es un remanso de paz.

Andrea siempre dice que el amor verdadero es estabilidad, no vértigo. Que el corazón necesita calma y rutina para no romperse.

Tiene razón. Sin embargo, cuando pienso en Paolo, lo que recuerdo es justo lo contrario, la sensación de vértigo, de no poder respirar si me sonreía.

Con Andrea hay orden, hay seguridad, hay silencio.

Quizá eso sea el amor adulto, o quizá sea solo conformarse.

Me estoy tomando el desayuno y reviso el teléfono por costumbre.

Tengo otro mensaje de Luca y sé qué significa: planes para el fin de semana. Si no fuera por ella y Sofía, me habría vuelto loca hace tiempo. Ellas siempre están ahí, recordándome que terminaré la residencia y seré libre. Mientras tanto, nos conformamos con robar unos cuántos sábados para divertirnos.

"Ven el fin de semana."

"Carlos me está volviendo loca"

"Paolo también va a estar aquí"

"Por favooooooooor"

"No puedo estar en minoría con ellos"

"Necesito apoyo femenino"

Así que esto de Paolo es serio, no es una exageración de mi hermano.

Suspiro y leo los mensajes de nuevo.

Abre el calendario para comprobar que no tengo ninguna guardia este fin de semana. Tampoco tengo anotado ningún plan con Andrea.

Está decidido. Necesito descansar.

"Vale, voy. Necesito descansar"

◆ ◆ ◆

Andrea está sentado en una de las mesas de la cafetería que hay frente al hospital. Muchos trabajadores comemos aquí. Pasamos demasiado tiempo rodeados de batas blancas, pasillos interminables y tensión, preferimos comer fuera; almorzamos en la cafetería del hospital cuando no nos queda más remedio, cuando vamos justos de tiempo o estamos tan agotados que ya no podemos ni cruzar la calle.

Tiene ojeras. Claro que todos nosotros las tenemos. Ya podrían hacernos descuento en una clínica de cirugía plástica.

Me mira unos segundos y sonríe.

—¿Has dormido?

—Ocho horas seguidas —digo y su sonrisa se hace más amplia—. ¿Y tú?

—Algo menos —dice y mira la carta que nos trae el camarero —. La cena se alargó. Llegué a las dos. No quise despertarte.

Andrea siempre me recuerda que cuando tenga la plaza fija en el hospital, yo también tendré una vida social, que esto es una fase y el esfuerzo merece la pena. Todavía otro año más antes de conseguirlo.

—Luca me ha invitado este fin de semana a su casa.

Él continúa comiendo con total tranquilidad. Esta calma que siempre tiene y que antes disfrutaba, empieza a irritarme.

—Dice que Carlos la está volviendo loca —continúo—. Me ha pedido apoyo emocional. No teníamos ningún plan, ¿verdad?

—No, tranquila. Ve y descansa el fin de semana.

—También va Paolo.

Hay un movimiento casi imperceptible en su mandíbula. Da un trago a su vaso de agua.

—Ajá.

—Si quieres, puedes venir. Sabes que hay sitio de sobra y a sus padres no les importa.

—¿Pasar el fin de semana junto al chico de los anuncios? No, gracias. Aprovecharé para descansar y terminar mi artículo.

Asiento y comemos charlando de cosas insustanciales. Él mira su reloj un par de veces, como si estuviera deseando regresar a la consulta.

Por un momento, cedo a la tentación de explicarme.

—Andrea, ¿de verdad no te importa que vaya?

—Claro que no —contesta, sonriéndome—. ¿Me vas a traer una botella del vino de su padre?

—Prometido.

Nos despedimos y él regresa a su trabajo. Tengo toda la tarde libre por delante.

Envío un mensaje a Sofía. No quiero estar sola. Sé que, si me quedo en casa, no pararé de pensar en si estoy haciendo lo correcto. Cada vez que pienso en Paolo, me siento nerviosa otra vez, como si por un momento fuera adolescente enamorada del mejor amigo de su hermano.

Andrea es completamente opuesto a Paolo. Es un hombre serio y trabajador. Al principio, mis amigas me advirtieron de que la diferencia de edad sería un problema, a mí siete años no me parecen tantos.

Tenemos muchas cosas en común. Me escucha. Me comprende. Es un cardiólogo brillante.

Con él me siento tranquila, sé que puedo llegar a casa y cenar en silencio tras una guardia sin que se enfade.

Voy dando un paseo hasta la plaza donde he quedado con Sofía. Antes, odiaba pasear, desde que tengo guardias de veinticuatro horas disfruto de caminar por la ciudad, del bullicio, del sol en el rostro.

El café está cargado y la terraza es ruidosa. Me gusta ver a los niños corriendo y jugando.

Sofía llega corriendo. No sé cómo es capaz de caminar tan rápido con esos tacones.

—Vaya ojeras, Marti —dice y me da un abrazo.

—Guardia de veinticuatro.

—¿No has dormido?

—Sí, sí. Hoy estoy de libre.

Pide un café largo y guarda el teléfono dentro del bolso.

—Menos mal que me has llamado. Si sigo en el despacho una hora más, mato a mi compañera. Vaya semana que llevamos.

Me echa un vistazo con más detenimiento, descarado, examinando mi rostro.

—¿Y dónde está el hombre mayor?

—Sofía…

No le gusta Andrea. Él tampoco es fan de mis amigas.

—Luca me ha dicho que vas el fin de semana.

—Sí. ¿Vienes?

—No puedo. Tengo que adelantar un caso. Además…

Da vueltas con la cucharilla al café y me lanza una mirada inquisitiva.

—Así te quedas con Paolo para ti.

—No digas tonterías.

—Ya, tonterías.

—Ezio me llamó ayer. Dice que está lesionado, no creo que salgamos.

—Bueno… se pueden hacer muchas cosas tumbados.

Nos echamos a reír.

—Eres imposible.

—Y él es imposiblemente caliente y tú imposiblemente tonta si pierdes esta oportunidad.

Resoplo. Deberían molestarme sus comentarios, sin embargo, me parecen divertidos.

—¿Qué te ha dicho Andrea?

—Sabe que necesito descansar —digo, intentando no mostrar la pequeña decepción que siento. A veces me gustaría que Andrea se mostrara un pelín celoso, o por lo menos que intentara ser menos frío.

—Pero le has dicho que estará Paolo.

—Confía en mí, Sofía —añado—. No es un hombre celoso.

—Lo que no tiene es sangre, Marti.

—No digas más tonterías. Que no te caiga bien Andrea…

Me interrumpe, molesta, porque nos conocemos desde hace años y sabe cuándo miento.

—Está bien. No digo nada más.

—Gracias.

—Deberías pensar en por qué tu hermano te ha llamado. Si hasta él, que es quien mejor te conoce, opina igual de Andrea que nosotras… No sé, deberías pensarlo.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Sí, mi hermano, mi mellizo, es quien mejor me conoce. También quien sabe lo mal que lo he pasado durante años, enamorada de su amigo, viendo como él salía con un montón de mujeres, todas increíbles, muchas de ellas modelos. No hay nada como un futbolista guapo para atraer a todo

un enjambre de rubias esculturales. Y morenas. Porque a él le da igual el color de pelo y de piel.

Luego llegaban los fines de semana en casa. Las fiestas después de la vendimia. Ellos sin camiseta, presumiendo, improvisando partidillos. Buena parte de mis años de instituto los pasé sin novio por su culpa. ¿Cómo iba a fijarme en nadie si el fin de semana tenía el chico más guapo paseando medio desnudo frente a mí? Por desgracia, estuve cegada por él demasiado tiempo. Hasta que entendí que él nunca iba a fijarse en mí.

—Descansa unos días. Te lo mereces, Marti. La vida es algo más que pasar los días encerrada en ese hospital.

Cuando nos despedimos, Sofía me abraza.

Sé que no me juzga. Soy yo la que tengo que ser valiente y poner nombre a estos malditos nervios en el estómago que siento cada vez que pienso en Paolo.

◆ ◆ ◆

Meto la bata de médica en la mochila, me cambio de zapatillas, y me suelto la coleta. Por fin ha terminado mi turno. El teléfono vibra otra vez. Es un mensaje de mi hermano.

—¿Fin de semana libre? —me pregunta Bárbara, una enfermera de urgencias con la que he compartido turno de ocho horas.

—Milagro médico —respondo.

—¿Planes con Andrea?

Sonrío sin responder. Una de las reglas que nos hemos impuesto, es no hablar con los com-pañeros del hospital de nuestra relación. Es lo mejor para evitar los problemas. También ha tenido otra consecuencia y es que cuando mis compañeros comparten parte de su vida, se hacen confiden-cias, estrechan lazos después de trabajar horas juntos, yo he ido aislándome por culpa de mantener mi vida privada completamente en secreto.

—Nos vemos el lunes —me despido mientras leo los mensajes de mi hermano.

"Voy a casa este fin de semana"
"Tengo noticias"
"Es importante"

Siento una punzada de preocupación en el pecho.

"¿Paolo?"

"Está fatal"
"Se marcha a casa el fin de semana"

"Luca me ha invitado"

"¿y?"

"Voy con ella"

"si puedo, me paso y te cuento"

"¿Estás bien?"

"Estoy increíble"
"Te lo cuento en persona"
"Primero quiero hablar con papá"

"Te han fichado"

"Siiiii"

Los emoticonos empiezan a llenar mi pantalla.

Escribo otros de vuelta.

Ezio lo ha conseguido.

"¿El Porta?"

Más emoticonos.

Se me saltan las lágrimas. Siento cada victoria de mi hermano como si fuera mía.

"No puedo hablar ahora"
"Estoy en el vestuario"
"Te lo quiero contar en persona"

"Vale"
"Te quiero"

Los corazones sustituyen a las palabras.

Entonces pienso en Paolo. Si ya es mala su situación por la lesión, el fichaje de Ezio le va a doler. Sus carreras han ido a la par.

Hasta que llegaron las lesiones.

En el apartamento, saco una maleta pequeña del armario y la pongo sobre la cama.

No voy a llevar mucho, un par de vaqueros, unas camisetas, una chaqueta para la noche; mi-ro los vestidos. No, esta vez no saldremos. Paolo no puede andar y Luca seguro que no quiere dejar-lo.

En un lateral hago sitio para el libro que me dejó mi amiga. No he pasado del primer capítu-lo.

Preparo un neceser con lo imprescindible y cierro la maleta.

Llegaré tarde, Luca me ha dicho que espera despierta.

Envío a Andrea un par de mensajes. Casi no hemos hablado, ha tenido un caso complicado esta mañana.

Antes de que guarde el teléfono, llega un audio de mi madre.

> *"Hola, cariño. Ezio me ha dicho que vas a casa de Luca este fin de semana. En fin, no quie-ro meterme. Pero si ves a Paolo, dale un abrazo de nuestra parte. Dile que rezamos para que se ponga bien muy pronto"*

La voz de mi madre me hace sonreír. Es una mujer optimista. Sus creencias la ayudan a ver una salida por más difícil que sea la situación.

Por desgracia, soy médica y he visto en demasiadas ocasiones que la fe a veces no basta para sanar.

3

PAOLO

Casi no he dormido esta noche. No es por miedo. Una infiltración es un procedimiento seguro. Es lo que viene después lo que me preocupa.

El fisioterapeuta del club se encarga de llevarme. No me gusta mucho, quiero ser yo quien hable con los médicos y saber qué me espera.

El olor a desinfectante me revuelve el estómago. Aunque no he desayunado, no tengo hambre. Me quito el chándal del club y un enfermero se encarga del vendaje de mi rodilla, que se ha convertido en un complemento más en mi vestuario desde la temporada pasada. Quizá debería poner mi imagen a una marca de apósitos y vendas.

Me río internamente de mi propia broma de mal gusto.

Estoy harto de sentirme en el borde del precipicio.

Tumbado en la camilla, me hacen la extracción de sangre.

El club se encarga de que tengamos intimidad suficiente en todos los procedimientos médicos. De modo que aquí estoy, en una sala blanca impoluta, con Mario sentado en una silla junto a la pared. No hablamos.

Cuando regresa el personal médico, Mario se levanta y abandona la sala.

Un enfermero descubre mi pierna apartando la sábana. Limpian la zona, siento el líquido frío.

—Vamos a ponerte un poco de anestesia. Solo notarás un pinchazo.

Allá vamos. Tengo la mirada fija en el techo. Cuento las placas cuadradas. Una, dos, tres…

El pitido del ecógrafo me pone en alerta.

—Respira hondo.

Una, dos, tres… joder, duele.

—Quédate lo más quieto posible. Vamos a terminar rápido.

Cuatro, cinco… vale, empiezo otra vez.

—Voy a retirar la aguja.

Escucho ruidos metálicos, el médico aparece en mi campo de visión.

Tengo frío.

—¿Sientes dolor?

—Es como si me presionaran.

—Es normal. Quédate tumbado. Si te mareas, nos lo dices.

—Estoy bien.

—Ya sé que sois duros, pero esto no va de eso, ¿ok?

Escucho la puerta abrirse.

—Tiene que hacer reposo hoy. Nada de antiinflamatorios. Si el dolor es inaguantable, viene a urgencias.

—De acuerdo —escucho a Mario.

Así que es él quien ha entrado.

—Ponte frío. Descansa.

El médico si gira hablándome solo a mí. Menos mal que alguien se da cuenta de que yo soy el dueño de la pierna, del cuerpo que hay en la camilla.

—No puedes hacer ejercicio durante una semana. Para que esto funcione, tienes que tener paciencia.

Asiento y él, como si supiera que nada de lo que diga conseguirá hacernos cambiar de opinión, sale de la habitación.

Cuando el médico sale, me quedo mirando el techo un rato más.

Pienso en lo absurdo que resulta: años entrenando para dominar el cuerpo y al final es el que te dice basta.

Afuera todo sigue, el tráfico, la gente, los partidos del fin de semana. Yo, en cambio, estoy quieto, como si alguien hubiera dado al botón de pausa en mi vida.

Mario me lleva a casa, me ayuda a sentarme en el sofá y deja unas muletas a mi alcance.

—Intenta descansar. Si necesitas algo, me llamas y estoy aquí en quince minutos.

No lo dudo. Como tampoco dudo que está en desacuerdo con el entrenador, como Enrico.

—El lunes te espero y empezamos la rehabilitación.

—Allí estaré.

—Yo me encargo de hablar con el *míster* y le cuento lo que ha dicho el médico.

Tengo un par de llamadas a lo largo del día, de Enrico, de Ezio… contesto por cortesía, lo único que necesito es encerrarme en mi cuarto y dormirme hasta el lunes. Pero mi hermana ha hecho planes para mí y yo me dejo llevar. Por dentro, hay una especie de rabia creciendo, como si tuviera toda una pared de espinas enredándose por dentro de mis costillas, impidiendo que respire profundo.

Luca llega a casa y se encarga de preparar una maleta con lo necesario y me ayuda a montar en el coche, echando el asiento del copiloto hacia atrás para que pueda estirar bastante las piernas durante el viaje.

—¿Cómo ha ido?

—Rápido —contesto—. El médico ha dicho que nada de moverme en una semana.

—¿Y vas a hacerlo?

Me encojo de hombros.

—El *míster* quiere que empiece el lunes con fisioterapia.

Luca no dice nada más. Sabe que haré lo que me manden. Quizá sea mi última oportunidad para enderezar mi carrera.

Durante el camino, cierro los ojos un momento.

De niño, acompañaba a mi padre a vendimiar. Me dejaba cortar los racimos más bajos, los que podía alcanzar sin dañar las cepas. Decía que el secreto del buen vino era tener paciencia, no forzar la uva.

«Todo crece, solo hay que tener paciencia» me repetía.

Pienso en mi vida, yo nunca aprendí a esperar, en el campo no puedes detenerte, tienes que ser rápido, actuar sin pensar, por instinto, repetir una jugada tanto que al final las piernas sepan solas lo que tienes que hacer.

Los viñedos se extienden junto a nosotros en el camino, verdes, tranquilos. Luca disminuye la velocidad y abro un poco la ventana para respirar el aire.

Tengo la sensación de estar regresando al principio de mi vida, como si, tras perder la partida me hubiera puesto otra vez en la casilla de salida.

Cuando llegamos, mi madre sale a recibirme como si volviera de una guerra.

—Paolo, *amore mio*.

Carlos aparece detrás de ella con una sonrisa amable. Se ofrece a ayudarme, yo le pido a Luca las muletas.

—Estoy bien, Carlos. Gracias.

Él se pone a mi lado.

Entrar en casa es volver a mi hogar. Es regresar al aroma a la *lasagna* de mi madre, las bromas de Luca y las regañinas de mi

padre.

Respiro hondo. Tengo un nudo en la garganta y me cuesta respirar.

Mi madre ha puesto una silla en la cabecera de la mesa. En cuanto me siento, pone otra silla para que pueda estirar la pierna. La cena está servida.

—¿Te duele?

—No es nada, mamá.

Mentir.

Otra vez.

Igual que llevo haciendo tanto tiempo.

Como hice aquella vez, por un cabezazo con un compañero cuando los dos saltamos para dar al balón y terminé en el hospital después de caer inconsciente en el vestuario.

La cena transcurre en calma. Luca habla sobre su trabajo, tiene que salir de viaje en dos semanas. Carlos pide un poco más de queso. Su italiano ha mejorado, aunque todavía habla muy despacio. Cada vez está más cómodo con mi hermana. Se nota que la relación entre ellos ha avanzado. Cuando hablan, se miran a los ojos, y sus dedos se tocan cuando comparten el pan o la jarra de agua.

Mi padre casi no pronuncia palabra. Sé que no me quita el ojo de encima.

—Martina llega esta noche —dice mi hermana.

—¿Martina? —repito, sin levantar la vista del plato.

—Sí, la invité para que desconecte del hospital. Necesita descansar un poco.

No estoy preparado para verla. No sé por qué. O sí lo sé. No quiero pensarlo.

Hace tiempo que evito hablar de ella. Sobre todo, desde aquella noche con Ezio en que le confesé cuánto me gusta. Fue culpa del alcohol. Sobrio, jamás me he atrevido a hablar de ella. Que

te guste la hermana de tu mejor amigo es uno de los límites que no hay que cruzar.

Por alguna razón, él me anima a hablar con Martina. Creo que es porque el médico con el que sale ella no le gusta.

Aun así, me he mantenido firme.

Martina está prohibida para mí.

—Está viviendo con un médico, ¿verdad? —pregunta mi madre.

—Sí, Ezio me ha hablado de él —añado—. Es un viejo.

—Solo tiene unos años más que ella —dice Luca.

—Lo que sea, si a ella le gusta… —digo, fingiendo indiferencia.

—Pues eso. Si a ella le gusta, tú te callas.

—Solo digo que a Ezio no le gusta. ¿O no puedo decir nada?

—No. Es mi amiga —me responde Luca con resolución—. Viene a verme a mí, no a ti. Guárdate tus opiniones.

Ese comentario, por estúpido que sea, me molesta y ella lo sabe. No entiendo que mi hermana se ponga a la defensiva cuando se trata de Martina.

Después de la cena, no me quedo a ver una película ni a hablar con mi familia. Estoy reventado. La tensión acumulada desde la visita a la clínica me está pasando factura. Además, el ardor sordo va a más en la rodilla. No quiero pensar en lo peor, en que haya ido mal, tengo la cabeza a mil. Estoy en la cama, «mi cama», y como si mi cuerpo decidiera que es momento de desconectar, caigo dormido en dos minutos.

◆ ◆ ◆

Bajo por las escaleras con la ayuda una muleta, no me gusta, pero no hay otra opción. Por lo menos, voy a intentar hacer reposo estos dos días.

Al llegar a la cocina, Martina ya está sentada en la mesa y charla con mis padres y Luca.

La conversación es sobre su trabajo en el hospital. Mi madre le hace un montón de preguntas. Realmente, admira que sea médica.

—No sé cómo puedes aguantar sin dormir, mi niña.

—Te acostumbras —dice ella, quitándole importancia.

—Ya, te acostumbras a ser un zombie, Marti —dice mi hermana Luca.

—Bueno, pues hoy solo tienes que descansar. Podéis salir a pasear, a tomar el sol o tumbaros y no hacer nada —continúa mi madre—. ¿Y tu prometido?

Me aclaro la garganta para que sepan que estoy allí y se hace un pequeño silencio.

Martina responde evitando mirarme.

—Le hubiera encantado venir, pero tiene mucho trabajo

—Es médico también, ¿verdad? —pregunta mi madre, poniendo un vaso de café frente a mi silla.

—Cardiólogo —puntualiza Martina.

Observo a Martina. Lleva ropa sencilla y el pelo un poco despeinado.

Nuestros ojos se cruzan fugazmente, apenas un segundo.

—¿Qué tal has dormido?

La pregunta de mi madre me devuelve a mi realidad.

—Bien —contesto seco.

—¿Te ha dolido la rodilla? —pregunta Luca

No tengo ganas de dar explicaciones, pero sé que no voy a poder evitarlo. Cuanto antes lo haga, mejor para todos.

—Me duele un poco, nada que no se pueda soportar.

—¿Qué te ha pasado?

Martina me pregunta directamente. Una cosa es aguantar el interrogatorio bienintencionado de mi madre y otra es sentir que ella me mira.

—La rodilla. Tendinopatía rotuliana. Un nombre raro para decir que te estés quieto con la pierna estirada.

Mi hermana está deseando ampliar la información y la verdad es que doy las gracias, porque así me libro del trago de contar lo que me pasa.

—Ayer le infiltraron. Tiene que estar en reposo. El lunes vuelve al trabajo.

—¿El lunes? —pregunta Martina—. ¿No es muy pronto?

Nadie quiere responder a una pregunta de ese tipo. Todos en la mesa sabemos que cualquier persona con mi lesión descansaría varias semanas y tendría unos meses para reponerse.

Mi situación es diferente. Como lo es la de todos los deportistas de élite.

Eso, al menos, es lo que nos explican una y otra vez cuando somos juveniles.

Tenemos que ignorar el dolor. Nuestro cuerpo es nuestra herramienta de trabajo. Y, si queremos llegar lejos, hay que entrenar. Descansar está bien para otros.

Termino mi café y cojo la muleta para salir al jardín. Mi madre va delante apartando cosas de mi camino, me hace sitio en el banco y pone varios cojines para que yo apoye la pierna.

El sol ya calienta el aire de la mañana. Dejo mi vista vagar en el horizonte, en los viñedos de mi familia.

Mi padre se sienta a mi lado en silencio.

No sé cómo empezar.

¿Cómo le pido perdón? ¿Cómo me disculpo por fallar otra vez?

Estira la mano y da un apretón a mi muslo, el de mi pierna buena, sin decir nada.

Trago con fuerza, en silencio. Temo que, si empiezo a hablar, no seré capaz de mantenerme calmado.

Respiro profundo varias veces, forzando el aire en mis pulmones despacio.

Dentro…

Fuera…

Nos lo enseñan en las sesiones de control de ansiedad.

Siempre he pensado que es una pérdida de tiempo.

En el viñedo hay otras reglas. Aquí funciona. Este aire es el mismo que he respirado desde pequeño, en las carreras por el campo, las tardes recogiendo tomates del huerto pequeño de mi padre, el olor de las uvas maduras en la vendimia.

—El lunes empiezo la rehabilitación —digo, y mi voz suena bastante más segura de lo que me siento.

Mi padre asiente observando el paisaje frente a nosotros.

—En un mes estoy jugando —agrego.

Mi padre aprieta otra vez mi pierna, un poco más fuerte, como si quisiera transmitirme toda la fuerza que no puede decir con palabras.

Aunque ninguno de los dos lo diga, sé que está a mi lado.

Me quedo en el jardín, tumbado en el banco con la pierna estirada sobre los cojines.

Me siento atrapado.

No se trata de que ahora mismo no pueda caminar o correr. Esto va de otra cosa. Es la presión constante, es no saber qué pasará la próxima temporada, si estaré en Italia, si terminaré en un país rodeado de desconocidos o, lo peor, la pesadilla, si mi futuro será en algún equipo de segunda donde mis compañeros me miren sabiendo que soy el reflejo de su futuro si la cosa va mal.

La lesión en la rodilla me tiene quieto justo cuando más necesito desahogarme, moverme, correr hasta caer agotado.

Mi madre me trae una limonada y un plato de galletas.

La mejor madre del mundo, lo confirmo.

Dejo el teléfono sobre la mesa. Han empezado los mensajes en el grupo de WhatsApp del equipo. Los jóvenes son los más activos; es normal, cuando empiezas todo es diversión y chicas los fines de semana.

Una y otra vez, repaso la conversación con Enrico, mi representante. Quizá es el momento de pensar en retirarme a un equipo donde pasar los últimos años relajado. Mentalmente, repaso las opciones, países árabes donde han ido otros compañeros, quizá Estados Unidos, hay opciones para seguir haciendo lo que más nos gusta: jugar.

El club va a querer renegociar mi ficha, lo sé. Llevo a medio gas toda una temporada y la pasada tampoco fue buena. Ganan bastante de mis contratos de publicidad, con todo, no es suficiente. Mi futuro empieza a ser una lenta cuesta abajo.

No estoy preparado. Pensé que tendría cuatro o cinco años por delante.

Escucho las risas que vienen de la casa. Carlos bromea con Luca y Martina.

De repente, me doy cuenta de que Martina está mirando desde la puerta de la cocina. Está preciosa con ese pantalón deportivo de color azul cielo que contrasta con su piel dorada. Algunos cabellos castaños se escapan de la coleta que se ha hecho y ella los coloca tras su oreja.

Noto que la estoy mirando embobado y, rápidamente, cambio mi expresión por la sonrisa de siempre, la que domino desde hace años, esa que aparece en los carteles de publicidad y en las entrevistas. Paolo, el deportista triunfador, atractivo y que sabe sacarle todo el partido a la vida. Esa es la imagen que todos admiran de mí. La que vende relojes de lujo como el que ahora mismo llevo, regalo de la marca patrocinadora.

—¿Me estabas mirando a mí o a la última campaña? —le digo con una sonrisa ladeada, señalando la muñeca donde llevo el reloj.

Martina parpadea, sorprendida, y sonríe con cierta ironía.

—Quizá un poco de ambas cosas —responde.

—Ya sabes, el modelo oficial es encantador —bromeo.

Martina mueve una bolsa de hielo que trae consigo.

—Te traigo un poco de frío.

—Creí que habías venido a descansar, no a hacer de médico.

—Y yo que creí que no serías tan idiota desde por la mañana, ya ves.

Se agacha a mi lado y antes de tocarme, pregunta.

—¿Puedo?

Asiento, aunque me gustaría decir que no. Una cosa es aguantar el dolor con un desconocido y otra muy distinta es que sea ella.

Sus dedos se mueven suaves pero firmes, explorando el contorno de la articulación bajo el vendaje. Me cuesta respirar con normalidad.

—¿Molesta aquí? —pregunta, presionando ligeramente en un lateral.

—Un poco… —respondo en voz baja.

Está concentrada, sé que nota lo tenso que estoy.

Es curioso como con ella tocándome no estoy deseando que termine. Con cualquier otro médico, incluso con el fisioterapeuta que ya conozco, tengo que apretar los dientes para aguantar, soy como un gato deseando saltar de la camilla, largarme, desaparecer.

Odio que me toquen, sé lo que significa.

Con ella es diferente.

Bajo el dolor, hay otra cosa. Un calor que sube por mi pierna, como una oleada lenta.

Cuando termina, coloca la bolsa de hielo.

—No está tan mal —dice finalmente, incorporándose—. Pero necesitas parar. De verdad.

—No puedo parar —respondo, más para mí que para ella.

No quería decirlo en voz alta.

La miro. Ella me mira. El silencio me hace daño. No quiero mostrarle esta debilidad.

Cojo las gafas de sol. Necesito poner distancia entre nosotros.

Mi pecho está a punto de abrirse en dos y soltar el dique de todo lo que llevo dentro.

Ahora necesito ser Paolo el fuerte, Paolo el triunfador. La cara bonita. El mediocampista que corre con estilo.

Es mi única fortaleza. Lo único que sé hacer.

Lo que soy.

Tumbado a solas, intento no pensar, no lo consigo. Mirando la tierra frente a mí, los viñedos de la familia, recuerdo siempre tuve el sueño de crear algo mío. Lo he hablado un millón de veces con Luca, cuando ella me decía que quería largarse lo más lejos posible de esta tierra.

Mi lesión puede ser una llamada de atención, tal vez mi cuerpo está diciendo que ya basta, que es momento de hacer algo real.

Un pitido suena otra vez en el móvil. Un mensaje de Ezio.

"¿Cómo estás?"

"Mentiría si te digo que bien."

Ezio responde con un emoji de puño cerrado.

"Marti está en tu casa, ¿eh?"

"Me lo ha contado mi madre"

"Luca la invitó"

"¿Cómo la ves?"

Tecleo y borro dos veces antes de responder.

"Cansada"

"Trabaja todo el día"
"Ese tipo ni se molesta en llevarla por ahí"

"¿Su novio?"

"Sí. El viejo ese"
"A ver si lo pasa bien unos días contigo"

Me quedo mirando el mensaje. Trago saliva. Tecleo sin pensar demasiado.

"Sí, mejor con un enfermo"

"No seas exagerado"
"¿Te veo el lunes?"

"Claro"

Cierro el móvil y lo dejo sobre el banco boca abajo para no ver las notificaciones. Respiro hondo.

Luca aparece con una mochila. Mira mi teléfono.

—Ezio —digo, sin mirarla.

—¿Cómo está?

—Va a firmar con el Porta. ¿Lo sabías?

—Sí —responde—. Su madre nos lo contó la semana pasada.

Me trago la punzada en el pecho.

—Lo ha conseguido. Ha llegado.

En ese momento, llega Martina con un cajón de madera con tomates, seguida de mi madre, y entran en la cocina.

—¿Cuándo vas a dejar de comportarte como un idiota con ella?

Me hago el sorprendido.

—¿Con quién?

—Paolo… que nos conocemos —me regaña—. Esa pose de chulo no te sienta nada bien.

—Está con ese tipo.

—Vaya, veo que ahora te has buscado otra excusa. Antes era Ezio, ahora es Andrea.

Estiro la mano para coger el móvil e ignorar debidamente a mi hermana, pero ella me lo quita.

—Deja de jugar.

—No estoy jugando, Luca.

—Estás jugando. A esconderte. A hacer como si nada te afectara. Y ella lo nota. No sé por qué te empeñas en no ver lo que todos vemos.

—Yo no sé por qué todos os empeñáis en que haga algo. Ella ha elegido. Está viviendo con otro hombre.

Mi hermana se inclina y me da un beso en la frente.

—Nos vamos a la dar una vuelta. Descansa y usa esa cabeza para algo más que revolcarte en tus miserias.

4

MARTINA

Luca ha tenido la idea de que salgamos a correr por la mañana. Hacía siglos que no lo hacía. Los primeros minutos han sido duros, luego, como si mi cuerpo se activara, he comenzado a disfrutar. Zancada tras zancada, con el primer sol de la mañana despertando los viñedos.

Trotamos despacio, sin presión, una junto a la otra.

Descansamos en un alto, es sorprendente lo que hemos recorrido, y regresamos a un ritmo más lento.

Entramos por la parte de atrás del jardín y nos damos de cara con Paolo.

Está sentado en el jardín, con la pierna estirada. La camiseta blanca contrasta con su piel morena, lleva el pelo un poco revuelto, las gafas de sol y ese gesto que le he visto mil veces de niño rico mimado que espera que el mundo esté a sus pies.

—Vaya, deportistas madrugadoras. ¿Bajando la tarta de anoche?

Me detengo cerca de él y apago el reloj inteligente. Todavía no puedo hablar, me falta el aliento.

Luca suelta una carcajada rápida, está acostumbrada a las bromas de su hermano.

—Te habríamos invitado —suelta, despreocupada.

A él se le borra la sonrisa de golpe, aun así, se controla y no contesta.

Subo las escaleras, directa a mi cuarto. Me quito la ropa sudada y entro en la ducha.

Me froto el cabello, quizá con demasiada fuerza.

Paolo me exaspera. No solo sus comentarios infantiles, es todo lo que representa: el mercado de imágenes falsas, de vidas inventadas.

Pienso dejarle bien claro a Ezio que no vuelva a meterme en una encerrona. Mientras nosotros estamos preocupados por él, Paolo se comporta como un niño mimado, todo miradas dramáticas.

He conocido a compañeros de la universidad de primer año más maduros que él.

Después de la ducha, estoy más calmada. Paolo no merece que pase este fin de semana enfadada por su culpa. Cojo unos vaqueros y una camiseta y me peino en el cuarto. Echo un vistazo al móvil y veo un mensaje de Andrea.

"¿Cómo estás?"

Suspiro y marco la videollamada.

Tarda un segundo en aparecer.

—¿Te acabas de levantar? —pregunta.

—No. Hacía un montón que no madrugaba un domingo sin tener que trabajar. He salido a correr con Luca temprano. ¿Y tú?

—Trabajando.

Da la vuelta al teléfono para que vea el portátil.

—¿Cómo llevas el artículo? —pregunto.

—He avanzado bastante.

Justo entonces, la puerta de la habitación se entreabre.

Es Paolo.

—¿Puedes…?

Se detiene al ver la pantalla.

—Perdón. No sabía que estabas ocupada.

Sin camiseta, con el vendaje visible en la rodilla y el cabello mojado como si acabara de salir de la ducha, se apoya en el marco de la puerta con esa actitud relajada, insolente, que siempre gasta.

—Venía a pedir ayuda con el vendaje —dice, despreocupado —. Te espero en mi cuarto.

Suspiro y vuelvo a mirar a Andrea cuando él desaparece.

—¿No llama antes de entrar en tu habitación?

El tono de Andrea ha cambiado. Es mucho más frío y duro.

—Paolo es así —lo disculpo.

—¿Así? ¿Maleducado? ¿O solo es un imbécil?

—Está algo agobiado, no es fácil para ellos estar lesionados.

—Lo que sea, Martina —dice, con ese tono condescendiente que me cabrea tanto—. No lo justifiques.

—Te dije que estaría aquí —digo, poniéndome a la defensiva.

Andrea asiente. Es tan raro verlo enfadado que me descoloca.

—He venido a pasar el fin de semana con Luca, no con él.

—Y de paso haces de médico de Paolo.

—Es un amigo.

—De acuerdo —suelta Andrea, dando por zanjado el tema.

De pronto, estoy agotada. De esta conversación. De justificar a Paolo. De no saber ni yo misma lo que siento.

Mi vida con Andrea es una sucesión de días robados a las guardias en el hospital. A veces me gustaría que él fuera menos comprensivo, que se enfadara por no verme, por no poder hacer planes. Es irritantemente complaciente. Tiene apuntadas mis guardias en su agenda, los horarios de los exámenes, hasta las fechas importantes de mi familia, como cumpleaños. Nunca, jamás, improvisa un plan.

Al principio, fue maravilloso encontrar esa seguridad, esa calma. Ahora… a veces querría que un día simplemente no quitara el

lavavajillas. Solo por salirse del guion.

—Me quedo a dormir hoy. Voy directa mañana al hospital.

—Vale —responde, sin más—. Cuídate.

Dejo el teléfono sobre la mesita de noche y salgo del dormitorio.

Me llevo la mano a los labios para contener un grito por el susto.

Paolo está en el pasillo, junto a la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta con una mueca de listillo.

Cruzado de brazos, con la muleta apoyada en la pared, sus ojos negros brillan con una pizca de diversión.

—Perfectamente —respondo.

—Espero que no tengas problemas por mi culpa.

—Andrea no es celoso —digo sin entrar en su juego.

Paolo no me quita los ojos de encima, con esa mirada intensa que siempre me sonroja.

—Vaya, entonces es idiota.

Cuanto odio que me haga sentir tan vulnerable, como si yo fuera otra vez una niña y él, el amigo un poco mayor de mi hermano, al que persiguen todas las chicas.

—Sabe que puede confiar en mí —suelto.

Seguro que él no ha tenido nunca una relación como la mía con Andrea, con confianza, adulta; él va de chica en chica, sin ataduras, sin responsabilidad.

—Claro —añade con ironía—. Un cardiólogo y su estudiante. La historia de siempre.

—¿Quieres algo o solo estás aquí para molestarme?

Sus ojos relucen, toda mi piel responde con un escalofrío.

—Sí… quiero algo.

Abre los labios como si fuera a añadir algo más, en su lugar se muerde el inferior.

Hay un destello en sus ojos. Desaparece esa arrogancia y veo la vulnerabilidad. Enseguida, recompone el gesto y vuelve a ser el Paolo de siempre, el que se toma la vida a juego.

—¿Me ayudas con la venda? Se ha mojado en la ducha.

Resoplo. Hay que ser idiota… suspiro y abro la puerta de mi dormitorio otra vez.

—Vamos. Entra.

—¿Me invitas a tu cuarto?

Otra vez ese tono… qué ganas de clavarle un bisturí en la pierna como una asesina psicótica.

—¿Quieres o no que te cambie el vendaje? —cruzo los brazos, esperando.

La sonrisilla de suficiencia desaparece de su rostro y se sienta en la cama.

—Túmbate, Paolo —ordeno, harta de sus juegos.

Despego con cuidado los bordes de la venda. Está húmeda. Al tirar un poco, siento la tensión en su muslo.

Evito mirarle a la cara. Esto no se trata de nosotros; ahora, aquí tumbado, es un paciente.

La zona de la infiltración tiene un leve color amoratado. La piel está tirante, inflamada. Nada que sea preocupante.

—¿Estás teniendo dolor? —pregunto, rozando con el dorso de los dedos el lateral de la rodilla, justo por encima de la rótula.

—No —responde, tan bajo que casi no lo he escuchado.

Le lanzo una mirada fugaz, preocupada.

—¿Cómo lo sientes?

Deja salir la respiración muy despacio. Hay algo más en el fondo de sus ojos, quizá es miedo, quizá teme que esta lesión sea algo más. Estoy a punto de decirle que no se preocupe, que esto no es nada.

—Te siento —susurra.

El calor sube por mi garganta y dejo salir un jadeo. Bajo la mirada de golpe a su pierna y me recompongo.

Es mi paciente. No es Paolo.

—No te muevas.

Me alejo de la cama. Voy al baño y busco en el mueble.

—En mi cuarto hay vendas, Martina.

Resoplo con fastidio y salgo a por lo que necesito, aprovechando para recuperar la calma.

Cuando empiezo a vendarle la rodilla, él se queda muy quieto. Intento ir rápido, no es un vendaje complicado. Solo hay que cubrir la zona. Es más un recordatorio de que no puede mover la rodilla.

—Martina… siento haberme comportado como un idiota… espero que no discutas con Andrea por mi culpa.

—Tranquilo.

Dejo salir un suspiro, poniendo el último trozo de esparadrapo para fijar la venda. No esperaba una disculpa.

Paolo sonríe, ahora hay calma en sus ojos, una ternura que no conocía.

¿Qué está pasando? Nunca se ha comportado de esta forma.

Me incorporo y antes de que me aleje, atrapa mi mano.

Sus dedos son suaves, cálidos. Una corriente eléctrica chisporrotea en el lugar que acaricia de palma y sube para recorrer todo mi cuerpo.

—Gracias.

Lo dejo allí tumbado.

Escapo a la cocina, buscando a Luca. Tengo la cabeza hecha un lío. Tanto como mi corazón.

◆ ◆ ◆

Todavía no ha amanecido cuando salimos de casa. Una capa de niebla espesa cubre los campos. Paolo camina con las muletas hasta el coche.

Está serio, tiene ojeras, la mandíbula apretada y mantiene los ojos clavados en la carretera mientras conduzco. Lleva la cremallera de la chaqueta del chándal subida hasta la garganta y las manos en los bolsillos. Casi parece un adolescente enfadado con el mundo.

No tengo que esforzarme para recordar cómo era con quince años. Ya tenía aire de estrella, mi madre siempre picaba a Ezio, le decía que Paolo era mucho más guapo.

Casi no hay tráfico en la carretera. Cuando nos acerquemos a Florencia la cosa cambiará.

—¿A qué hora tienes que estar? —pregunto al fin, sin mirarlo.

—A las nueve.

—Es una tontería que te obliguen a ir si no puedes hacer nada.

Paolo gira la cabeza y mira por la ventanilla.

Pasamos un par de camiones en la autopista. Pongo música para romper el silencio.

Por fin salimos de la última rotonda, cuando faltan quince minutos para las nueve y él hace una señal al guardia de la garita de seguridad para que levante la barrera y nos deja entrar en el parking privado.

Está tenso, como si tuviera una pelea dentro de la cabeza.

—Si necesitas hablar con alguien… —digo, junto a la puerta de acceso al ascensor—,sabes que puedes contar conmigo.

—Sí. Tranquila. Gracias por traerme.

Se baja del coche sin esperar a que lo ayude, coge las muletas del asiento trasero y la bolsa de viaje.

Suena un claxon. Es Ezio, con su Audi rojo. Aparca junto de nosotros y sale con una sonrisa enorme.

—¡Eih! ¿Qué tal el fin de semana? ¿Me lo has cuidado bien?

Paolo dice algo que no consigo escuchar y Ezio cambia la expresión por una mucho menos animada.

—Me marcho al hospital.

Mi hermano se despide con dos besos y va junto a Paolo, escoltándolo, andando al mismo ritmo de su paso torpe.

En el hospital, voy al vestuario y me pongo la bata para comenzar la jornada. Tengo una mañana larga por delante. Como otro lunes cualquiera, Andrea me espera en la entrada del despacho de residentes con un café en la mano.

Me saluda con una sonrisa.

—Te traigo tu café preferido —bromea y me da un beso en los labios.

5

PAOLO

Ezio sigue a mi lado hasta llegar al pasillo del área de rehabilitación.

En la sala está Mario, el jefe de fisioterapia. Su cara es la misma de siempre, pero hay algo distinto en sus ojos.

—Paolo —dice, sin rodeos—. Este es Darío, va a llevar tu recuperación.

A su lado hay un tipo joven, casi tan alto como yo y un poco menos corpulento, lleva el pelo cortado al ras, como un militar. Va vestido con el uniforme de los sanitarios, pantalón y camisa suelta blanca.

Me tiende la mano.

—Encantado, Paolo —dice.

Voz firme, apretón fuerte. Nada de sonrisas.

—Hemos preparado un plan de rehabilitación personalizado para ti. El *míster* te quiere en un mes. Vamos a hacer que sea posible.

Espera a ver mi reacción.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

Mario sale de la sala sin despedirse. Darío coge la *tablet* digital con mi historial de la mesa y vamos a la primera sala. Señala la camilla en un lateral con un gesto mínimo.

Sí. Ya sé cómo va esto. Me quito las zapatillas y el pantalón antes de tumbarme.

—Vamos a comenzar con movilidad pasiva y test de control neuromuscular. Luego valoramos carga.

Darío empieza a mover mi pierna con precisión. Soy consciente de detalles absurdos, como que tiene frías las manos o que uno de los focos del techo luce menos intenso.

Sus manos ejercen la presión justa, sin titubeos. Nada de charla. Esto no es una conversación. Es una evaluación.

Al principio, puedo resistir. Es solo una molestia; cuando empieza a trabajar la zona lateral, justo donde el ligamento todavía está inflamado, siento el calor punzante subir hasta el pecho.

—¿Molesta? —pregunta, sin mirarme.

—No —miento.

—No me interesa que aguantes. Me interesa que recuperes —responde.

Seguimos.

Ejercicios con banda, equilibrio, descarga de peso parcial, cinta antigravedad. Las punzadas aumentan con cada paso. No me quejo.

Después de una hora, Darío por fin lo da por terminado y anota en su *tablet*.

—Cada día, aquí a las ocho. Vamos a trabajar juntos para que estés listo cuatro semanas.

Lo dice como quien anuncia que habrá tormenta: inevitable. Me mira y espera confirmación.

—De acuerdo—acepto.

Cuando salgo al pasillo, después de pasar por las duchas, encuentro Ezio está esperándome sentado.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —respondo.

No insiste.

Nos vamos juntos. Se ha ofrecido para llevarme y traerme a casa. Lo bueno: es mi compañero, mi amigo, además, vive al lado. Lo malo: a él no puedo engañarlo.

En la salida, el pequeño grupo de aficionados que esperan a la caza de fotos y autógrafos.

Por primera vez, no bajo la ventanilla.

◆ ◆ ◆

Cuatro días. Cuatro putos días.

Me levanto cuando todavía es de noche.

María prepara el desayuno: tortilla, tostada de pan con aguacate, algo de fruta, un café.

Llego a las ocho al centro. Siempre soy puntual. Podrán decir que tengo otros defectos, pero jamás que llego tarde.

Paso más tiempo con Darío que con cualquier otra persona, y aún no sé si me cae bien o lo odio. Probablemente las dos cosas.

Todo es técnica, repeticiones y tiempos.

Me está costando más de lo que creía.

Y luego está el silencio.

El *míster* no ha hablado conmigo. Mario tampoco dice nada cuando nos encontramos.

Parece que ya no formara parte del equipo. Estoy aquí, a pesar de que no hay sitio para mí.

Ezio, paciente, aguanta mis malas contestaciones. He visto a los compañeros, sigo bromeando en el grupo de WhatsApp. El capitán, Samuel, me ha enviado mensajes de ánimo.

Mis compañeros lo entienden, son los únicos que pueden hacerlo, yo no quiero su compasión.

Prefiero estar solo.

Es ya por la tarde, estoy tumbado en el sofá haciendo zapping, suena el móvil.

—¿Sigues vivo? —pregunta Enrico.

Sé que mi representante no está en Italia. Hace estos viajes a menudo, sobre todo en épocas de fichajes.

—Eso parece.

—¿Qué tal el tu fisioterapeuta privado? ¿Cómo se llama?

—Darío.

—¿Qué tal va?

—Hace su trabajo.

Escucho al fondo el sonido de una voz automática. Está en un aeropuerto.

—Escúchame. Hay opciones.

—¿Qué tipo de opciones?

Siento la boca seca y un peso repentino en el pecho.

—Turquía. Están preguntando. No es *top*, pero pagan bien, tienen plaza libre para extranjero y quieren alguien con experiencia. Podrías jugar dos años allí. Tranquilo, con buen clima. Te da tiempo para planificar lo siguiente...

—¿Y si no me recupero?

Se hace un silencio.

—Entonces, se acabó —dice Enrico bajando la voz—. Pero esto no lo dices en voz alta, Paolo. Te lo tragas.

Cierro los ojos. Siento un sudor frío en el cuello. El dolor en la rodilla es mínimo comparado con esto

—Entendido.

—Tienes un mes para ser otra vez un jugador activo. Que no se note que dudas. Que no te lean la cara.

Sé lo que quiere. Quiere al Paolo de los anuncios. La sonrisa perfecta.

El resto, las jugadas, son una parte de mi trabajo. Nadie quiere a un jugador que no es capaz de ganarse al público por muy bueno que sea.

El fútbol hace años que se ha convertido en algo más que meter goles. El negocio de la publicidad, las camisetas y la última moda: los *biopic* de las televisiones privadas.

Para mí esa es la parte fácil. La que sale natural.

La otra, la de verdad, la que me trajo hasta donde estoy, salir al campo y hacer buenas jugadas, por desgracia me esquiva desde hace meses, las lesiones me han convertido en un jugador con miedo, uno que da cada zancada pensando en que puede haber otra caída.

Enrico lleva razón. Tengo que conseguir que no lo lean en mi cara.

◆ ◆ ◆

Estoy reventado. Llevo toda la semana madrugando y durmiendo fatal. Hoy, además, toca revisión en la clínica por la tarde. En lugar de acompañarme Darío, viene su jefe Mario.

Tengo que esperar en una habitación privada, tumbado en una camilla.

El doctor entra sin avisar. Ni un saludo cordial. Es el mismo que me atendió hace una semana. Tiene cara de pocos amigos. Últimamente parece que todos los que me rodean están enfadados, como si yo hubiera hecho algo.

—Túmbate —dice, directo.

Revisa mi rodilla con silencio profesional.

—Estás forzando antes de tiempo —dice finalmente, mirando el monitor del ecógrafo—. Lo sabes, ¿verdad?

Mira a Mario con la misma expresión enfadada y luego otra vez a mí.

—Si te rompes de nuevo, Paolo… será quirófano. Si entras al quirófano, nadie te asegura que vuelvas a jugar.

Me quedo congelado. Una cosa es saberlo y otra escucharlo del médico. Siento la presión de sus dedos en la rodilla mientras prueba la movilidad.

—Entonces ya está —murmuro—. No hay opción.

El doctor me mira y su expresión se suaviza.

—Claro que hay opción —dice, su voz de pronto es más cálida —. Tu vida no termina por una lesión, Paolo. Te lo puedo asegurar.

—Seamos optimistas —interrumpe Mario—. A Paolo le quedan muchos partidos.

—La decisión es tuya, Paolo —dice, ignorando a Mario—. Eres quien decide qué riesgos correr. Serás tú en el quirófano. No lo olvides.

Me incorporo despacio y limpio un poco de gel del ecógrafo que aún tengo en el muslo.

—Nos vemos en dos semanas. O antes, si me necesitas.

Nos deja a solas y Mario tiene el ceño fruncido. Me gustaría preguntarle por qué el *míster* no quiere darme tiempo. Si el club ya ha pactado un traspaso y por eso las prisas, pero sé que no va a responder.

◆ ◆ ◆

Entro al chalet y María viene a ayudarme.

—¿Qué haces aún aquí, María? Es viernes.

—No se preocupe, señor.

—Deja la cena en el microondas y márchate. No voy a necesitar nada.

—Señor, ¿está seguro?

—Estoy seguro. Márchate con tu familia y disfruta del fin de semana.

Tengo que hablar con ella otro día, con calma, ahora no soy capaz de mantener una conversación, desde que he salido de la clínica se ha instalado un dolor de cabeza que hace que me palpiten las sienes.

Voy cojeando hasta el sofá.

Escucho a María despedirse y el golpe suave de la puerta cuando se cierra.

Cierro los ojos recordando que aún tengo que subir a mi cuarto. Malditas escaleras. No sé por qué convertí el dormitorio de la planta inferior en una sala de juegos. Bueno, sí lo sé, era joven y pensaba que nunca tendría que llevar muletas.

La casa está en silencio. A través de la pared de cristal del jardín veo las luces de la piscina.

El agua fría me llama, a ver si consigo que desaparezca el martilleo en la sien o, por lo menos, que no me arda la rodilla.

Con las pocas fuerzas que me quedan, salgo al jardín. En un último arranque de claridad mental, sopeso la idea de entrar en la piscina.

El problema será salir.

El cuerpo me tiembla entero cuando me siento en los escalones bajo el agua fría. Tengo todos los músculos cansados. Los brazos, de sujetarme con las muletas; la espalda, de compensar el peso.

Miro hacia abajo, a la rodilla hinchada. Darío no me da descanso. Paso de las sentadillas, a la prensa, más ejercicios, masaje… a veces tengo ganas de estrangularlo.

Agarro el móvil sin pensar. Busco el número de Luca. Últimamente la llamo demasiado cuando necesito desahogarme. No es justo para ella. Ahora tiene a Carlos y no puedo estar siempre preocupada por mí. Además, está su trabajo nuevo, es capaz de cancelar el viaje para estar conmigo.

No quiero ser una carga.

En su lugar, abro la app del club. Busco un partido viejo, hace tres temporadas. Nosotros dos, Ezio y yo, titulares. Yo corriendo por la banda, la zancada rápida, limpia, sin miedo.

Un recorte, un pase, él hace gol. Me abrazo con Ezio como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante.

Dejó el teléfono en el césped. No quiero verlo.

Ya no soy ese. No recuerdo la última vez que jugué sin miedo, la última vez que disfruté un partido.

◆ ◆ ◆

Los chicos insisten en venir a verme. Sé que es idea del capitán. Cuando uno de nosotros está lesionado, somos como una familia. Nunca se sabe quién puede ser el siguiente. Vivimos con ese miedo. Es el precio a pagar por ser futbolista. Supongo que todos los deportistas lo sienten.

Esta vez me cierro en banda. No estoy de humor. Ni siquiera dejo que Ezio venga

Así que aquí estoy, tumbado en la cama a las nueve de la noche de un sábado.

Paolo Ferraro. El centrocampista que sabe colocarlas fuera del campo.

Río amargo.

Aún recuerdo el día que dijeron esa frase en la prensa. Ezio estuvo cachondeándose de mí una semana entera.

Reviso el móvil por inercia. Mi madre me ha llamado. No he ido el fin de semana y están preocupados. No lo dice, pero sé que están al tanto de todo. Enrico tiene buena relación con ellos, y, aunque ya no soy el adolescente que le contrató, él sigue dando reportes a mi familia.

En algún momento tendré que hablar con mi padre.

No tengo valor.

Entonces llega un mensaje.

Martina.

"Ezio me ha dicho que tuviste reisión en la clícina"

"No hace falta que contestes"

"Quería decirte que no estás solo, lláma si me necesitas"

Eso es todo.

Lo leo una vez.

Luego otra.

Y otra.

Las palabras dejan de tener sentido.

Recuerdo el momento en que me tocó. Su mano sobre mi rodilla, preocupada revisando mi rodilla, el color de su cabello y las ganas que sentí de tocarlo cuando un mechón escapó de su coleta.

¿Qué puedo decirle? A ella no quiero mentirla.

Es la única que me tratado de esta forma, preocupada, no por si puedo correr o dar a un balón, solo viéndome a mí.

Sin poder evitarlo, empiezo a llorar.

Las lágrimas caen sin cesar, han decidido que no van a parar; caen sin permiso, quizá porque llevo días conteniéndolas.

◆ ◆ ◆

No he salido en todo el fin de semana. Me he portado como un buen chico, he descansado con la pierna en alto y me he puesto hielo a intervalos regulares tras hacer ejercicios suaves de estiramiento.

Después de desmoronarme el sábado, pasé la noche dando vueltas y más vueltas. En mi cabeza, no en la cama. En la cama, mejor no moverme mucho.

Tengo pendiente una conversación con mi padre. Postergarlo solo lo va a hacer más difícil.

El lunes Ezio se presenta en casa pronto para llevarme al centro deportivo. Sé que lo hace de buena gana, pero sigo pensando que es una putada hacerle madrugar para dejarme antes, cuando él empieza los entrenamientos una hora más tarde.

La sonrisa en su rostro es tan intensa que por un momento pienso si no ha tomado alguna droga.

—No me lo creo todavía —dice al poner el coche en marcha —. Firmo en dos meses.

Asiento, mirando por la ventanilla como si me interesara la forma en que el viento mueve los árboles.

—Bien por ti. Te lo mereces.

Ezio se gira, me observa un segundo, parado en un semáforo en rojo. Sabe que no soy de hablar mucho últimamente, de todas formas, insiste.

—¿Y tú? ¿Cómo vas?

—Va bien —respondo.

—¿Pero avanzas?

— Hago todo lo que me dicen —le corto. Me encojo de hombros.

Se nota que quiere decir algo más.

—Tío, puedes contarme si estás mal. Soy yo. Deja esa mierda de actuación para cuando tengas sesión de fotos.

Lo envidio un poco, y eso me hace sentir aún peor.

—No estoy mal —miento—. Solo necesito apretar. Si no me pongo en forma ya, se acabó.

Ezio aparca en la plaza junto al ascensor.

—¿Y si no te recuperas del todo? —pregunta sin salir del coche—. ¿Si el *míster* te aprieta demasiado?

Aquí y ahora, estamos los dos. No hay fotógrafos, ni compañeros, ni representantes. Tampoco está el *míster* ni padre. Ni siquiera Martina. Aunque quizá a ella sería a la única persona que le contaría cómo me siento.

—Entonces ya no habrá más qué pensar —respondo en voz baja.

Me arrepiento enseguida, pero no rectifico. Él asiente mirando al frente, con las manos todavía en el volante.

Un golpe en la ventanilla nos hace dar un respingo. Samuel, el capitán, ha llegado temprano hoy.

—Vamos, que como llegues tarde ese tipo es capaz de decírselo al *míster* —dice Ezio.

—Darío hace su trabajo —lo defiendo, sorprendiéndome a mí mismo.

Salgo del coche y Ezio me da una colleja y dice:

—Espabila, que pareces un zombie, macho.

◆ ◆ ◆

Ezio lleva razón: parezco un zombie. He pasado la semana concentrado en mi recuperación. Por fin es viernes. Aunque no esté para juergas, consuela saber que voy a perder de vista a Darío dos días.

Estoy sentado en el vestuario de rehabilitación.

Miro el reloj.

Faltan siete minutos.

Saco el móvil del bolsillo de la sudadera y marco el número de Luca.

—¿Estás en casa?

—Sí —responde—. ¿Pasa algo?

Trago saliva.

—¿Puedes venir a buscarme hoy?

Mi hermana ni siquiera se piensa la respuesta.

—¿A qué hora?

—A la una y media. Te espero fuera. No quiero quedarme a comer con nadie.

—Ok. Te paso a buscar.

Cuelgo. Respiro hondo. Me pongo en pie.

Toca apretar. Es viernes. Último día.

Darío me espera de pie con la *tablet* en la mano.

—Hoy hacemos fuerza —dice sin más.

Bicicleta cinco minutos. Sin resistencia. Después movilidad: cadera, tobillo, rodilla. Lento. Las rutinas del principio, que ya me sé de memoria.

Cuando paso a la prensa, la pierna empieza a temblarme a los treinta segundos. El cuádriceps se contrae antes, preparándose para lo que viene.

—Sigue —dice él, sin levantar la vista—. Si no hay dolor agudo, sigue.

No hay dolor agudo.

Solo un dolor sordo que me hace apretar los dientes.

Sigo. Una serie. Otra. Una tercera. Descanso de veinte segundos. Luego otra.

Me cambia de estación. Sentadilla asistida. Descenso lento. Cuatro segundos. Cuatro putos segundos eternos. Subida normal. No paso de setenta grados. Dice que más no hace falta. Que no me acelere. En la serie siguiente me pone lastre, para «ver cómo responde».

Mi camiseta está empapada.

Marca el ritmo, yo cumplo. No pregunta si duele. Solo si puedo. Y puedo.

Termino con los muslos cargados y la rodilla ardiendo.

Me acuesto en la camilla para el masaje.

He decidido que odio a Darío. Lo odio. Por su forma fría e impersonal de tratarme, como si yo fuera un robot al que hay que poner a punto.

Al final, hielo. Quince minutos.

Me deja solo para estirar.

Vuelve un minuto después, como si fuera a darme una medalla.

—Descansa el fin de semana. Lunes, campo. El *míster* quiere verte con el balón.

Asiento. No le digo que en el vestuario tengo que subir las escaleras apoyando la mano en la pared.

Lunes.

Campo.

Cojo las muletas, a estas horas todavía no habrán terminado y no corro el riesgo de que me vean, no tengo que hacerme el duro por los pasillos.

Luca está en el coche. Sube la música en cuanto entro. No hace preguntas. Simplemente conduce. Como si supiera que estoy al límite.

Cierro los ojos y me dejo llevar de vuelta al viñedo.

6

MARTINA

Arrugo la nariz cuando me llega el olor a desinfectante. Estoy repasando los historiales. Quiero dejar todo completo antes de irme. El trabajo administrativo no es divertido, pero es necesario. Prefiero que no se acumule.

Después de pasar el fin de semana en el viñedo, el olor en el hospital se me hace insoportable. Este lunes me ha costado regresar al trabajo más que nunca.

Quiero irme a casa, darme una ducha con agua muy caliente y no hablar con nadie.

Al llegar, Andrea ya está allí.

Nos saludamos con un beso demasiado rápido.

—¿Un mal lunes? —pregunta.

—Horrible —respondo, sin más.

—¿Qué tal el fin de semana?

Ahora no me puedo escapar, como esta mañana, cuando hemos desayunado juntos y el horario con los pacientes ha sido mi excusa para irme corriendo.

No contesto. Andrea me observa sin insistir.

—Pareces preocupada, Marti.

Levanto la mirada. No sé qué decirle, ni yo misma sé qué siento en estos momentos.

—Estoy agotada, Andrea. Eso es todo.

Asiente y mira el reloj.

—Ve a darte una ducha y cenamos japonés. Voy haciendo el pedido.

—Gracias —le digo y me escapo al cuarto.

Pienso en Paolo.

En cómo sentí su cuerpo bajo mis dedos, en ese destello en sus ojos, como un animal escondido, en los músculos, tensos, cincelados a golpe de cientos de repeticiones.

En cómo tembló todo mi cuerpo cuando atrapó mi mano.

Y cómo pareció que en ese «gracias» había un millar de palabras escondidas.

Cuando salgo de la ducha, escucho el pitido del teléfono. Una parte de mí, espera que sea una llamada de urgencia del hospital. Necesito escaparme, poner espacio entre lo que ahora mismo siento dentro de mi pecho y lo que sucede abajo, en el salón de la casa de Andrea, con la cena preparada y él esperándome.

Solo es un mensaje de Sofía, una invitación a una café por la tarde.

Bajo al salón vestida con un pijama y el pelo aún húmedo, suelto.

La luz está baja. Sobre la mesa, hay dos copas. La cena ya está servida.

Sin decir nada, me dejo caer en el sofá a una distancia prudente.

—¿Vas a estar así mucho tiempo más? —pregunta él, al fin.

—¿Así cómo?

Lo miro. Estoy demasiado cansada para suavizar nada.

—Estoy cansada, Andrea, ya te lo he dicho. No tengo fuerzas.

Hay un cambio repentino en él. Se gira y se enfrenta mirándome.

—Pero para él sí tienes, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, sorprendida por su actitud.

—Que quizás lo que te apetecía era quedarte allí con él.

—No digas tonterías, Andrea. Además, él también ha vuelto.

—Vaya. Genial, entonces. Todo regresa a su sitio. Él, a su vida de futbolista famoso y tú regresas aquí.

—Exacto.

Entonces, me doy cuenta del error. Bajo esa aparente calma, Andrea está mucho más enfadado de lo que parece.

—De eso se trata, Marti. Que vuelves porque no tienes otra opción. Si él te llamara ahora mismo, dejarías todo. Me dejarías a mí, dejarías el trabajo y dejarías tu sueño de ser médico. Dejarías toda tu vida por estar con él.

Sus palabras me dejan helada.

—¿Eso piensas?

—¿Lo harías, Martina? —pregunta.

Enfadada, me levanto del sofá. No sé qué me ha cabreado más, que él haya diseccionado mis sentimientos de esta forma o saber que no puedo darle una respuesta.

¿Qué haría si Paolo me llamara?

Ni yo misma lo sé.

Esa noche, Andrea duerme en el despacho y yo no voy a buscarle.

◆ ◆ ◆

Sofía y yo comemos en una terraza de siempre. Me cuesta seguir el ritmo de su conversación, pero Sofía me conoce demasiado como para dejarlo pasar.

Después de contarle cómo me ha ido el fin de semana, decide empezar con su interrogatorio. Porque, como siempre la digo, el

traje de abogada no se lo quita nunca.

—¿Y entonces? ¿Qué ha pasado ahora?

Remuevo la ensalada sin tocarla.

—Discutimos. Anoche.

—¿Por Paolo?

—No solo por eso. Por todo.

Ella me observa. Ladea la cabeza.

—Martina… esto no te lleva a ningún sitio.

—Es una discusión. Lo arreglaremos.

Sofia niega moviendo la cabeza.

—Lo quieras o no, sigues atrapada en esa historia. En ese tiempo con Paolo. Y Andrea no es malo, pero no es para ti.

—Tampoco Paolo.

—Pues entonces, déjalo de una vez. Cierra ese capítulo. Olvídate de él.

Antes de que pueda contestar, mi móvil vibra. Es Ezio.

—¿Todo bien?

—¿Qué haces el fin de semana?

—No tengo ni idea, Ezio. No voy a ir al viñedo de los Ferraro, si es lo que preguntas.

Sofía me mira y pone una mueca divertida.

—¿Ni aunque vaya a estar yo?

—No vas a liarme otra vez.

—Venga, Marti, que quiero celebrarlo. Estoy harto de guardar el secreto hasta que lo hagan público. Voy a ir a casa y luego donde Paolo el sábado. Te necesito. No quiero estar en minoría.

—No.

—¿Por favor?

Me echo a reír.

—Vamos a ir varios compañeros, Mateo, Samuel… los chicos quieren animarle un poco.

Un silencio un poco más largo, y otra vez mi hermano, con esa voz suplicante que me pone desde que éramos niños pequeños.

—¿Por favor?

—De acuerdo. Esta, me la debes.

Cuelgo sin decir nada más. Sofía me mira.

—¿Tu hermano?

—Van a casa de Paolo para animarle.

—Y te avisa a ti

—Sí.

La expresión irónica de Sofía me hace ponerme colorada. Ella no insiste. Entonces se me ocurre una idea.

—¿Te vienes?

Me mira sorprendida y suelta una carcajada.

—¿Yo? ¿Con esos trogloditas? Ya no te acuerdas de la última discusión con Ezio, ¿verdad?

—Venga, Sofía, que será divertido. Si no te cae bien mi hermano, puedes elegir entre Samuel y Mateo.

Le guiño un ojo y ella finge pensarlo un rato. Aprovecho para enviar un mensaje a Luca.

—Ya está. Luca dice que prepara otra habitación.

—Eres una lianta —se queja Sofía, aunque sonríe.

De repente, tengo ganas de salir, escapar de la ciudad, del hospital y todas esas horas encerrada bajo las luces blancas y la lista interminable de pacientes.

◆ ◆ ◆

Ha sido una semana agotadora. El lunes entro de guardia, necesito este fin de semana para descansar. He trabajado doblando turno varios días. Por lo visto, Andrea ha tenido la misma idea, nos hemos visto más en el hospital que en casa.

Cuando llego a casa, Andrea está sentado en la mesa del salón con el portátil delante. En cuanto me ve, se pone de pie y viene a recibirme.

Hay flores en un jarrón de la mesa. Un ramo enorme de tulipanes de color naranja. Mis preferidos. Es su forma de disculparse.

—Te estaba esperando —me saluda con un beso en los labios.

Mi suspiro es demasiado ruidoso, él me deja espacio.

—He pensado que podemos ir a pasar el fin de semana al norte. A los lagos. Podemos pasear, tomar algún buen vino… —pasa su dedo por mi mejilla—. Te echo de menos, Marti.

De repente, soy consciente de que no siento nada. Los tulipanes en la mesa no me han removido el corazón, su beso ha sido incómodo, el tacto de su mano… tengo ganas de alejarme todo lo posible.

—Te dije que este fin de semana he quedado con mi hermano.

—Ya, pero seguro que lo entiende. Necesitamos un tiempo para nosotros, Marti.

La forma en que dice mi nombre, me exaspera.

—Te lo dije. Voy al viñedo de los Ferraro. A ver a mi hermano, a los chicos... tenemos una celebración.

Andrea da un paso atrás, dejándome espacio.

—¿"Los chicos" a quién incluye, Martina? —pregunta, el filo de los celos asomando otra vez en su voz.

—Con Mateo, con Samuel… con sus amigos.

—¿Y Paolo?

—Es su casa, Andrea. Él y Luca.

—Perfecto —exclama.

—Si quieres venir, ven —respondo, sin mirarle, camino del dormitorio—. Si no te fías de mí, acompáñame.

Andrea entra tras de mí, se apoya en la puerta y mira cómo abro los armarios y voy sacando la ropa para el equipaje.

—Martina, estás viviendo entre dos mundos. Tu vida aquí, entre semana, tu trabajo, tus pacientes, yo… y el fin de semana, en el viñedo, como si aún fueras esa niña de quince años. Y Ezio está colaborando en ello.

—Solo estoy tratando de no volverme loca, Andrea. Paso tanto tiempo en el hospital, que a veces no sé ni qué hora del día es. Necesito descansar.

Su tono de voz calmado me cae como un jarro de agua fría.

—Necesitas centrarte en tu vida. Elegir cuál quieres que sea tu futuro.

—Sé cuál es mi vida. Soy yo quien hace guardias, quien ve a cientos de pacientes, quien ha pasado años encerrada entre libros.

—Pues parece que lo vas a tirar todo por la borda por ese hombre, Martina.

De repente, me doy cuenta de que toda esa frialdad, esa afilada personalidad, tal vez es otro signo de que no me ama.

Nos quedamos en silencio.

Finalmente, me mira con una mezcla de resignación y tristeza.

—Podría ir contigo —dice.

—Pero no lo harás.

—No —admite.

—Entonces no me lo eches en cara.

Agarro mi bolso y las llaves del coche.

Mientras conduzco hacia el viñedo, con la carretera oscureciéndose poco a poco, solo puedo pensar en que a veces uno

tarda demasiado tiempo en darse cuenta de que ha elegido el camino equivocado.

◆ ◆ ◆

Anoche llegué tarde. Luca me esperaba y en cuanto vio mi cara, me dio un abrazo y me acompañó a la habitación que suelo ocupar.

He dormido doce horas seguidas.

Me cepillo los dientes en el pequeño cuarto de baño con vistas al viñedo. Esta mañana hace poco sol, el aire viene cargado de ese aroma limpio y tranquilizador.

Me doy una ducha rápida, me recojo el pelo y me pongo ropa deportiva.

No hay nadie en la cocina.

Reviso mi móvil. Tengo un mensaje de Luca. Vendrán a la hora del almuerzo. Han ido a comprar lo necesario para esta noche.

La cena con Ezio. Es verdad. Esa es la razón de que haya venido.

No creo que sea la única en esta casa. Si no está en la cocina, ni en el jardín… solo puede estar en su cuarto.

Me pongo una taza de café y subo las escaleras.

La puerta está entornada. No golpeo. Solo empujo un poco.

Paolo está tumbado boca arriba, con una pierna flexionada y la otra estirada encima de un cojín. Está entretenido con el teléfono móvil. Seguramente me ha escuchado, pero no dice nada.

Me acerco despacio.

—Buenos días —digo, con voz baja.

Gira la cabeza hacia mí. Tiene cara de haber dormido mal. La mandíbula marcada por la tensión, ojeras, y el brillo en sus ojos está apagado.

Incluso ahora, es arrebatadoramente hermoso.

Puede que incluso más, con esa expresión doliente.

—¿Te han contratado de enfermera?

—Buenos días a ti también —respondo, sentándome a los pies de la cama.

Se incorpora un poco, apoyándose en los codos.

—Estoy bien, no tienes que preocuparte —añade, antes de que pregunte.

—No lo parece.

—¿Y tú qué sabrás?

—Soy médica, por si lo has olvidado.

Resopla, claramente molesto.

—Perdón. Imposible olvidarlo con todos hablando de lo inteligente y trabajadora que eres.

Sus palabras me pinchan. Tiene ese tono que usa desde siempre para molestarme. Ahora ya no soy una cría. No soporto sus pullas, ni sus silencios y las tonterías de estrella del fútbol.

Todo eso ya ha terminado para mí.

—¿Siempre eres tan encantador por las mañanas?

Y cuando estoy a punto de poner la mano sobre su pierna, lo hace, suelta la siguiente broma, la que hace que me den ganas de golpearlo bien fuerte.

—Nunca he tenido quejas, la verdad, suelen despertarse con una sonrisa.

Le lanzo una mirada asesina. Me ha pillado con la guardia baja. No voy a cometer otra vez el mismo error.

Respiro profundo.

Soy de nuevo la doctora. Su rodilla está vendada, algo inflamada.

—¿Puedo?

—Tócame donde quieras, doctora —responde, con una sonrisa que sé que finge.

Retiro la venda despacio, quizá más despacio de lo que podría. Toda su piel se eriza cuando pongo los dedos sobre el tendón lateral. Sé que no es dolor, ni siquiera he presionado.

Cuando lo hago, cuando examino con cuidado la articulación, los músculos se tensan, como si una oleada lo recorriera y al levantar la cabeza para preguntar si siente dolor, me quedo helada.

Paolo me observa con ojos de depredador. Está respirando muy lento y tiene los labios entreabiertos.

—¿Dolor?

Niega, sin hablar.

—¿Y la fuerza?

—Está volviendo.

Lo dice con orgullo, su tono de voz no deja dudas. No va a aceptar ante mí cuánto está sufriendo.

—Deberías descansar.

—Lo hago. Mírame, aquí tirado en la cama.

Voy al baño. Sé en qué parte del armario guarda las vendas y el esparadrapo.

—¿Y si pararas? ¿Qué sucedería?

Hay otra forma en que puedo ayudarlo. No soy fisioterapeuta, pero aligerar la presión muscular, puedo hacerlo sin ponerlo en peligro.

Pongo las manos a los lados de su muslo, sin avisarle.

Estoy a punto de echarme a reír cuando pega un respingo. Sostengo su pierna contra la cama.

—¿Qué haces?

—Túmbate y quédate tranquilo. Soy médico. Recuérdalo. Y muy lista.

Una ligera sonrisa aparece en sus labios.

Si supiera lo atractivo que es…

Se tumba y mira al techo.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto mientras vierto unas gotas de aceite de masaje en mis manos.

—Para jugar. Es por lo que me pagan.

Contiene un gemido cuando subo las manos hasta el borde de su pantalón deportivo, apretando ligeramente.

—Si te duele, dímelo.

No responde. Cierra los ojos. Tiene los puños apretados a los lados.

—Se supone que tienes que relajarte —bromeo, intentando que confíe en mí, que se deje llevar.

—¿Has pensado en lo que dirá tu hermano si te encuentra en mi dormitorio, tocándome, medio desnudo?

—Que eres idiota, eso dirá.

Le escucho reírse.

—Además, no estás medio desnudo.

Trabajo los laterales, el frente, siento la fuerza de sus músculos, y ese ligero temblor cuando me acerco a la rodilla, el temor al dolor.

—Eso podría arreglarse.

—¿El qué? —pregunto, distraída.

—Mi estado de desnudez.

Ahora sí me mira. Sus ojos están oscuros.

—Para con esto, Paolo —le regaño con severidad.

—¿Con qué?

—Con este papel de intocable, de fuerte.

Lo señalo mientras me levanto.

—Todo esto, la actuación, no hace falta conmigo. Te olvidas que yo te conozco. Creo que estás siento insensato. Si te equivocas,

si te rompes, tal vez no haya remedio. ¿Lo has pensado?

Aprieta la puños.

—Cada día, Marti, lo pienso cada puto día.

Sin pararme a reflexionar, paso los dedos por su perfil.

—Por lo menos podrás seguir siendo modelo.

—Vete a la m…

No termina la frase. Me mira enfadado.

Lo dejo cabreado y solo.

Jamás tocar a un hombre se ha sentido como cuando le he tocado a él.

¿Por qué me siento como una cría de quince años otra vez?

7

PAOLO

Estoy sentado en el jardín con la pierna estirada y una bolsa de hielo apoyada sobre la rodilla. Las mujeres, mi madre, mi hermana, su amiga Sofía y Martina, están terminando de poner platos de comida en la mesa. Los hombres, con mi padre a la cabeza, charlan. Es una tarde normal en el viñedo, como tantas otras en el tiempo. De vez en cuando, mi padre mira en mi dirección, esperando que me una a la conversación, prefiero mi lugar en el banco.

Desde aquí tengo una vista perfecta de Martina. Lleva un vestido por las rodillas, color claro, que hace que su piel parezca más morena. Está preciosa.

Lo que ha pasado entre nosotros esta mañana me ha dejado todo el día caliente. Si llega a prestar más atención, se hubiera dado cuenta de la erección que tenía. Bueno, quizá lo ha hecho y ha preferido ignorarlo, como buena profesional.

Y esa duda me está matando.

No saber si ella me ve de verdad o si solo soy el insoportable amigo de su hermano, al que tiene que cuidar y aguantar.

Cierro los ojos un instante, intentando centrarme en el murmullo de las voces, el ruido de los cubiertos, el sonido del campo. No sirve. Cada vez que cierro los ojos, vuelvo a sentir sus dedos.

El modo en que me tocó no se parece a nada que haya sentido antes. No fue deseo, fue algo más profundo. Como si, por un segundo, mi cuerpo hubiera recordado que era humano, no una máquina de alto rendimiento.

Cuando sus dedos me rozaron, noté una corriente que me recorrió entero. Fue tan suave y tan cierto que aún me quema.

La forma en que me miró mientras me curaba… esa mezcla de concentración y miedo a sentir algo que no debía.

Ella lo disimula bien, pero la conozco lo suficiente para saber cuándo miente, y esta mañana mentía con la respiración, con el pulso, con los ojos.

Anoche soñé con ella.

No debería decirlo, ni siquiera pensarlo.

Era uno de esos sueños que parecen tan reales que duelen al despertar. Estábamos aquí, en el viñedo, el sol cayendo sobre las hileras de uvas, y ella reía. No había muletas ni dolor.

Solo ella y su risa.

Desperté con el corazón latiendo tan fuerte que tuve que sentarme en la cama y recordar dónde estaba.

Lo primero que pensé fue en Ezio, en lo que diría si lo supiera y en la vergüenza que sentí por desear a alguien que siempre he prometido respetar.

Escucho el ruido y sé quién es antes de que apague el motor con un sonido seco y arrogante.

Ezio llega en el momento justo.

Las ruedas levantan un poco de polvo. Ha entrado con la moto hasta la misma puerta. En casa de mis padres él es uno más. Esta es su otra familia, como me ha repetido un millón de veces, y yo, el hermano que no tuvo.

Se baja de la moto como si estuviera en un anuncio: casco brillante, chaqueta abierta, botas oscuras.

Sabe que todos estamos mirando.

Al quitarse el casco, antes de ponerse las gafas de sol, deja al descubierto su sonrisa. Está más seguro de sí mismo, más fuerte, más… Ezio.

Samuel silba desde la otra punta del porche.

—¡Estás loco! —grita—. ¡Con el contrato en la mano y vienes en moto!

—¿Cómo querías que viniera? —responde él—. ¿En patinete?

Todos nos reímos.

Mi madre sale a darle un abrazo y él la levanta un poco en el aire.

Sí, él también es el hermano que no tuve.

Me echa una mirada y viene hacia mí con pasos largos y firmes. Por un segundo, parece que va a soltar una de sus bromas. Pero no lo hace.

Se agacha. Me rodea con los brazos. Me abraza fuerte y le devuelvo el abrazo, con el pecho encogido.

Solo hace unas horas que nos hemos visto y parece un siglo.

Una cosa es nuestra vida en el campo, los entrenamientos, lo que somos frente a los demás; y otra cosa es esto. Aquí somos nosotros, sin máscaras ni gafas de sol caras.

—Cásate conmigo —le digo en broma.

—Eso está hecho —responde.

Los demás lo rodean. Carlos sale con unas botellas de vino y pregunta si alguien quiere probar la nueva cosecha. Mis padres miran la escena con una sonrisa.

Es una celebración. Todos están contentos.

Ezio es un héroe. Está en su mejor momento. Va a fichar por el FC Porta Nuova.

Mi padre levanta el vaso y hace un brindis. Siento cómo se me seca la garganta.

Ezio juega. Corre. Brilla.

Mientras, yo me esfuerzo. Obedezco. Pero nunca llegaré.

Ezio se deja caer en el sofá. Me mira la pierna.

—¿Cómo va eso?

—Mejor.

—¿El fisio está siendo un torturador?

Me mira preocupado y yo no quiero eso. Quiero que disfrute su momento.

—Estoy orgulloso de ti, ¿sabes? —le digo.

Ezio sonríe, esa sonrisa tímida que solo vemos los que de verdad lo conocemos. Una sonrisa sincera. La del tío que sabe que esto suyo es un don, que quizá él no se lo merece, que se mata por trabajar y hacer honor a lo que la vida le ha dado.

—Y yo de ti, hermano —dice y señala la bolsa de hielo en la rodilla—. Eso se va a arreglar. Lo sabes. Y cuando te toque jugar contra mí, que te tocará, ya puedes correr rápido.

Mi madre nos llama a la mesa. Hay todo un coro de voces hablando, riendo, bromeando. Anécdotas del vestuario, de partidos, bromas con Carlos, que todavía no habla bien el italiano.

De vez en cuando echo una mirada a Martina. Tiene esa expresión serena que me hace añorar algo que jamás he tenido. Se gira y me sonríe al descubrirme.

Y mi mundo se detiene un instante.

Me digo que lo olvidaré, que en cuanto vuelva al campo todo esto quedará atrás, pero mientras ella se inclina para servir vino y su pelo cae sobre el hombro, sé que me estoy mintiendo.

Porque incluso si nunca pasa nada, ya ha pasado.

No hay marcha atrás cuando alguien se te mete tan adentro que hasta sueñas con besos que nunca te dio.

La cena termina. Quedan platos con postre, licor, café fuerte cuando empieza a sonar la música. Mi hermana Luca se encarga de encender los farolillos de la fachada. El jardín se ilumina de colores suaves.

Me levanto cojeando. No dejo de dar vueltas a lo que me espera el lunes. Es muy pronto, pero si el *míster* dice salta, se salta. Tengo claro que mi contrato está en la cuerda floja. Con cuidado de no plantar con fuerza el pie, me alejo por el camino hacia el huerto de mi padre, su pequeño capricho. Necesito despejarme un poco. Calmar estos nervios que llevo en el estómago desde que Darío dijo que el lunes voy al campo.

Carlos llega a mi lado sin hacer ruido. Tiene ese andar tranquilo, sin imponerse. Le he visto en su otra vida, con traje y corbata, la mirada es la misma. Es un hombre que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

Lleva otra copa y una botella distinta a la que se ha servido todo el mundo.

—Te he traído esta —dice, tendiéndomela—. La guardaban tus padres en la despensa buena. 2018.

Le doy un sorbo. Reconozco el trabajo. La acidez justa. Afrutado, pero no fácil. Un vino que ha tenido que luchar.

Y me doy cuenta del mensaje de Carlos y su forma inteligente de lanzarlo.

—No está mal —digo, aunque por dentro estoy sonriendo.

Carlos se sienta a mi lado en uno de los muros bajos. Mira las viñas, como si pudiese ver algo más allá de la oscuridad.

—Nunca había pensado en el vino como negocio —dice—. Desde que estoy aquí, empiezo a entender por qué lo cuidáis tanto.

—No es solo negocio —replico—. Es tiempo, paciencia, intuición. Es saber cuándo esperar y cuándo intervenir.

Carlos se queda en silencio un segundo.

—¿Alguna vez pensaste dedicarte a esto? —pregunta—. Quiero decir, has nacido aquí, pero has seguido el negocio de tu padre. ¿No querías quedarte?

Sonrío, pero no es una sonrisa alegre.

—Siempre. Antes de todo lo demás. Antes del fútbol, antes de los contratos, antes de que mi padre empezara a venir a los partidos. Siempre pensé que algún día acabaría aquí.

—¿Y qué pasó?

—Que se me daba bien jugar. Muy bien. Y a veces, cuando se te da bien algo… no puedes decir que no. Especialmente si tu padre empieza a creer que es tu destino.

Carlos asiente. No sé nada de su vida, jamás habla de su familia, tampoco de su antiguo trabajo.

—Yo no entiendo de viñas, Paolo. Pero sí de márgenes de beneficio. De inversión, de distribución directa. De cómo hacer que algo pequeño, si es bueno, se sostenga.

Está claro, esta conversación la tiene pensada.

—¿Qué quieres decir?

—No voy a volver a Bruselas.

Le doy otro trago al vino.

Desde que llegó, supe que no se marcharía. No es por cómo mira a mi hermana, es por cómo disfruta con mi padre en el huerto, en la bodega, tocando la tierra.

—¿Estás hablando en serio?

—Mucho.

Aunque puede parecer una locura, lo veo claro. Tan claro como vi que Ezio y yo seríamos una maquinaria perfecta en el campo.

Lo miro directo. Sin máscaras.

—¿Socios?

Carlos se ríe suavemente.

—Mi hermana no se lo va a creer, será divertido ver cómo te regaña por seguir mis locuras.

Extiendo mi mano. Cerramos el trato. No hace falta nada más que un apretón fuerte y nuestra palabra.

—Tú sabes de vino. Yo hago que el negocio funcione. Lo ecológico está en auge. Identidad. Y nombre. Tú los tienes.

—¿Estás seguro de esto?

Con la mirada al frente, a las viñas bañadas por la oscuridad, Carlos no me responde de inmediato.

—He visto lo que haces, Paolo —comienza—. Eres yo mismo hace unos años.

Voy a contestarle que somos muy diferentes, pero algo en su expresión me hace callarme.

—Parece que fue otra vida —continúa—. Estudié una carrera, hice los *másteres* que había que hacer, me esforcé y luché por un puesto en Bruselas. Creí que había triunfado. Como si a ti te fichara uno grande. Entonces apareció ella.

Hace una pausa, no hay dolor en su tono de voz, solo nostalgia.

—Cecilia era todo lo que yo había querido. Guapa, inteligente, compartíamos una misma visión de la vida. No quise ver que todo era mentira. Una mentira que yo me contaba a mí mismo. Conocerla y perderla fue una suerte. Creo que, si ella no me hubiera dejado, mi vida habría seguido esa ruta que yo mismo había marcado, de la que me empeñaba en no salir. Sí, habría triunfado. Ahora sé que no habría sido feliz. Que todo eso que tenía, lo que suponía que deseaba, no me hacía feliz.

Toma una respiración lenta y me mira antes de seguir[ii].

—Tu hermana me ha salvado de todo eso. Lo sabes. Ella me rescató de mí mismo. Así que sí, Paolo, estoy seguro de que quiero pertenecer a este lugar.

Echa otro vistazo a nuestro alrededor.

—¿Y tú? ¿Estás haciendo lo que quieres o solo sigues la ruta que te marcaste? En algún momento, creo que todos nos enfrentamos a esa pregunta. La cuestión es no perder demasiado tiempo en cambiar de camino.

—Adoro jugar —digo en voz baja, como si fuera un terrible secreto—. Cuando estoy en el campo la adrenalina corre por mi cuerpo, me siento vivo corriendo con el balón, con mis compañeros, peleando las jugadas. Ojalá mi vida fuera siempre eso. Pero es imposible. Los futbolistas tenemos fecha de caducidad. Y la mía parece que va a ser pronto.

—Una cosa es la fama y otra jugar, Paolo. Sé que es una estupidez recordártelo. No imagino lo que se siente cuando entras en un estadio con miles de personas mirándote.

—El público es increíble. Los gritos, cuando estás en el campo, se escuchan como una ola gigante. Te golpea, te arrastra hacia adelante, te hace levantarte si caes. El rival te hace esforzarte, te pone al límite.

—¿Y si no vuelves a competir?

—No lo sé. No puedo pensarlo. Ahora solo puedo pensar en el lunes, el entrenamiento, conseguir otro partido. No estoy preparado para dejarlo. Pero esto…

Nos señalo a ambos.

—Este proyecto me conecta con lo que soy de una forma más real. Este proyecto son mis raíces y mi futuro.

Él asiente, comprende mis palabras, lo que soy, lo que quiero ser.

Cuando volvemos con los demás, siento el pecho más ligero. Por una vez en mucho tiempo, tengo un plan, un futuro y no solo me dejo llevar por la suerte.

La música ha subido de volumen. El vino ha corrido con alegría. Mis amigos disfrutan y mis padres se ven satisfechos, felices.

Y entonces la veo.

Martina está con chicos, con una copa en la mano, riendo más alto de lo habitual. Lleva ese vestido suelto, se ondea cuando baila, se ha soltado el pelo y cae sobre sus hombros, acariciándolos. Samuel, el capitán, está demasiado cerca. Se inclina hacia ella, le dice algo al oído, ella ríe.

Paro en seco.

No tengo ningún derecho. Sin embargo, me quema igual.

—Relájate, Romeo —dice Ezio a mi lado—. Si tanto te importa, ve y baila con ella.

—No puedo bailar, idiota —contesto entre dientes.

—Pues ya me dirás cómo vas a ir al campo el lunes, si hoy no puedes ni estar de pie con ella.

Es un golpe duro. Aprieto los dientes.

—Es tu hermana, deberías ser tú quien se preocupe.

—¿Yo? No seas anticuado. Ella es libre, Paolo. Libre.

—Que yo sepa está con ese tipo, el médico.

—Te voy a decir algo: si Samu consigue que deje al gilipollas ese, le regalo mi moto.

Como si pudiera escucharnos, Samuel pone su mano en la cintura de Martina.

Sofía viene hacia nosotros. Ezio frunce el ceño sin perder la sonrisa. Es así con todos, amable. Claro que con ella hay que esforzarse. Cada vez que hablan, terminan en una discusión. Muchas veces he pensado que a Sofía le gusta él, pero Ezio cuando escucha su hombre se tensa como si le dijeran que ese sábado se queda en el banquillo.

Para mi sorpresa, Ezio me hace un gesto y señala a su hermana.

—Ve de una vez.

Samuel está diciendo algo sobre un centro que no llegó al área, y Martina se ríe como si fuera el mejor chiste del mundo. Entro en el grupo sin decir nada. Ella me ve, y su risa baja un tono, mira de reojo, como si esperara que dijera algo.

En vez de eso, le tiendo la mano.

—Ven.

—¿A dónde?

—A caminar. No quiero quedarme aquí.

Hay un segundo de duda. Luego, deja la copa en la mesa y toma mi mano. Caminamos entre los árboles hasta alejarnos de las luces y las voces.

—¿Dónde vamos? —pregunta.

Aprieto su mano. Aún camino despacio. Voy cojeando y esquivando el dolor.

Nos paramos frente a la entrada de la bodega. Empujo la puerta, el aire me golpea, fresco, con aroma a vino y madera.

Martina entra y camina mirando las barricas.

—Siempre me ha gustado este sitio —dice—. Se respira paz, calma. Aquí, no hay lugar para la prisa.

—El vino tiene sus tiempos —digo y me acerco a ella.

—¿Y tú? ¿Ya has decidido si seguir corriendo o detenerte por fin?

Sus ojos se clavan en los míos, esperando mi respuesta.

—No, todavía no —contesto, sincero.

Levanto la mano y acaricio su cuello, aparto el cabello hacia atrás, observo su rostro, tan perfecto incluso en esta penumbra.

Ella no se mueve. No me aparta.

Rodeo su nuca con mi mano. Una caricia suave, sin presión. Me inclino y la beso.

El beso es suave y lento, con todas las palabras que nunca le he dicho. Ella tiene otros planes. Avanza en mi boca. Muerde, me saborea, como si no tuviera suficiente de mí.

Gruño y la pego a mi cuerpo. Su vestido es tan fino que puedo sentir su cintura bajo la tela.

Cuando se aparta, me mira inquieta, como si le hiciera falta comprobar que soy yo, que estamos aquí, que la tengo en mis brazos.

Solo digo su nombre.

Para que lo escuche de mis labios.

Para que no le quede duda de quién la ha besado.

Sin hablar, salimos de la bodega, la llevo a la casa y subimos a mi cuarto en silencio.

Cierro la puerta de mi cuarto y ella apoya la espalda en la pared.

—¿Por qué no pasó antes? —susurra.

Me acerco un poco y acaricio con la yema de los dedos sus labios. Estoy deseando besarla otra vez.

—Porque no sabía cómo.

Ella sonríe, triste. Mira mi cama e intenta ir a ella. De pronto, se tambalea. La sujeto por la cintura antes de que pierda el equilibrio y se deja caer sobre el colchón.

—Estoy bien —dice, entre risas ahogadas

Sentado junto a ella, le aparto el pelo de la cara. Tiene los párpados pesados. Intenta mantenerse despierta, pero no puede.

En ese momento, me detengo.

No quiero que sea de esta forma, que sea una anécdota, un accidente debido al vino de la fiesta, que se avergüence por la mañana. Así que voy a por una camiseta de dormir y cuando vuelvo a la cama, ella ya tiene los ojos cerrados.

Le bajo la cremallera del vestido con los dedos temblorosos, conteniendo la respiración. Su piel es una tentación y dejo un beso sobre su hombro.

Solo uno.

Respiro profundo y continúo tan metódico como puedo, tocando lo mínimo posible. No es que sea la primera mujer a la que desnudo.

Le pongo la camiseta, abro la cama, y ella murmura alguna queja cuando la obligo a moverse y la cubro con la sábana.

Apago la luz, me quito la ropa tan rápido como puedo, me pongo una camiseta y me tumbo a su lado.

En la habitación se escuchan nuestras respiraciones.

La rodeo entre mis brazos, hundo mi nariz en su cabello y ella dice mi nombre.

Este momento, a oscuras, sin necesidad de palabras, es tan real que lo siento en todo mi cuerpo. Como si cada átomo de mi piel fuera consciente de que la tengo a mi lado.

No sé cuándo tardo en dormirme.

Lo siguiente que siento es la luz del sol, el sonido de las voces de mi madre en el jardín, mi hermana Luca peleando con Carlos.

Ella sigue en mis brazos. Estoy tumbado boca arriba y Martina recostada sobre mi pecho, su mano bajo mi camiseta, justo sobre mi corazón, como si me sostuviera. Tengo el brazo medio dormido bajo su peso.

En el momento en que despierta, el ritmo de su respiración cambia.

Se incorpora un poco, parpadea, confundida. Mira a su alrededor, se acomoda en la almohada alejándose de mí.

Yo me comporto como se espera. Como el idiota de siempre. Pongo los brazos cruzados detrás de mi cabeza y la sonrío con suficiencia.

Ella primero me mira con sorpresa, luego, frunce el ceño. Casi puedo escuchar sus pensamientos, tratando de recordar qué ha pasado. Creo ver la confusión en sus ojos, la duda, la vergüenza y eso me atraviesa el pecho.

Antes de que diga nada, hablo.

—Tranquila. No pasó nada que tengas que explicar a tu prometido.

Martina se queda muy quieta, con la sábana apretada en un puño, cubriéndola.

—Dormimos. Eso es todo.

Me pregunto si recuerda el beso. Porque yo lo tengo muy presente. Lo tengo grabado a fuego en mis labios.

Sin decir nada, sale de la cama. Estira la camiseta para que no se vea su ropa interior. Sonrío, mirando sus muslos.

—No tienes que salir corriendo, Martina.

Ella no me escucha. Recoge su ropa, abre la puerta y mira si hay alguien en el pasillo.

Y sale de mi cuarto y de mi vida.

8

MARTINA

Despierto con el estómago revuelto. El sol entra por la ventana de forma clara y rotunda.

Me remuevo, cómoda y calentita, escuchando una respiración bajo mi cuerpo, un sonido calmado, rítmico, y el olor del perfume masculino, el calor de la piel bajo mi mano… un torso musculoso, duro.

Entonces me separo y lo veo.

Paolo, a mi lado, me mira con una expresión que no sé descifrar.

Saco mi mano de debajo de su camiseta, descubro que además de tocar su pecho, mi pierna estaba entrelazada a la suya.

Reviso mentalmente mi situación.

Llevo una camiseta que probablemente es suya. Mi vestido está en el suelo, junto a la cama.

Agarro la sábana como si fuera un escudo de hierro y él sigue recostado tan tranquilo.

Seguramente todo esto le divierte.

—Tranquila —dice en voz baja—. No pasó nada que tengas que explicar.

Quiero creerle. Sin embargo, siento cómo me arde la cara.

No he tenido una vida sexual tan activa como la de Luca, pero soy una mujer adulta. Dentro de las cosas de las que puedes

avergonzarte, esta no es, ni de lejos, la peor.

Siento que debo salir de su cama rápidamente, pero retraso todo lo que puedo el momento de alejarme de su abdomen, que sube y baja suavemente con cada respiración, del brillo peligroso de sus ojos, de sus labios, que prometen besarme hasta hacerme enloquecer.

De golpe, lo recuerdo: el beso en la bodega.

El rubor de mis mejillas se convierte en una ola caliente incendiando mi rostro.

Sin pensarlo dos veces, salto de la cama y me visto con movimientos torpes y salgo del cuarto sin despedirme.

Entro en mi habitación directa a la ducha. Rápido, sin esperar que el agua esté caliente y, sin perder ni un minuto, hago la maleta.

Paro en la cocina el tiempo justo para despedirme de Luca y su familia. La excusa es fácil: una urgencia.

La jugada del médico siempre es creíble.

En el coche, conduzco como un autómata. Pongo música y dejo que los kilómetros rueden despacio, sin prisa.

A solas, hago el esfuerzo de recordar la noche anterior. Lo que pasó. Lo que podría haber pasado.

He escapado sin darle tiempo a explicarse. Necesito poner en orden lo que siento.

Cuando me doy cuenta de que mi huida me lleva directa a Andrea, siento un escalofrío, y no de los buenos.

Al llegar a casa lo encuentro en el salón. Se sorprende al verme entrar por la puerta.

—¿Ya estás aquí?

Asiento. Sin decir nada más, voy al cuarto y me cambio de ropa. Me doy otra ducha. Quizá esperando que el agua arrastre el olor de su piel de cabeza.

Cuando salgo, él está preparando café.

—¿Cómo ha ido?

—Bien —respondo.

Se acerca para besarme, pero me aparto sin querer, con un gesto automático, sin pensar.

Él se queda quieto, durante un segundo parece que va a decir algo, pero solo asiente.

Se agarra al borde de piedra de la encimera, mirándolo, como si sobre el granito gris pudiera ver las respuestas que busca.

—¿Vas a decirme qué pasa?

No soy capaz de hablar. En mi cabeza, las imágenes de esta mañana se suceden una y otra vez. Paolo inclinándose sobre mí, el roce de su respiración cerca de mi cuello, el modo en que me sostuvo con cuidado, sus labios.

«No pasó nada».

Como si eso lo explicara todo y no fuera incluso peor. Porque una parte de mí deseaba que pasara.

Andrea y yo pasamos el día en una calma tensa, oscura como el cielo antes de una tormenta, con un silencio lleno de reproches no dichos.

Andrea vuelve a la cama del cuarto de invitados.

Esa noche me cuesta conciliar el sueño.

Me hago la misma pregunta una y otra vez.

«¿Por qué no pasó antes?».

◆ ◆ ◆

He llegado a trabajar media hora antes de mi turno. Andrea estaba aún en la cama cuando he salido. Me he escabullido como una cobarde y ahora me escondo en el hospital.

No sé por cuánto tiempo.

El móvil vibra en mi bolsillo. Cuanto antes hable con él, mejor. En la pantalla está el nombre de Luca, no de Andrea.

Respiro hondo antes de contestar.

—Hola.

—Marti —dice sin rodeos—. ¿Qué ha pasado?

Me recuesto en la silla, no sé ni por dónde empezar.

—Paolo está rarísimo. Se fue con Samuel anoche para llegar pronto a entrenar, dijo, pero estuvo todo el día sin soltar ni una palabra con una cara que no le he visto jamás. ¿Peleasteis?

Me froto la frente con la palma de la mano.

—No. No nos peleamos.

—¿Entonces?

—Pasó algo —confieso—. O… casi pasó.

—¿Casi?

Apoyo la frente en mi mano y empiezo a hablar.

—Había bebido y… Paolo… bueno, no hizo nada. Fuimos a su habitación y no pasó nada… dormimos juntos. Solo eso.

Luca tarda un segundo en responder.

—¿Solo eso?

No sé por qué, miento, no quiero contarle que me besó. Quiero que sea solo para mí. Guardarlo como un secreto.

—Solo eso.

—¿Seguro?

—Dormimos juntos —repito—

. Desperté abrazada a él, para ser más exactos.

—¿Tú no querías que pasase, Marti? No entiendo nada.

Estoy segura de que la expresión de Luca ahora mismo es de sorpresa. Después de tantos años de escucharme hablar sobre Paolo, es incomprensible.

—No lo sé, Luca. Desde esta mañana no puedo dejar de pensar en él. Quizá hice algo… o quizá es que, sencillamente, no le gusto.

—Paolo no es tan complicado como crees —dice ella—. No es el mismo chico de antes. Vi cómo os marchabais juntos, cuando te separó de Samuel. Si hubieras visto su expresión no tendrías dudas. ¿No habéis hablado esta mañana?

—Salí corriendo…

Luca se echa a reír. No espera menos de ella.

—Ahora entiendo la cara de Paolo. No creo que ninguna mujer le haya dejado en la cama después de pasar la noche comportándose como un caballero.

—Seguramente piensa que soy una tonta.

—No se equivoca.

—Gracias.

—No te enfades… pero habla con él.

Nos despedimos. La conversación con Luca me ha animado.

Mi estado dura poco. Solo hasta que salgo y me tengo que enfrentar con Andrea en la sala de descanso de personal.

Los días se suceden como un borrón. Entre Andrea y yo se establece una rutina fea y amarga. No dormimos juntos. Hablamos lo mínimo necesario y nos evitamos.

El jueves, saliendo de guardia, llego a casa con la determinación de terminar con esto.

Abro la maleta sobre la cama y empiezo a revisar el armario.

Escucho un ruido y al mirar la puerta, le encuentro allí, mirándome en silencio.

—¿No pensabas despedirte? —pregunta, por fin.

—No tengo nada que decir —digo, sin mirarlo.

—Estás huyendo, Martina.

Su tono de voz es condescendiente, como el de alguien que regaña a una niña.

Sigo con lo que estoy haciendo, revisando ahora los cajones de la cómoda, cogiendo lo imprescindible.

Entra, me sujeta la mano para conseguir que yo le mire. Me sorprende verle vulnerable.

—Podemos solucionar lo que sea, Martina. Solo tenemos que hablarlo.

—No puedo, Andrea. Necesito tener un tiempo para mí misma, lejos de ti, de todo.

Frunce el ceño y deja que continúe con mi tarea de abrir cajones y guardar mis cosas.

—Me dijiste que habías pasado página. Que esto era real.

Debajo de la calma que aparenta, puedo ver que está herido. Le he hecho daño. No lo merecía. Nos prometimos que seríamos sinceros, que lucharíamos por lo que tenemos. Ha sido mi amigo, mi compañero, mi amante. Me ha sostenido cuando llegaba a casa sin fuerzas y me ha dado ánimos para seguir adelante, recordándome que soy más fuerte de lo que yo misma creo.

—Lo fue —le digo mirándole a los ojos—. Fue real, Andrea. Pero no puedo seguir. No ahora.

—Mereces a alguien que te quiera de verdad, Martina. No alguien que solo te busca cuando está en su peor momento.

Estoy a punto de echarme a llorar.

Necesito terminar lo antes posible y salir de esta casa. Sé que, si le escucho, si hablamos, cederé. Volveré a mi vida rutinaria, sencilla, de guardias, películas compartidas en el sofá y silencios vacíos. Una vida cómoda que ya no quiero para mí.

Cojo la maleta y el bolso.

—Voy a volver a mi apartamento. Te llamaré para venir a recoger el resto.

Me deja ir sin decir nada más, sin pelear. No sé si espera que sea pasajero, que me arrepienta en unos días o es que no le importo.

En el taxi, envío un mensaje a Ezio.

"Vuelvo a mi apartamento"

En el apartamento hay un ligero olor a polvo, abro las ventanas y voy al cuarto.

No es una casa grande. Está bien comunicada, eso es lo más importante. Tiene dos dormitorios. Cuando estudiaba en la universidad, a veces alquilaba la habitación libre a una compañera y así los gastos eran más llevaderos. Mis padres me la regalaron al cumplir los veinte años con el dinero que dejaron mis abuelos de herencia para los nietos.

La maleta está en el suelo, junto al armario, y sin poder contener más, empiezo a llorar.

Cuando llaman a la puerta, me sobresalto.

Abro sin mirar.

—Hola, Martina—dice Sofía con una sonrisa y una caja de *croissants* en la mano.

—¿Cómo …?

—No hay nada que una abogada buena no pueda intuir —dice y entra a la cocina para coger unos platos—. Además, Ezio me ha mandado un mensaje. No puede venir, pero te llamará en cuanto tenga un hueco.

Me abraza y nos sentamos en el sofá. Sin poder evitarlo, vuelvo a llorar.

—Ey… tranquila —dice Sofía, acariciándome el pelo— Cuéntame qué ha pasado.

—He dejado a Andrea —consigo decir.

—Bien, ya está.

—No, Sofía, eso no es todo. He dormido con Paolo.

Su cara de sorpresa es todo un mensaje.

—Me besó. Yo estaba… borracha. Pero él no hizo nada.

—¿Y dormiste con él?

—En su cama —añado.

—Bueno, es un primer paso, supongo —dice y suspira—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Solo que te da miedo decirlo.

Se inclina y me quita un mechón de pelo de la cara, un gesto de ternura raro en ella.

—No te castigues por sentir, Marti. El cuerpo siempre sabe antes que la cabeza.

—No quería que pasara.

—Claro que querías —dice, sonriendo triste—. Lo que no querías era que doliera.

Mi teléfono suena y lo saco del bolso. Es Ezio.

—¿Marti? ¿Estás bien? —pregunta al instante.

—Estoy bien.

—¿Te ha pasado algo con Paolo?

—No. No es eso. He dejado a Andrea.

Hay un silencio al otro lado.

—Marti, sé que ha pasado algo. Paolo no está normal. Ni siquiera me mira a la cara. tiene la culpa escrita en los ojos.

—No ha pasado nada, de verdad.

—¿Me lo prometes? En serio. Marti, si ha pasado algo, tienes que decírmelo.

—No ha pasado nada —repito—. Paolo fue… fue bueno. Muy bueno. Soy yo, Ezio.

Ezio respira, más tranquilo.

—Vale.

—Gracias por llamar.

—¿Quieres que vaya?

—Estoy con Sofía. Estoy bien. Solo… tengo que poner en orden mi cabeza. ¿Lo entiendes?

Ezio tarda un poco en contestar, estoy segura de que ahora mismo está pensando en cuánto tarda en llegar a mi casa.

—No vengas, por favor. Dame tiempo.

—De acuerdo, Marti. Me llamas en cuanto me necesites y llego en una hora.

Sofía se queda conmigo toda la mañana. Tomamos café y nos comemos a caja entera de bollos.

La tristeza es más ligera con azúcar. Aunque por la noche, sola en apartamento, siento que tengo que ordenar mi vida de nuevo.

Miro mi móvil y busco su contacto en el WhatsApp sin darme ni cuenta y escribo: «Solo quería decirte que no me arrepiento», me quedo mirándolo un buen rato, borro la frase.

Por primera vez en días, siento que estoy haciendo lo correcto.

9

PAOLO

La casa está en silencio. Estoy solo. Mis padres han ido a escuchar misa en el pueblo y Luca y Carlos han salido a un restaurante.

Descanso tumbado en el sofá, con la pierna sobre unos cojines y hielo en la pierna. Ya he hecho los estiramientos y ahora tengo todo el día por delante.

Martina se ha ido temprano. Dijo que tenía una urgencia. Sé que es mentira. Pero no puedo decírselo a nadie. ¿Cómo voy a explicar que una mujer me ha abandonado sin ninguna razón? ¿Tanto asco le dio despertarse a mi lado?

Además, es Martina. La hermana de Ezio.

Jamás podría contar algo así de ella.

No puedo ni imaginar la cara de él si le explico cómo la desnudé y le puse mi camiseta. Del puñetazo que me da, me deja inconsciente hasta el mundial

Tengo su imagen grabada a fuego en la cabeza.

Esa maldita pregunta.

«¿Por qué no fue antes?»

Al principio, la excusa era que Ezio, mi mejor amigo, era su hermano. Hace tiempo que sé que es una tontería, aunque sigo repitiéndomelo, como si negar lo evidente fuera una rutina. Es obvio que él estaría de acuerdo en que estuviéramos juntos.

¿Entonces? ¿Por qué no he dado antes el paso?

«Porque no sabía cómo.»

Su cara al despertar y verme, el arrepentimiento, el alivio al saber que no había pasado nada entre nosotros.

La vi recoger su ropa sin mirarme, huyendo.

¿Qué esperaba?

¿Que al besarla ella caería rendida en mis brazos?

Pero no fue solo el beso. Fue ese segundo antes, cuando ella me miró con los ojos entrecerrados, como si supiera que estaba a punto de romper algo que no se puede reparar.

Me temblaron las manos. No por nervios, sino por miedo a hacerle daño.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y cierro los ojos.

A quién quiero engañar. No valgo nada.

No tengo nada que ofrecerla. Todo mi futuro, esa brillante carrera en el fútbol que parecía eterna, ha desaparecido.

Martina tiene una vida construida con esfuerzo y tesón. Ha pasado años estudiando. Está rodeada de hombres igual a ella, médicos con un futuro seguro.

¿Y si no vuelvo a jugar?

Ella estaba enamorada del jugador, del chico de los anuncios, del que causa admiración y vive rodeado de lujos.

¿Me dará una oportunidad si ya no soy ese hombre?

Voy cojeando hasta la cocina, dejo la bolsa de hielo en el fregadero.

Miro el teléfono. No hay mensajes. Las notificaciones de redes han aumentado. Sé que debo ignorarlo, pero entro a ver qué dicen de mí. Una foto de Martina saliendo del viñedo, por suerte está borrosa, y el texto del periodista: ¿Lesionado o de vacaciones? Las imágenes de la mujer que visita a Paolo Ferraro en su baja por lesión.

Deslizo el dedo hacia abajo, joder, los comentarios han empezado:

"Así yo también me repongo"
"Masajes especiales"

Me froto la frente, agotado. Un problema más.

◆ ◆ ◆

Lunes. Ocho de la mañana. Samuel me llevó a mi casa anoche para que no tuviéramos que madrugar tanto. Hoy me ha traído Ezio. Estoy harto de tener niñera para todo. Si toda va bien, mañana seré libre y conduciré mi propio coche.

Atravieso el pasillo de los vestuarios, esta vez los principales, con los cascos puestos, las manos en los bolsillos y la cabeza agachada. Si me cruzo con alguien, hay un saludo breve.

Darío está esperando. El tío no se ha retrasado ni un día. Estoy preparado para el examen.

Revisa mi rodilla en busca de signos de dolor, tensión, rigidez.

—¿Dolor, sobre diez? —pregunta.

—Uno —miento.

Me coloca un vendaje ligero, funcional, «Solo para recordarte que está ahí», dice.

Claro, como si al quitarme la venda fuera capaz de ponerme a saltar vallas.

Gilipollas.

A las nueve, piso césped. No estoy en el campo principal, con mis compañeros. Siempre es lo mismo al regresar de una lesión.

No está el *míster*. Está Mario, con el cronómetro colgado del cuello y una *tablet* en la mano.

—Vas con él —me dice.

Un juvenil. Lateral. Pelo largo, buena izquierda. Rápido. Muy rápido. Si sigue así, tendrá un buen futuro.

—No hay frenadas. No hay giros cerrados. No te pases de listo. ¿Entendido?

Asiento.

Empiezo trotando en línea recta. Siento las piernas raras. Es el miedo, lo sé, y nadie debe verlo.

Bromeo con el chaval, que está encantado de no entrenar en silencio.

El chico es simpático, está esperando una oportunidad y seguro que cuando se la den no habrá quien lo pare. Porque lo lleva escrito en los ojos; es capaz de hacer arder el césped corriendo.

Pasamos a técnica con balón. Zigzag suave. Toques cortos. Nada exigente. La molestia en la rodilla no se va, al menos me deja continuar.

Me concentro en pisar bien, no girar de más, no confiarme. Mario observa, toma nota, no dice nada.

Él recibe y devuelve, todo limpio. Luego paredes. Golpeo suave con el interior.

Mario se acerca cuando terminamos.

—¿Dolor?

—No. Solo molesta.

Asiente. Anota algo.

Salimos del campo, el chaval, en lugar de entrar en los pasillos, tiene que ir al campo principal. Le doy las gracias antes de seguir mi camino.

Vuelvo a fisioterapia. Estiro. Hielo. Nada nuevo.

Primer día terminado.

Cuando estoy en el vestuario, entra Samuel, mi capitán. El tío siempre está serio cuando estamos en el centro. Tiene treinta y un años, es el mayor de todos nosotros. El veterano.

—¿Cómo ha ido?

Antes de que me dé tiempo a responder, entra también Mateo, con la camiseta sudada y rostro satisfecho.

—Dicen que el *míster* te quiere el sábado —suelta.

El sábado. Partido en casa. Rival directo.

Samuel se planta frente a mí, serio.

—No hace falta que juegues si no puedes —dice con calmada y firme.

Mateo sigue hablando. Mi cabeza va a mil por hora. Intento buscar una respuesta que no muestre el miedo que siento.

—Tú verás —dice Mateo—. Pero el *míster* está convencido. Dice que «ya estás».

Termino de ponerme las zapatillas y me levanto fingiendo seguridad.

—Veremos mañana —digo, aunque no sé exactamente qué significa.

Ellos no insisten. Eso es lo peor: pensar que quizá ya no cuentan conmigo.

◆ ◆ ◆

Ezio me ha llevado a su casa, dice que ya está bien de que pase encerrado y solo todas las tardes.

Estoy en su comedor, que es una copia exacta del mío.

A veces me pregunto cómo pueden ser nuestras vidas tan iguales y nuestros futuros tan diferentes.

Es una puta ironía.

Entra con un par de botellas de agua y una bandeja de fruta.

Me río cuando se sienta y pone los cubiertos y el mantel sobre la mesa de cristal.

El tío tiene estos detalles de su madre. Dice que está seguro de que, si un día mancha el cristal, ella aparecerá en forma de ectoplasma para regañarlo.

Vivir solo es una mierda.

Muchos piensan que vivimos una juerga continua.

Lo cierto es que pasamos un montón de tiempo solos. Sobre todo, los extranjeros, cuando llegan jóvenes, sin familia.

Ezio se sienta a mi lado, toma el control del mando de la televisión y empieza a pasar canales hasta poner uno deportivo.

—¿Qué ha pasado con Marti? —suelta de repente.

Me quedo helado, intentando pensar rápido una respuesta.

—Nada.

—¿Nada? —insiste.

—Hablamos. Le hacía falta tomar un poco el aire.

—Sí, había bebido mucho.

En la pantalla están hablando de los fichajes de verano, la imagen de Ezio aparece un par de veces entre otros futbolistas.

Aparece una imagen y el rótulo.

"Paolo Ferraro se recupera de su lesión en casa"

Ninguno de los dos dice una palabra mientras los comentaristas gastan las bromas habituales: "Parece estar recuperándose con atención personalizada".

Ezio mira el televisor con cara seria. Sabe que, aunque aún no lo digan, hablan de su hermana.

—Esto ya no se para —dice Ezio, enfadado.

Necesito explicárselo, contarle lo que de verdad pasó, antes de que el tumulto nos pase por encima como una bola de nieve.

—La besé.

Él no me mira, espero a ver su reacción.

—¿Y luego? No volvisteis y ella había bebido mucho.

Hay algo escondido en su pregunta, en el tono de voz que está usando.

—¿Crees que haría eso? ¿Crees que me acostaría con ella estando borracha?

No contesta.

Parecemos dos estatuas.

Sacude la cabeza.

—Nunca he hecho eso, Ezio —afirmo con firmeza.

—Lo sé. Perdona, tío. Samuel me ha dicho que se fue temprano, que estaba rara.

—No pasó nada, Ezio. Te lo prometo.

—¿Y qué vas a hacer? La besaste, eso es algo.

—Es difícil, Ezio, ella… no sé si yo soy tu tipo.

Ezio estalla en carcajadas en mi cara.

—Paolo, tú eres el tipo de todas. El de los anuncios. El guapo del equipo.

Me joden sus comentarios. Ese es el problema, que solo soy eso. El guapo del equipo.

No el que mejor juega.

—Sé que no le harías daño —dice Ezio, mirando la televisión.

—¿Y si te dijera que no puedo sacarla de mi cabeza?

No dice nada más. Hemos compartido confidencias sobre mujeres muchas veces, algunas chicas han salido primero con él, después conmigo, o en cualquier orden. Eran tiempos de diversión, fiesta y noches que terminaban cuando caíamos rendidos en la cama de un hotel en el país que estuviéramos jugando.

Pero ahora hablamos de Martina. Con ella se trata de algo diferente, es sobre lo que siento dentro del pecho, cómo se me para la respiración, cómo temo mirarla demasiado.

—El *míster* quiere que juegues este sábado —dice, cambiando de tema.

Hasta el tema de Martina es más fácil que hablar de mi juego.

—No vas a decir nada —expone y me mira cabreado.

—¿Decir qué?

—Que no estás bien. Que el *míster* quiere presionar y tú lo estás dejando.

Sigo sin decir nada y él se levanta. Conozco a Ezio, cuando está pensando no puede estar quieto. Él es así, su cerebro necesita movimiento para funcionar.

—No te van a quitar el puesto, Paolo. Nadie quiere tu camiseta a este precio.

Aprieto la mandíbula sin levantar la vista del suelo.

¿Cómo puedo explicarle a él lo que siento? A él, que va a fichar por el Porta para la próxima temporada.

—¿Tanto miedo tienes de no volver?

Lo miro con una mezcla de rabia y vergüenza.

—No lo entiendes —digo por fin—. No puedo fallar otra vez.

—Tienes razón. No lo entiendo. No entiendo por qué vas a arriesgarte.

El sonido de la televisión vuelve a llenar el espacio.

Vemos un partido de la liga alemana.

Gritamos, reímos y no volvemos a hablar ni de Martina ni del *míster*.

◆ ◆ ◆

He dormido poco. Toda la semana ha sido una batalla contra el dolor, la fatiga, el miedo.

Y contra mí mismo.

Mario ha dado el visto bueno, aunque su cara no era de felicidad. Me basta.

Hoy, viernes, he entrenado con el primer equipo.

Veinte minutos. Controlado. He sentido que podía.

Sé que es poco, pero no quiero pensarlo más.

El *míster* ha dado una orden y yo la voy a cumplir.

Cuando he terminado, me he duchado despacio. He mirado mi reflejo en el espejo del vestuario y no he visto al Paolo de siempre. No del todo.

Estoy en casa, tumbado en el césped del jardín, mirando la superficie de la piscina. De vez en cuando lanzo una brizna, las pequeñas ondas duran muy poco. Voy repasando mentalmente todo: los pases cortos, las coberturas, los errores que no puedo permitirme.

Tocan el timbre y María abre. Escucho la voz de Enrico, mi representante.

Siempre aparece cuando algo está a punto de explotar.

—¿Puedo pasar? —dice, con su eterna sonrisa tensa.

Salimos al jardín. María trae una cerveza para él y pone en la mesa una bandeja comida.

—Gracias, María, no hacía falta.

—Claro que hacía falta —dice Enrico—. Llevo toda la semana comiendo en hoteles. Por fin algo rico.

—Si quiere algo más, señor, preparo cena.

—No puede ser, tengo que ir a casa o mi mujer me hará dormir en el coche —bromea Enrico.

Cuando estamos solos la sonrisa desaparece y vuelve la expresión profesional

—Tienes opciones, Paolo. Hay varios equipos que están interesados. Mañana habrá muchos ojos en ti.

—¿Qué ha dicho el club?

—El club todavía no ha decidido qué hacer contigo. Todo depende de cómo respondas. Sé que el *míster* te ha apretado. Todos

los sabemos. Un mes es poco tiempo. Eso también muestra lo que vales, Paolo. No te has rendido. Has obedecido. Y eso es bueno, los entrenadores quieren a jugadores que no den problemas, que sigan las órdenes.

—Entonces, todo depende de mañana.

—Tienes que salir con la cabeza vacía —añade—. Mañana no puede haber dudas. Nada de distracciones.

Sé que, aunque no lo diga, habla de Martina, porque Enrico siempre sabe todo y, lo que no sabe, lo supone y acierta.

—¿Estás centrado?

Aguanto su mirada.

—Sí.

Se levanta, da un trago a la cerveza.

—Piensa esto, Paolo, no es quién eras antes de la lesión. Es quién vas a ser ahora.

Me da una palmada en el hombro antes de irse.

Estoy solo de nuevo.

María me trae una cena ligera que tomo en el jardín.

Doy un par de vueltas, siento el césped bajo los pies, fresco, suave. Apoyo firme y respiro hondo.

Vaciar la cabeza.

Correr sin miedo.

Olvidar por noventa minutos todo lo que no sea fútbol.

Incluso olvidarme de ella.

Mañana.

Sin miedo.

◆ ◆ ◆

El ambiente del vestuario está cargado de tensión. Hay ruido de botas, de taquillas cerrándose, también hay bromas y alguna charla. Cada uno lleva los nervios del partido como puede. El *míster* entra, dice lo de siempre, esta vez más fuerte. Mira a todos como si dudara de cada uno.

Estoy sentado con camiseta puesta, Darío me ha ajustado el vendaje.

He entrenado duro toda la semana, más duro que nadie. Mis compañeros lo saben.

Pero el *míster* no me mira.

Me siento como un juvenil otra vez. El estómago apretado, esperando escuchar mi nombre. La esperanza es un animal que te come por dentro.

Da el once titular. Yo no estoy.

Esperar tu nombre y no oírlo, es como esperar respirar oxígeno y hundirte en el fondo del mar.

El vestuario se estrecha, las voces se alejan. No siento la pierna. Solo el latido desbocado en las sienes.

No me duele la rodilla: me duele existir.

Sentado en el banquillo con la chaqueta cerrada hasta el cuello y la venda oculta debajo del pantalón largo, me centro en el partido. No caliento. El entrenador me lanza una mirada al final del partido, cuando ya no hay cambios posibles.

Hemos perdido uno a cero.

De vuelta al vestuario, me cambio sin hablar con nadie. Todos están serios. No hay bromas.

Tengo el estómago en la garganta. Las ganas de vomitar la rabia que llevo dentro son tan grandes que necesito salir de cuanto antes.

Samuel me dice algo cuando abro la puerta para salir del vestuario, yo ni contesto. Ezio me alcanza en el pasillo.

—Te llevo.

Elijo el silencio. No puedo hablar. Una montaña de arena se ha instalado en los pulmones. Pesa más cada vez que respiro.

Subo a su coche y salimos, hay hinchas esperando, escuchamos insultos, la policía hace su trabajo y nos abre paso.

Ezio enfila a la autopista.

—No vamos al chalet —dice, sin mirarme.

Ni me molesto en contestar. Me da igual, así que él toma la carretera del sur.

Al viñedo.

Cuando nos acercamos, bajo la ventanilla. Es una costumbre, una forma de sentir que he regresado.

Pero esta vez ni el aire del campo me quita el sabor amargo.

◆ ◆ ◆

Me despierto con la lengua como papel de lija, casi no puedo abrir los ojos. Ahora mismo, odio el sol de la Toscana.

La habitación está bañada en luz blanca. La cabeza me late como si llevara una bomba dentro.

Estoy tirado en la cama, vestido, con la pierna mala caída por el lateral.

Intento moverme. Me duele todo.

En mi cabeza bailan los fragmentos del día de ayer.

El vestuario, la grada llena, el *míster*, que no dijo mi nombre.

Una semana dándolo todo. Luchando. Tragándome el dolor. Obedeciendo.

Y luego, nada.

Ezio conduciendo en silencio hasta mi casa.

Carlos con una botella en la mano.

La bodega. El aire fresco cargado de aromas. Unas botellas. No recuerdo cuántas.

Yo hablando.

Yo callado.

Yo riendo como un idiota y luego queriendo romper algo.

No sé cómo llegué a la cama, pero sí sé que no tengo fuerzas para levantarme.

Estoy vacío.

Miro el móvil. Hay varios mensajes de Ezio y llamadas perdidas de Luca.

Un millón de notificaciones. Esta vez las ignoro.

Mi hermana está de viaje. no quiero que cancele su vida por mí.

No sé si quiero seguir.

No sé si todo esto vale la pena.

No tengo ni puta idea de quién soy ahora mismo.

◆ ◆ ◆

El domingo pasa como un borrón. Mi madre cocina mis platos preferidos, mi padre me propone dar un paseo por el viñedo. Con la rodilla vendada y la sensación de que ya no puede ir a peor, acepto. Lo acompaño entre las hileras de cepas, bajo el sol pesado de la tarde. Este es mi hogar. Lo que me sostiene y él, en silencio, va caminando a mi lado, me está enseñando que aquí tengo un sitio.

Por la noche, estoy sentado en el jardín con Carlos. Compartimos una copa de vino. Suena el móvil.

Es Enrico. Mi representante. Tercer intento de llamada desde el partido.

—Paolo —dice sin rodeos—. Sé que estás decepcionado, que fue duro. Tienes que mantener la calma.

Sin decir nada, limito a terminar la copa. Carlos, al notar mi gesto, vuelve a servirme.

—No puedes montar una escena. No puedes hacerte el rebelde.

«No puedes»

Como si les perteneciera.

—¿Y qué hago? —pregunto.

El club está esperando que cometa un error. Solo necesitan una excusa para romper el contrato, quitarse mi ficha, lavarse las manos y quedar como los buenos.

—Haces lo de siempre. Obedeces. Entrenas. Sonríes. Actúas como si nada hubiera pasado. Porque si das problemas ahora, no habrá club que quiera ficharte después.

Asiento, como si él pudiera verme.

—Lo arreglaré —añade—. Necesito que estés dentro. Unas semanas más. Aguanta.

—Vale —digo.

Y cuelgo.

El viñedo es una bofetada de calma contra el caos que he vivido estos últimos días. Aquí todo va lento. El tiempo se arrastra cálido, denso. No hay entrenamientos, ni rehabilitación, ni mentiras disfrazadas de oportunidades. A veces, una tormenta puede destruir el trabajo de todo un año. Siempre hay una parte de la cosecha que sobrevive. Se agarra a la tierra con uñas y dientes. No se rinde.

El martes regresamos a entrenar. El club nos ha dado un día más de descanso, lo normal después de un partido. Antes de salir, he recibido el mensaje de Darío: fisioterapia a las ocho.

Cuando entro, él ya me espera junto a la camilla.

Sus manos presionan, buscan tensión, la hacen desaparecer.

Después, campo.

Lo mismo el miércoles.

Y el jueves.

Y cada día.

Estoy dentro, en teoría.

Vuelvo a entrenar con el grupo principal.

Darío me ve antes y después de los entrenamientos para estirar y reforzar.

Llego antes. Me quedo después.

Aun así, el *míster* no me mira. No me nombra.

Cuando el equipo se divide en dos grupos para un ejercicio táctico, me colocan en el lado B. Los que simulan ser el rival del sábado.

Trabajo en silencio.

Presiono cuando toca. Retrocedo cuando fallamos.

Ezio me lanza miradas desde el otro lado del campo.

No hace falta que diga nada. Sé que está harto de esta situación, pero no podemos hacer nada.

Cuando el *míster* da instrucciones, su voz me pasa por encima como si yo no pudiera oírla.

Vuelvo a la sala de fisioterapia. Hago mi parte.

Ejercicios de fuerza isométrica. Estiramientos profundos.

La rutina.

Solo Mario se me acerca al final cada día.

—¿Molestias?

—Poco —contesto.

—Bien —dice y me despide con una palmada en el hombro.

El viernes, el vestuario ya está casi vacío cuando salgo.

Cierro la taquilla. Soy un soldado que obedece órdenes.

Por la noche, sin embargo, empiezo otra rutina muy distinta. Tumbado en el jardín, mirando las estrellas. Revivo el beso de

Martina. Sus labios. La curva de su cuello. El peso de su cuerpo durmiendo sobre el mío. Ese momento tan breve… y tan real.

No dejo de preguntarme si quiero ser esto.

Obedecer es fácil. Lo difícil es recordar por qué empecé.

No sé si quiero seguir jugando, pero sé que no quiero seguir fingiendo.

Quizá eso también sea una forma de empezar.

10

MARTINA

Es extraño que un sábado sea tranquilo, los médicos sabemos que cuando hay partido de fútbol importante, hasta las urgencias van a otro ritmo. Sé que hoy es el día de Paolo. Su regreso.

Reviso la historia de un paciente, una derivación a planta, cuando alguien entra en la sala de médicos.

—Martina.

Levanto la vista.

—Andrea.

Nos miramos un segundo.

—No sabía que hoy estabas en urgencias.

—Tampoco sabía que tú estabas en guardia.

Otro silencio. Por lo que veo, esta va a ser nuestra nueva normalidad, las frases vacías, fingir que nunca hemos sido nada.

—¿Todo bien?

—Sí. Estoy bien.

Veo sus ojeras, parece agotado. En ese gesto tenso que antes confundía con madurez y ahora me parece simplemente miedo a no controlar todo a su alrededor.

Le guardo cariño. No fue un error. Durante un tiempo, funcionamos juntos. Me entiende de una forma que Paolo nunca hará.

Ahora sé que solo es eso. Un compañero.

—¿Y tú? —pregunto.

—Bien, supongo.

El silencio es incómodo. No hay nada más que decir.

—Que tengas buena guardia.

—Tú también.

Y se va.

Mi turno está a punto de terminar. Me recuesto un momento en la silla, al estirar la espalda el móvil vibra en el bolsillo de la bata.

Ezio.

—¿Sí?

—Martina, ¿puedes hablar?

—Estoy en el hospital, dime —contesto con toda la calma que puedo.

Es el resultado de horas tratando con pacientes, dando malas noticias, aprendiendo a ponerme el escudo contra los sentimientos.

Como si esta bata blanca me hiciera inmune al sufrimiento ajeno. Es la única forma de que la marea de dolor no te arrastre en medio del drama que son las urgencias. La protección para poder seguir adelante y cuidar de mis pacientes.

Todo eso, ahora lo enfoco en esta llamada.

Sé que, si mi hermano me llama, es por Paolo.

Ezio respira hondo al otro lado.

—Paolo no está bien. No habla con nadie. Entrena en silencio, se marcha a casa sin decir nada. Le han pasado por encima.

Agarro el móvil más fuerte.

—¿Está lesionado otra vez?

—No. Parece que va bien. Es otra cosa. La mirada. Como si ya no creyera en nada. Y sé que no te lo va a decir él, porque es un idiota cabezota... pero está enamorado de ti, Martina.

Siento que se me deshace algo por dentro.

—Ezio...

—No, escúchame. Solo te pido... si puedes hablarle. Si puedes ayudarle a salir de ese pozo. Paolo siempre ha sido fuerte. Esto... esto es distinto. No le había visto nunca de esta forma.

Cierro los ojos. Me vienen las imágenes como ráfagas: su voz cuando me dijo «no pasó nada que tengas que explicar», el beso en la bodega, sus manos agarrándome como si no fuera a dejarme escapar nunca.

—No sé si soy la persona adecuada.

—No te pido que lo salves. Solo recordarle lo que vale.

—Intentaré hacer un hueco el fin de semana.

Colgamos.

Miro la pantalla un rato largo como si fuera a aparecer Paolo, como si el universo fuera a darme alguna señal.

No he tenido ningún mensaje de él.

Abro Instagram por inercia y, entre las fotos de mis amigas, aparece una captura de un programa deportivo. Paolo, sentado en un banquillo, con un rótulo insinuante debajo. La publicación no es de un medio oficial, ya tiene cientos de comentarios.

No sé en qué momento decido ir, quizá, si soy sincera, no me he planteado otra opción.

Después de dormir unas horas, estoy en la carretera.

Me digo que voy para asegurarme de que está bien, que es un amigo de la familia, el hermano de mi mejor amiga, además. ¿A quién quiero engañar? Voy para verle otra vez.

Cuando llego al viñedo, el aire huele a tierra húmeda. Es una mañana nublada. Carlos me abre la puerta y se queda un segundo en el umbral, sorprendido.

—Luca no está —dice.

—Lo sé. Ezio me dijo que ha traído a Paolo.

—Sí —entro tras él—. Está arriba, en su cuarto. ¿Quieres que le avise?

—No, tranquilo, subo yo.

—Salgo al jardín. Si necesitas algo, avísame.

Carlos es un hombre muy discreto. Luca nos ha contado cómo al principio de su relación se volvía loco con la posibilidad de que alguien le viera borracho o en alguna actitud poco edificante. Ha cambiado, según dice, con todo, sigue siendo callado. Es de esos hombres que sabes que están ahí, firmes como una roca, y que no van a juzgarte, solo a escuchar.

El crujido de la madera me acompaña en cada paso. La puerta del dormitorio está cerrada.

Doy un par de golpes, nadie contesta, así que entro.

—Paolo —digo en un susurro—. Soy yo.

La habitación está en una suave penumbra. Paolo está tumbado boca arriba, su pierna estirada sobre un cojín con una bolsa de frío en la articulación.

—Carlos me ha dejado pasar —explico, caminando despacio hasta el borde de la cama.

—¿Qué haces aquí?

—Ezio me llamó.

Cierra los ojos, veo el gesto de fastidio y cómo aprieta los dientes.

—No hacía falta que vinieras. Tengo médico y fisioterapeuta. El club me proporciona lo que necesito. Él lo sabe.

—Está preocupado.

—Pues dile que no lo esté. Y que no me mande a su hermana para que me haga de enfermera. Es un poco… incómodo, ¿no crees?

El tono de su voz es duro, frío. Merezco que esté enfadado conmigo. Me marché sin dar explicaciones, corriendo como si hubiera pasado algo. Si mi hermano llegó a esa conclusión seguramente el resto también. Lo he dejado expuesto delante de todos. Como si no tuviera suficiente.

—¿Puedo ver tu pierna?

Nos miramos. Sus ojos negros relucen enfadados. Yo no me acobardo. Me enfrento a él. Al final, cede, pone un brazo sobre su rostro.

—Haz lo que quieras.

Retiro el vendaje con calma, tengo fresco el recuerdo de lo que sentí la primera vez que toqué su piel, y vuelve a suceder. Los músculos de su pierna se marcan, recorro la línea lateral, la inflamación es casi imperceptible, aunque para él, como deportista, significa que aún no está curado.

—¿Cómo estás recuperándote? ¿Mucho dolor?

Retira el brazo para mirarme y tuerce el gesto.

—¿En serio, Martina? ¿Vamos a jugar a esto?

—No estoy jugando.

Resopla, como si estuviera cansado.

—Sí. Estoy recuperándome. Duele. Y sí, está siendo duro.

Nos miramos en un silencio tenso, Paolo parece a punto de estallar.

—Ya puedes irte y decirle a Ezio que has cumplido tu misión —dice con el mismo gesto.

El brazo regresa a su lugar sobre sus ojos.

Pero no me marcho. Sigo sentada a su lado. Hay una fuerza que me empuja hacia él, no sé si es el recuerdo de aquel beso, o el del calor de su cuerpo al despertar junto a mí.

Mi mano sigue sobre su pierna.

No sé lo que estoy haciendo. Solo dejo que mis dedos acaricien las líneas de sus músculos, y él da una respiración profunda, lenta.

Pasa tan rápido que se me escapa un pequeño grito.

Paolo tira de mis brazos, me coloca sobre su cuerpo y giramos en la cama hasta que queda sobre mí.

Sus ojos negros ahora relucen como los de un depredador. Sigue enfadado, lo veo en la línea de su mandíbula, en la tensión de su cuello.

El beso hace que todo mi cuerpo grite desesperado por más. Su boca es exigente, su lengua arrasa mis labios hasta encontrar la mía.

Tiene los brazos a cada lado de mi cabeza, sujetando mis manos y se deja caer y me aplasta con su peso.

Estoy atrapada.

Y es perfecto.

—Martina...

Mi nombre suena a súplica en sus labios.

—Si quieres parar, es el momento —susurra, respiración lenta, contenida—. Dímelo ahora.

Deja besos en mis labios, los atrapa entre sus dientes, va hasta el punto de mi cuello bajo mi oreja y se me escapa un gemido.

—Sigue —contesto.

Está en todos sitios, sus manos en mi cintura, subiendo mi camiseta, sacando mis pechos del sujetador, su boca lamiéndolos, torturándolos, sus rodillas abriendo mis piernas, sus caderas sobre las mías, inmovilizándome.

Paolo recorre todo mi cuerpo, me desnuda con gestos rápidos, su camiseta vuela por la habitación y termina en el suelo, le sigue la ropa interior.

Le obligo a tumbarse, él me sonríe como un lobo hambriento, me sujeta y me coloca sobre sus caderas.

Apoyo mis manos en su pecho. Siento la fuerza de su cuerpo que se mueve bajo mis caricias, decido ir más lejos, lamo el camino de su garganta, bajando con calma, dejo un ligero mordisco en su pectoral, el gemido ronco que se le escapa, el temblor en su estómago cuando llego a la línea de su cadera.

Levanto la cabeza y veo su expresión. Tiene los labios entreabiertos, lleva una de sus manos a mi mejilla y me acaricia, como si quisiera comprobar que soy real, que esto está pasando de verdad.

No me detengo. El cuerpo de Paolo es una escultura, pero arde. Cuando lo tomo en mi boca escucho palabras inconexas, murmullos, su mano enredada en mi cabello, sus caderas saliendo al encuentro, hasta que siento un tirón suave en mi pelo, me hace subir de nuevo para besarme, devorarme.

Con una mano abre sin mirar el cajón de la mesita y rebusca.

Rompe el paquetito plateado del preservativo y es el único momento en que se detiene.

Una última mirada suya, contesto con un beso.

Se tumba sobre mí, me acaricia, sus dedos tentándome, haciendo círculos perezosos entre mis piernas.

—Paolo

Sujeta mi rodilla, me mira mientras está tocándome, estoy a punto de tener un orgasmo.

Cierro los ojos y dejo que continúe, no hay lugar para la vergüenza, ni para la timidez, quiero sentir todo lo que él quiere darme.

Estoy a punto de romperme entre gemidos, él hunde sus dedos mientras su pulgar me presiona.

—Estás tan preciosa… tan caliente…

—No pares —suplico.

Retira su mano, se coloca sobre mí y sube mis rodillas hasta sus hombros.

La estocada es perfecta. Su cuerpo es fuerza contenida.

Quiero que sienta lo mismo que yo. Quiero que arda.

Se inclina para besarme hasta que no me queda aliento. Me sujeto de su cuello y muerdo su labio para provocarlo y él entiende lo que necesito.

Lo que sigue es una tormenta de jadeos, de gemidos que rompen el silencio del dormitorio.

Mi cuerpo se arquea bajo el suyo, el placer me recorre dejándome sin aliento, un orgasmo que él se encarga de alargar con cada movimiento, sus músculos tensándose por el esfuerzo, siento el instante justo en que su propio orgasmo lo golpea, arrasando su cuerpo, con mi nombre en sus labios.

Se derrumba sobre mí.

Jadeamos como si acabáramos de correr un maratón.

Se marcha un momento al baño y al regresar, hay algo distinto en su cara. está preocupado. Puedo ver una arruga en su frente.

—¿Estás bien? —pregunto.

Viene a mi lado, se sienta, sin molestarse en ponerse los bóxer, y me acaricia el cabello, pensativo.

—Bien se queda corto, Martina.

Recoge la bolsa de hielo del suelo y empieza también a buscar la ropa desperdigada por la habitación.

—Paolo —lo llamo—. Ven.

Obedece. Nos metemos en la cama y me recuesto sobre su pecho.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta en voz baja.

—No tengo ni idea —digo.

—Ezio me va a matar.

Doy un beso a la piel sobre su corazón.

—No es asunto suyo. No es asunto de nadie, Paolo.

—No funciona así, Martina. Habrá más fotos tuyas hoy, llegando a casa. Y comentarios.

—Ezio sabe que he venido.

—Mis padres van a volver… joder, me siento como un adolescente.

Salgo de la cama y empiezo a vestirme hasta que me atrapa y me hace caer de nuevo en la cama.

—Vamos, déjame —me quejo cuando me quita el vestido otra vez.

—No. Quiero hacerlo otra vez —dice muy serio.

Escuchamos un ruido de voces. Sus padres han vuelto. Carlos está hablando con ellos.

Me visto a toda prisa.

Paolo me mira, tumbado en la cama, con una expresión entre orgullosa y de listillo, hasta que le tiro la camiseta a la cama.

—Vístete o se lo diré a Ezio.

La amenaza surte efecto. En un minuto, está vestido, la cama estirada y las ventanas abiertas.

Estamos listos para bajar con los demás.

—¿La rodilla?

—¡Joder! —exclama y se tumba en la cama para que le coloque la venda.

Voy al baño a por lo necesario y rehago el vendaje de forma rápida y eficiente.

—¡Listo!

Estoy nerviosa. No tenía que ser de esta forma. O quizá sí, quizá es lo mejor. Esto ha sido Paolo en estado puro. El que siempre he deseado.

Antes de que abra la puerta, lo siento a mi espalda.

—Martina.

Me doy la vuelta y allí está. La expresión de su rostro es más relajada, está algo despeinado y luce una sonrisa satisfecha.

Es como si llevara un cartel anunciando que acabamos de tener sexo.

Mis mejillas arden, lo sé.

—No hemos hecho nada malo —susurra y me coloca el pelo, que ahora ya no tengo recogido en una coleta.

—Ya… vamos.

—Eih, mírame.

Le obedezco. Me besa, esta vez es suave, calmado y salimos del cuarto para enfrentarnos a su familia.

Sus padres están en la cocina. La madre calienta un guiso de carne y el padre pone la mesa. Carlos está ayudando. En cuanto aparecemos, nos mira y hace un gesto discreto a Paolo.

Me muerdo el labio para no decir nada y él pone la misma sonrisa que debió tener Leonardo al terminar La última cena. Carlos sonríe, entendiendo en silencio.

Estaría bien darle un pescozón allí mismo, pero tendría que explicar a sus padres lo que ha pasado.

—¡Martina! ¡Qué alegría verte! —su madre me da un abrazo cariñoso—. Te quedas a comer, ¿verdad?

—No quiero molestar, no he avisado…

—No digas tonterías —me interrumpe—. Ponemos un plato más.

Ve a su hijo y le regaña.

—Siéntate, Paolo.

—Necesito moverme un poco, mamá.

—Pues sal fuera, al jardín, haz tus ejercicios.

Me mira, resignado.

—Ve con él, Martina, tú puedes ayudarle. Y así estoy más tranquila, hija.

Suspiro y voy tras él. Va a ser un día difícil.

En el jardín, Paolo apoya la pierna en el banco.

Su madre nos observa desde la ventana, fingiendo no mirar.

Él me tiende la mano y, sin pensarlo, la tomo.

Quizá no sé adónde vamos, pero siento que estoy donde debo estar.

—Quédate conmigo —dice, de repente.

No hay rastro del jugador arrogante ni del chico que solía esconderse detrás de una sonrisa.

Su mano aprieta la mía.

11

PAOLO

Martina está sentada a mi lado mientras intento hacer los ejercicios que me manda el fisioterapeuta.

—Apoya bien el pie —me corrige.

El mismo tono de voz inexpresivo, profesional, que tanto me irrita en Darío.

—Sí, doctora —murmuro, sin resistirme a soltar una sonrisa torcida.

Le brillan los ojos. Se agacha para ajustar mi talón

—¿Estás bien? —pregunta, después de comprobar que nadie puede escucharme.

—Estoy como si acabara de jugar un partido —bromeo y le guiño un ojo—. Aunque me gustaría una prórroga…

Ella gira la cara y se muerde el labio.

La tensión no ha desaparecido entre nosotros, es como si nuestros cuerpos se mantuvieran conectados por alguna energía invisible.

Mi madre sale con una bandeja de aperitivos y vasos con zumo y Martina, que está sujetando mi pierna, me suelta como si le quemara. Pasamos el día como si se tratara de un juego, ella escabulléndose, Carlos lanzándome miradas cómplices y yo intentando provocarla.

Durante la comida todo parece normal. O casi.

Carlos sirve el vino, mi padre habla del tiempo, mi madre pregunta a Martina por su trabajo en el hospital. En mi cabeza solo hay sitio para ella, para esa marca en el cuello que sé que yo mismo he dejado, su sonrisa cuando me mira de reojo, el roce de mi pie contra el suyo bajo la mesa.

—Martina, tienes que venir más a menudo, Paolo sonríe más cuando tú estás —dice mi madre.

—Eso quedaría bien en titular —bromea Carlos— "Ella le hace sonreír".

Termino mi vino de golpe.

Martina casi deja caer el tenedor.

—Perdón…—se disculpa con una sonrisita.

—Y te vendría bien tomar el sol —continúa mi madre, ignorándonos—. Desde que trabajas, estás más delgada, hija, y esas ojeras…

—Déjala en paz, mamá. Martina está tan guapa como siempre —la defiendo.

Mi madre me lanza una de esas miradas que lo dicen todo en silencio, mi padre se echa a reír.

Martina no puede evitar volver a sonrojarse.

Por la tarde, cuando estamos en el jardín, aparece Ezio.

—¡A mis brazos, Paolo!

Ezio siempre hace las mismas tonterías. Me da un abrazo fuerte y se queda un segundo mirándome como si intentara adivinar algo.

—Nada —digo, antes de que abra la boca—. Todo bien.

Martina se levanta para ayudar en la cocina y la sigo con la mirada, está escapándose del escrutinio de su hermano.

Ezio se acerca y murmura:

—¿Todo bien entre vosotros? —pregunta, con una ceja levantada.

—Perfecto.

Carlos sale al rescate:

—¿Por qué no echamos un vistazo a los contratos, Paolo? Quiero enseñarte algo de los pedidos de este mes.

Durante un rato hablamos de los planes del viñedo, del proyecto de abrir catas en el otoño, de la imagen de nuestra marca.

Carlos me escucha, me deja hablar, y cuando la conversación se relaja, suelta:

—Martina te ha traído de vuelta.

No le contesto. No hace falta.

Ella y su hermano se van para dormir en la casa de su familia, el viñedo Veraldi.

Al caer la noche, subo a mi habitación. La casa está casi en silencio. Carlos está en video llamada con mi hermana Luca en el jardín.

Me tumbo en la cama y con la mirada perdida en el techo. Pienso en ella. En sus ojos de color caramelo, en su boca, sus labios algo enrojecidos por los besos, en su cabello enredado entre mis dedos.

Tengo el móvil en la mano. En un impulso, abro el WhatsApp y busco su contacto.

"¿Has llegado bien"?

Lo borro. Suena estúpido.

"Te echo de menos desde que saliste por la puerta"

También lo borro. Más estúpido.

"Gracias por hoy. Por todo"

Parezco un cliente en una agencia de seguros.

Veo que está en línea.

—Hola —susurra al aceptar mi llamada.

—Hola —contesto.

Bueno, oficialmente puede empezar a llamarme idiota.

No tiene demasiada luz, creo que se ha sonrojado. Me encanta. Me pone, vamos. Eso es lo que hace mirando nerviosa la pantalla.

—Quería darte las buenas noches.

—Gracias.

—¿Qué tal con Ezio?

—Bien. ¿Y tú con Carlos?

—Él no me preocupa. Es discreto. El problema son las redes, los comentaristas.

—Ya…

—Lo siento, no puedo pararlo. El club nos da directrices claras. Ellos se encargan si la cosa se desmadra. Mientras tanto, no puedo hacer nada.

No dice nada, pero veo que no está cómoda.

—Oye, Martina —empiezo, aunque hablar a una pantalla se me hace difícil—. Lo que pasó esta mañana… joder, fue genial.

Mira hacia abajo, en silencio.

—Quiero volver a hacerlo.

No es una declaración de amor, ni tan siquiera es una proposición decente. Pero soy sincero.

—Mañana vuelves a Florencia —digo, aunque lo que quiero, en realidad, es preguntarle si vuelve con él.

—Sí. Tengo turno a las ocho. Prefiero dormir en mi casa, madrugo menos.

—¿Guardia?

—No, turno normal. Hasta las tres.

Aleja un poco el teléfono y veo que está en la cama.

—¿Vas a dormir ya?

—Sí, estaba repasando mensajes, redes… perdiendo el tiempo.

—Me alegro.

Ella frunce el ceño.

—Porque así hemos hablado —explico.

Martina sigue cerrada por completo, sin darme ninguna pista de lo que va a pasar entre nosotros ahora.

Tal vez es porque no le interesa.

Tal vez solo ha sido un buen polvo y ahora vuelve a su vida, el hospital, Andrea… todo ese rollo de ser doctora.

—¿Puedo enviarte un beso de buenas noches? —intento que me de alguna pista, por pequeña que sea.

—No seas bobo —una tímida sonrisa me hace sentir un latigazo en el cuerpo.

—Joder, Martina, no tienes ni idea de lo que me haces, ¿verdad?

—Paolo… ve a dormir —me dice, con un ligero tono de regaño.

—A dormir… —digo y hago un puchero teatral.

—A dormir. Tienes que descansar.

—Está bien, doctora. Me voy a dormir.

Me quedo tumbado, con el teléfono apretado en la mano, una erección y toda una noche por delante pensando en ella. En su cuerpo sobre el mío. En sus gemidos. En el mordisco en mi hombro cuando estaba clavado en ella.

Va a ser una noche larga.

◆ ◆ ◆

La mañana siguiente no madrugo. La imagen de ella desnuda se ha instalado dentro de mi cabeza. La noche ha sido un desastre.

Enrico viene antes del almuerzo. Entramos en el despacho de mi padre para poder tener intimidad. Aunque es domingo, viste como si fuera a trabajar: traje impecable, gafas de sol, esa expresión de «*no me hagas perder más tiempo*» que me dedica cuando que cree que voy a quejarme.

—El *míster* está harto. Dice que no te ve centrado.

Joder. Me paso la mano por la frente y me levanto de la silla. Necesito moverme.

—Paolo —dice, su voz seria de cuando está a punto de darme un buen golpe—. Siéntate y escucha.

—No es verdad. Estoy trabajando —intento defenderme.

—Lo sé. Está presionando. Quiere ver hasta dónde puedes llegar.

—¡No es justo, joder, no es justo! ¡Me estoy rompiendo el alma, hago más horas que nadie! ¡Y no me he quejado ni una puta vez! ¡Ni una!

Él deja que me desahogue. Ya no soy un juvenil que agacha la cabeza.

—Va a darte una oportunidad.

Trago saliva.

—Ya, como en el otro partido. Va a joderme la semana entera con la fisioterapia, para dejarme en el banquillo.

Me siento frente a él, agotado.

—Dile que se vaya a la mierda.

—Paolo…

Resoplo, cansado.

—Ha aceptado fijar una fecha. Dentro de un mes tendrás un partido. Si no convences… el contrato se disuelve.

Lo suelta sin adornos y me quedo sin respiración.

Si me echan del club pierdo todo.

Los contratos publicitarios. Las posibilidades de fichar con otro equipo.

—Enrico, yo… —empiezo, él me corta.

—Voy a buscar alternativas, tienes que saber a lo que nos enfrentamos. Tenemos un mes. Te voy a conseguir ofertas, voy a empezar a mover los contratos publicitarios para que no sean vinculados al club, voy a crear tu plan de salida. Paolo…

Hace una pausa, nos miramos. Sé que puede ver el miedo en mis ojos.

—Tienes que agarrar la oportunidad. No habrá más.

Tengo la garganta seca, mi cuerpo flota en un vacío desesperado.

Entre todo ese pánico, toda esa oscuridad, la imagen de Martina es lo único que puedo ver.

Y me agarro a ella.

A su voz tranquila cuando me preguntó si podía tocar mi pierna.

A sus manos firmes, sin miedo, acariciándome.

A su risa, su latido acelerado contra mi pecho.

—Voy a repetírtelo, Paolo —añade—: no es quién eras antes de la lesión, es quién vas a ser ahora. Es duro, eres joven y te plantean que tu vida ha terminado. Te aseguro que no es así. Mi trabajo es que esto solo sea el comienzo.

En ese instante tomo la decisión: no voy a pelear para recuperar lo que perdí, voy a pelear por lo que puedo construir.

—Estaré listo.

Estrecha mi mano con fuerza y cuando nos despedimos, me da un abrazo de esos que te rompen la espalda con dos palmadas.

Un mes.

No puedo fallar.

◆ ◆ ◆

El lunes amanezco con una sensación diferente. No es que de repente crea que todo va a ir bien, pero al menos tengo un objetivo. Un mes. No suena a mucho, es lo que tengo.

Regreso al club con la misma rutina: fisioterapia con Darío a primera hora, calentamiento, ejercicios específicos.

Cuando corro, pienso en ella. Cuando hago fuerza con la pierna, siento el peso de su mano sobre mi piel. Cada gesto, cada estiramiento, lo convierto en un recuerdo de Martina.

El *míster* sigue sin mirarme, como si yo no existiera. Antes, eso me hubiera consumido por dentro. Ahora, su indiferencia alimenta mi determinación. No quiero su aprobación. Quiero demostrarme —y demostrarle a ella— que no estoy acabado.

El trabajo es duro.

Ejercicios de fuerza hasta que los músculos arden.

Carreras cortas que me dejan sin aire.

Mario me pregunta cada día:

—¿Molestias?

—Las justas.

Siempre la misma respuesta.

Por la noche, vuelvo al jardín. Miro las estrellas como el viernes, esta vez no me siento un soldado que solo obedece órdenes. Ahora estoy peleando mi propia batalla. No se trata del contrato, ni el *míster*, ni siquiera el club.

Peleo por ella, que es la primera que no me juzga, que no me presiona para que dé más, para que siga en mi papel.

Un mes.

Voy a aprovecharlo.

◆ ◆ ◆

El miércoles el entrenamiento termina con una sesión de presión alta que me deja las piernas temblando. El *míster* pita el final y cada uno nos arrastramos a nuestro rincón en el vestuario.

Estoy sentado en el banco, secándome el pelo con la toalla, cuando Ezio aparece y se deja caer a mi lado. Viene en pelotas de la ducha, es de los que no tienen complejos, y está buscando en la taquilla unos calzoncillos. Está revolviendo en la bolsa, perdiendo el tiempo, hasta que estamos solos en el banco.

—Estás distinto —lanza el anzuelo.

—¿Distinto? —me hago el distraído.

—Más concentrado. Con ganas. —Se apoya en las rodillas y me mira de lado—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. —Meto las botas en la bolsa y cierro la cremallera.

—Ya… —su tono es el de alguien que no se cree una palabra —. ¿Cómo te fue con Martina?

Levanto la vista un segundo, midiendo mi respuesta.

—Pasó a saludar —digo, despacio.

—¿A saludar? —Ezio suelta una risa corta, incrédula—. Tienes esa cara, ¿sabes?

—¿Qué cara? —Intento sonar tranquilo,

—Como si hubieras metido un gol.

Me pongo una camiseta limpia evitando que vea la sonrisa que se me escapa y me delata.

—Paolo… —me advierte, medio en serio, medio en broma—. Si le haces daño, te rompo la otra rodilla.

No contesto. Me pongo de pie y cuelgo la toalla. Ezio no me quita los ojos de encima.

—Me alegro de que por fin te hayas decidido—añade antes de que salga del vestuario.

No puede ver la sonrisa que llevo al recorrer los pasillos hasta el garaje. Por fin puedo conducir, una de las cosas que más me gustan. Mientras estoy en la carretera, pongo música y no pienso. Aunque ahora es diferente, hasta en mi coche se ha colado ella.

◆ ◆ ◆

El jueves por la noche el chalet está lleno de ruido. Samuel ha pedido pizzas, Mateo está colocando el tapete en la mesa y Ezio está sacando las cervezas del frigorífico.

Hace siglos que no tenemos una buena partida de póker.

Ha sido idea de Samu, nuestro capitán. Nos vacía los bolsillos de vez en cuando, y a ver quién se enfada con él: con lo serio que es y con línea directa con el *míster*, llevarte mal con él no es una buena estrategia. Es un tío legal, de los que sabes que están ahí para lo que necesites.

La música suena alta, hay algún que otro grito cuando alguno pierde

Echaba esto de menos.

Tengo el móvil en la mesa. Boca abajo. Cada pocos minutos lo giro para ver la pantalla.

—¿Esperas llamada del *míster* o qué? —suelta Mateo con una sonrisa burlona.

—No.

—Ya… —Ezio arquea una ceja y abre otra cerveza—. Será que tienes novia y no lo sabemos.

Samuel, que siempre aprovecha la ocasión para putearme, añade:

—Tío, que hemos visto las fotos en las redes, suéltalo ya.

Me limito a encogerme de hombros y a lanzar las cartas al centro de la mesa.

—Jugad o callad.

Cuando nadie me mira, deslizo el dedo sobre la pantalla y escribo:

"¿Estás despierta?"

Pierdo una mano por no prestar atención.

Samuel me da un manotazo en el hombro.

—Te voy a prohibir el móvil cuando juguemos.

—Si pierdes otra vez, te tiro a la piscina —añade Mateo.

Jugamos un par de manos más. Samuel se lleva otra victoria y decide que es hora de cambiar de juego.

—Venga, partidillo rápido en el jardín. El que pierda, a la piscina.

Salimos fuera. El césped está recién cortado y el aire de la noche es fresco. Mateo y yo contra Samuel y Ezio. Empieza como una broma, en menos de cinco minutos ya estamos peleando.

—¡Vamos, Paolo! —grita Mateo después de que meta un gol entre las dos sillas—. ¡Por fin sirves para algo!

—Que te den —suelto entre risas.

Samuel nos marca el empate y Ezio, cómo no, celebra el gol como si hubiera ganado la Champions.

Acabamos riéndonos tirados en el césped, sin fuerzas para seguir.

—Me rindo —dice Samuel—. Vamos dentro antes de que alguno se lesione.

De vuelta al salón, terminamos la pizza que queda, abrimos las últimas cervezas y nos dejamos caer en los sofás. La televisión está encendida, pero no le prestamos atención.

—Quedaos a dormir, hay camas de sobra —propongo.

Ezio bosteza y asiente.

—Hecho. Paso de conducir ahora.

Samuel se estira en el sofá como si fuera suyo. Mateo ya está medio dormido.

Yo, mientras, reviso el móvil otra vez. Sigo sin respuesta.

Los chicos se reparten por las habitaciones y yo subo a mi cuarto. Veo que ella ha respondido:

"Sí. En casa"

Pulso directamente el icono de llamada.

—Hola —dice, su voz cálida.

—Hola, doctora. ¿Qué tal la guardia?

—No tenía. He estado en casa.

—¿Sola? —pregunto, intentando que suene casual.

—Sí.

Me armo de valor para la siguiente pregunta. No tengo ni idea de qué voy a hacer si me responde que sí, me va a doler, aun así tengo que saberlo.

—¿Andrea no está?

Hay un silencio. Ella se mueve y me fijo en el tirante de su camiseta de dormir.

—Estoy en mi casa. He vuelto a mi apartamento.

—¿Tu apartamento en Florencia? ¿El de estudiante?

—Sí. Andrea y yo ya no estamos juntos. Me marché hace unos días.

Sonrío como un idiota.

—Pues me alegro —bromeo.

Se ríe al otro lado.

—Ojalá estuvieras aquí ahora —le digo, bajando la voz.

—¿Para qué? —su tono suena a reto.

—Para no tener que conformarme con imaginarte.

Hay un silencio breve, sé que me está sonriendo.

—¿Y qué es lo que imaginas? —pregunta, su voz casi un susurro.

Apoyo la cabeza en el cabecero. No me esperaba esa pregunta.

—Que entras por la puerta, todavía con el pelo húmedo por la ducha. Que vienes hasta aquí, te sientas en mi regazo… y me callas con un beso.

Ella suelta una risa baja.

—Menos mal que no puedes verme ahora.

—¿Por qué?

—Tengo ojeras y llevo un pijama viejo para dormir. Nada que sirva para tu imaginación.

—Te veo… y estás preciosa.

Su respiración se oye más lenta, más profunda.

—¿Y tú? ¿Estás solo?

—No. Hoy no.

Veo la confusión en sus ojos.

—Hemos tenido partida de póker. Ezio está en el cuarto de al lado.

—¿Quién ha ganado?

—Samuel. Como siempre. Además, no podía concentrarme. Estaba deseando subir a mi dormitorio y llamarte —confieso.

—Paolo…

—Martina —paladeo su nombre mirándola a través de esa pequeña pantalla.

—Buenas noches.

Sonrío, ha cortado la conversación antes de que cruce una línea.

—Buenas noches, doctora —respondo, y cuelgo.

Me quedo mirando el techo hasta que el cansancio me atrapa. La semana está a punto de terminar.

No sé cuánto tiempo pasa, tengo una sensación increíble de estar flotando en azúcar. Su imagen no se me va de la cabeza.

"¿Sigues despierta?"

Ella responde con un emoji de luna.

"No puedo dormir."

"Tienes que descansar"

"Solo quería darte otra vez las buenas noches"

Espero unos segundos.

"Buenas noches, Paolo."

Miro la pantalla hasta que la luz se apaga. No es un te quiero, pero se le parece.

◆ ◆ ◆

No he ido al viñedo este fin de semana. No me apetece. Lo que quiero es verla.

Por la tarde le escribo:

"¿Plan para hoy?"

"Guardia"

Espero por si añade algo más. Insisto.

"Cuando termines, te paso a buscar"

"Estaré agotada, Paolo. Mejor otro día"

Yo no quiero otro día. Llevo toda la semana deseando verla. Hemos hablado todas las noches unos minutos. Durante el día, nos enviamos mensajes, contándonos anécdotas tontas o sencillamente si tenemos hambre.

A las siete, paso por una *trattoria* que conozco de camino de su casa. La pasta para llevar no es lo ideal, pero el tiramisú es tan bueno como el de mi madre. Cuando aparco frente a su portal, le mando un mensaje:

"Abre, traigo comida"

Abre la puerta en vaqueros y sudadera, el pelo recogido y cara de sueño.

—Paolo… te dije que no.

—Y yo que sí. —Levanto las bolsas—. Además, he traído postre.

Suspira, se aparta, y yo entro como si fuera lo más natural del mundo. En la cocina, sirvo la pasta mientras ella se sienta en la mesa.

Hablamos poco. Come despacio, como quien no tiene prisa. Cuenta un par de anécdotas del hospital. Se ríe de algo que digo y cuando terminamos, nos sentamos en el sofá con una copa de vino.

A los diez minutos, su cabeza cae sobre mi hombro.

No la despierto. Me quedo quieto, oliendo su cabello, sintiendo el peso de su cuerpo contra el mío. Miro una película en la televisión. Estoy… feliz. Eso es todo.

A las doce, la película termina. Ella sigue durmiendo y con todo el cuidado que puedo, me levanto. Voy a su cuarto, abro la cama y cuando voy a traerla, ella despierta un poco.

—Lo siento… me he dormido —murmura, con los ojos casi cerrados.

—Vamos a la cama, estás hecha polvo.

Sin discutir, se quita la ropa, entra en la cama y se tapa con la sábana. Me tumbo en el otro lado, en calzoncillos, no he traído camiseta de dormir, y ella se hace un hueco junto a mí cuando me nota a su lado como si fuera lo más normal del mundo.

—Paolo —dice entre sueños.

Sonrío al escuchar mi nombre. Le acaricio el cabello y su respiración se hace rítmica.

No sé en qué momento me duermo también.

Amanece y la luz se cuela por las cortinas. Medio dormida, abre los ojos.

—Buenos días —digo en voz baja.

—Me quedé dormida.

—Sí.

—Y te quedaste.

—Claro. —Sonrío—. No pensaba dejarte sola.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de lo que sería normal. Luego, ella aparta la vista, sin moverse de mi lado.

—¿Recuerdas cuando…? —No termino la frase.

—Sí —responde, con una media sonrisa.

Me atrevo a acariciarle la mejilla. Ella no se aparta. Despacio, como si fuera un pacto silencioso, me acerco. Sus labios son suaves, cálidos.

—Yo no voy a irme de tu cama —le susurro, todavía pegado a su boca.

—Y yo no quiero que te vayas —me responde.

La beso otra vez, más largo, sin urgencia.

Mi mano acaricia su cintura, la atraigo hacia mí, subiendo despacio la camiseta, ella se estremece cuando llego a su pecho, presiono su pezón, arquea la espalda. Es un baile de movimientos. Yo la tiento, ella se pega más a mí, me exige en silencio. Cuelo la mano bajo sus braguitas y acaricio su glúteo, mi erección peleando contra única ropa que llevo. Ella comienza también a moverse, muerde mi clavícula, me hace adorar esos dientes, porque luego lame y besa y estoy tenso y duro en sus manos.

Es ella la que me quita los calzoncillos; los baja, decidida, y yo empujo contra el agarre de sus dedos.

Abro con mis rodillas sus piernas, levanto su camiseta para besar sus pechos y embisto contra su cuerpo.

Al principio, solo un poco, conteniéndome, dejando que se adapte, hasta que baja sus manos por mi espalda y me obliga a hundirme en ella.

Está cálida y apretada y me está volviendo loco.

Entonces me doy cuenta.

—¡Joder! —digo entre dientes, saliendo de ella de golpe.

Me mira como si no comprendiera nada, y yo rebusco en el bolsillo del pantalón.

—Lo siento… —resoplo como un idiota, buscándome en el bolsillo del pantalón—. Ha sido… no sé, las prisas, todavía estaba medio dormido.

Saco el paquetito y se lo enseño, como si eso pudiera arreglarlo.

—¿Quieres seguir?

El momento se ha roto. Por mi culpa. Es la primera vez en mi vida que me pasa esto.

—Ven —dice y voy directo a sus labios—. Dame.

Se sienta, abre el envoltorio y me lo pone despacio, haciéndome esperar. Sus dedos me acarician, presionando lo justo para que yo me muerda el labio.

—¿Listo? —pregunta con una media sonrisa.

—Más que listo.

Nos reímos bajito y vuelvo a besarla. Separa las rodillas y me sostengo de los brazos para no aplastarla con mi peso.

Terminamos jadeando, con esa calma suave y pesada tras el orgasmo, ella recostada en mi pecho, con los párpados pesados por el sueño.

Me declaro firme defensor del sexo por la mañana.

Pienso que no me iré de su cama jamás. Pienso en lo que tengo y en lo que aún puedo perder.

No sé si esto va a durar, ni siquiera si puedo prometerle nada.

12

MARTINA

El recuerdo de lo que hemos hecho hace unas horas me hace sonreír. He dormido arropada por sus brazos y su respiración.

Paolo está sentado en la cocina, mirando las redes sociales en su móvil, con una taza de café. En cuanto me ve, deja el móvil boca abajo.

—Buenos días, doctora.

Tiene una tostada en la mano, un bol de yogurt con fruta y una tortilla a medio comer.

—¿Siempre desayunas tanto?

—Claro —contesta con la boca llena.

Me siento a su lado con mi taza de café.

—¿No vas a comer nada?

—Aún no estoy despierta del todo —me quejo—. Tal vez dentro un rato.

Su beso de buenos días sabe a pan tostado y mermelada de fresa.

—Deja de mirarme —le regaño.

Se echa a reír, pincha un trozo de tortilla y acerca el tenedor a mi boca.

—Come algo, ayer casi no cenaste.

En silencio, dejo que me dé parte de su desayuno.

Con Paolo todo fluye: las bromas, la comida, el sexo. Recuerdo el incidente de esta mañana.

—No tienes que preocuparte —le digo.

Frunce el ceño y pone un trozo de manzana con yogurt cerca de mis labios.

—Lo de esta mañana —aclaro—. No tienes que preocuparte. Tomo anticonceptivos.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado —se disculpa otra vez—. Nos hacen reconocimientos cada seis meses. Comprueban un montón de enfermedades. Siempre los uso, de verdad. Mañana pido que me hagan análisis y en unos días te doy los resultados.

—Yo también lo pediré en el hospital.

Al escucharme, se queda un instante quieto, rígido. Tal vez ni siquiera lo había pensado. La realidad es que, hasta hace unos días, yo tenía una pareja.

—Siempre los he usado, también. Aunque tomo anticonceptivos por cuestiones médicas.

Mi explicación no parece gustarle.

—Paolo…

—Perdona. Es que, joder, suena cavernícola, pero me jode imaginarte con otro.

—Es bastante injusto, además. Tú has tenido un montón de novias. He visto con mis propios ojos a muchas de ellas.

Asiente, pensativo.

—Lo siento.

—Deja de disculparte.

Coge otra vez el teléfono y se le agria el gesto.

—¿Pasa algo?

—Nah, las redes.

Me enseña un meme desagradable, un montaje de él con una enfermera, una broma erótica e hiriente.

—Pasa de eso —le digo y lo vuelvo a dejar boca abajo.

Terminamos el desayuno y él se levanta para meter todo en el lavavajillas.

—Voy a ducharme.

Hace amago de seguirme y le cierro la puerta en la cara.

—Prohibido —le digo, intentando sonar seria.

—Cobarde —contesta, riendo.

Hablamos de todo: de Ezio, que sabe que algo pasa entre nosotros; de Andrea y cómo terminé sintiéndome tan extraña en mi propia vida; de lo absurdo que sería anunciar «estamos juntos» cuando ni siquiera sabemos qué somos.

—¿Y si esto no funciona? —pregunto.

—¿Y si sí? —responde él, sin dudar.

—No me prometas nada, Paolo.

—No tengo promesas. Solo ganas de quedarme.

◆ ◆ ◆

Los días siguientes hay un montón de mensajes, notas de voz y memes de bromas.

Él me manda una foto de su desayuno —exagerando con el aguacate y las tostadas perfectas— y yo le cuento que mi guardia empezó con un paciente que insistía en que un extraterrestre le había colocado un chip en la nuca.

A veces me envía un audio desde el coche cantando cualquier cosa; otras, una foto de su rodilla envuelta en hielo.

Cada noche, una llamada con una sonrisa, aunque veo en sus ojos que ha peleado todo el día.

Paolo ha estado siempre en mi vida. Estoy viviendo mi sueño. Por eso precisamente me da tanto miedo. Una mujer como yo no

consigue a un hombre como él. Es de esa clase de sueños que nunca se cumplen.

Quedo con Sofía en nuestra cafetería. Llega con su traje de chaqueta y su enorme bolso negro. Me abraza y pide un café doble.

—Cuenta —dice, sin rodeos.

Le hablo de Paolo, de lo que sucedió en el viñedo cuando fui a verle, de lo que pasó después en mi apartamento, de las risas, las llamadas por la noche, los mensajes preguntándome cómo va mi día.

Sofía me escucha con esa mezcla de emoción y preocupación.

—Estoy feliz por ti… —dice, deja la frase sin terminar.

—Pero… —digo para que continue.

—A ver, es… Paolo. El chico que siempre ha saltado de chica en chica. Su relación más larga ha sido de un fin de semana. Ahora está calmado porque está lesionado, ¿qué va a pasar cuando esté otra vez arriba? Tú también lo has pensado, estoy segura.

Le doy la razón con un gesto, aunque por dentro me duelen sus palabras. Porque tiene razón, yo también lo he pensado. Cada noche, espero que esa sea la primera vez que no llame, que se olvide. Intento no hacerme ilusiones para no decepcionarme.

—Y está el tema de las redes. Él no es como tú y como yo. Los comentarios han empezado. Cuando se sepa, ¿qué vas a hacer?

—Aún no lo he pensado. No quiero añadir presión.

—Disfruta, Martina. Porque si se termina al menos habrás tenido esto.

Acabamos hablando de viajes que podríamos hacer cuando por fin finalice la residencia y tenga más tiempo libre, tiempo para ir a la playa y no hacer nada durante una semana entera, o visitar los lagos, sentándonos con nuestra mantita en invierno admirando la nieve.

Sofía tiene razón y lo sé, he pensado muchas veces en lo que pasará cuando Paolo esté recuperado, si desaparecerá de nuevo de

mi vida. Si volveremos a ser solo dos amigos que se encuentran en los lugares de copas y en las fiestas familiares.

El viernes salgo del hospital después de un turno que se ha alargado doce horas. Estoy cansada. En días como este me encantaría irme al viñedo con mis padres, tumbarme al sol y no hacer nada. Voy mirando el móvil contestando a un mensaje de Paolo, mientras atravieso los pasillos y escucho mi nombre.

—Martina.

Justo a mi lado está Andrea, con la chaqueta abierta y un maletín en la mano, saliendo también del hospital.

—Hola —digo, intentando sonar natural.

—¿Cómo estás? —pregunta, mirándome como si comprobara cada parte de mí.

—Bien. Trabajando mucho… —hay un silencio incómodo—. ¿Tú?

—Bien también.

Estoy a punto de despedirme y seguir mi camino cuando él añade:

—¿Podemos…? —se detiene, busca las palabras—. ¿Podríamos quedar un día para hablar? Tomar algo, charlar un poco…

Me sorprende su tono. No es firme, ni tampoco tiene ese poso condescendiente que usaba muchas veces conmigo.

—Mañana, una cena en algún sitio, charlar un poco. Me gustaría verte.

—He quedado con las chicas —miento para no hacerle daño.

—Otro día, si quieres. Llámame.

Se acerca un poco más a mí y yo retrocedo.

—Entre las guardias y estudiar… no sé cuándo podré.

Con una expresión nostálgica, acepta mi negativa.

—Me alegro de verte —dice por fin, aunque hay tristeza en su voz—. De verdad.

Se despide y observo cómo desaparece tras la puerta.

Debería estar triste, en su lugar siento alivio y esto confirma lo que ya sabía, que hace mucho tiempo que entre Andrea y yo no había nada.

Paolo se ha convertido en mi rutina. Lo primero que veo al despertar son sus mensajes y lo último antes de dormir es su voz en una llamada. Hemos conseguido colarnos en la vida del otro como si siempre hubiéramos estado ahí.

Ese viernes por la noche, mientras repaso un informe en el portátil, me llega su mensaje:

"Este finde, en mi casa. Te recojo."

Me río sola.

"Puedo ir en mi coche"

"No quiero que Ezio o los chicos lo vean y empiecen a preguntar"

"Por cierto, trae bikini"

Acepto. Al día siguiente, a media mañana, su coche negro aparece frente a mi portal. Va vestido como recién salido de un anuncio, con sus gafas de sol y el vaquero ajustado a la cadera.

—Sube rápido, doctora —dice, abriendo la puerta del copiloto —. Estamos en misión encubierta.

En cuanto llegamos, me enseña las habitaciones como si fuera un guía turístico. Su casa casi es igual a la de Ezio. Hay luz por

todas partes, un jardín enorme y una cocina que parece sacada de una revista. Me da una cerveza y terminamos en el sofá, con un mando de consola en la mano.

Preparamos juntos la comida, aunque ya lo había dejado todo listo solo para encender el horno la mujer que cuida de su casa, de su dieta y de que todo esté en orden, según me explica.

Estamos poniendo la mesa, suena su móvil. Veo el nombre en la pantalla: Mateo.

—¿No vas a responder? —pregunto.

—Más tarde. Querrá venir a echar una partida al FIFA.

Poco después suena otra vez. Samuel. Lo ignora también.

—Hoy no hay visitas—dice, dejando el móvil boca abajo.

Después de comer, me pide que lo ayude con la rutina de estiramientos. Nos tumbamos en una colchoneta del gimnasio que tiene en casa. Me enseña cómo colocar mi rodilla sobre la suya para hacer presión. Yo sigo las indicaciones, sintiendo la tensión de su músculo bajo mi mano.

—¿Así? —pregunto.

—Sí… un poco más. —Cierra los ojos un segundo, como si al mismo tiempo le doliera y le aliviara.

—¿Te duele?

—Un poco. Pero es normal. Hay ejercicios que me dejan la pierna ardiendo.

—No estoy segura de que sea recomendable.

—Soy futbolista, Martina, no puedo estar parado seis meses como cualquier otra persona.

Me echa una mirada, con una sonrisa breve, como si quisiera quitarle importancia.

—El *míster* está apretando. Así que hay que obedecer.

—¿Y qué más dice el *míster*?

—Ni me mira. —Resopla—. Sé que está encima, viéndolo todo.

—La presión cuando estás enfermo, no ayuda. Suena duro —lo observo, está serio, midiendo los movimientos.

Sabe su límite y cómo forzarlo.

—Lo es. —Aprieta los dientes mientras le cambio de posición la pierna—. No voy a rendirme. No pienso darles el gusto.

Pasamos al siguiente estiramiento. Se tumba en el suelo y yo sujeto su pierna.

—Dime si molesta —le advierto.

—Molesta siempre. Lo jodido es el dolor que te avisa de que te has roto. El otro, el del cuerpo quejándose, va con el trabajo.

Noto la tensión acumulada en su cuerpo. Hay otro tipo de dolor del que no me habla, el que lleva dentro, el que he visto cuando estaba a punto de rendirse.

—Pues hoy, solo dolor que sirva para algo —digo, apretando un poco más como me pide y le regaño—. No me mires, concéntrate.

—Me estoy concentrando… en ti.

—Paolo…

—Es que no paro de pensar en ti en bikini.

Acabamos riendo y entre broma y broma, me tumba sobre la colchoneta para besarme, hasta que consigo escapar y él amenaza con tirarme al agua cuando me alcance.

Diez minutos después, está esperándome en el jardín, sentado en el borde de la piscina, con las piernas metidas en el agua. Cuando aparezco, no oculta su sonrisa traviesa, la mirada felina, hambrienta, y me lanzo de cabeza al agua en el otro extremo de la piscina. Me dejo flotar mirando el cielo mientras él me observa.

—¿No vas a bañarte?

—Prefiero mirarte.

—Vamos, ¿o es que te da miedo de que yo nade mejor?

—Estoy guardando energías… para esta noche.

Voy a su lado, me apoyo en el borde. Está guapísimo, tiene la piel morena y las líneas definidas de sus músculos son una tentación.

—Ahora eres tú quien me mira.

Me dejo caer de nuevo en el agua.

—Deja de provocarme —dice mirando cómo me alejo nadando.

Cuando oscurece, nos quedamos allí fuera. La piscina está iluminada, el agua refleja de forma suave la luz. Nos sentamos en dos tumbonas y él trae dos copas de vino.

—Hacía tiempo que no te veía así.

—¿Así? Bueno, este soy yo —me dice con una sonrisa que sé que es falsa.

—No tienes que ser otro conmigo, Paolo. Puedes ser sincero. No voy a juzgarte.

—No es eso, Martina. La gente no entiende…—hace una pausa y mira la piscina—. ¿Cómo voy a explicar que estoy jodido cuando tengo delante de mí esta piscina?

—Eso es una tontería.

—No lo es. Soy un afortunado. Mira mi casa. —Echa un vistazo a su alrededor, no hay alegría en sus ojos.

—Esto no es nada si no lo quieres.

—No es eso, Martina —repite—. Tengo a mi familia, son estupendos, un trabajo increíble, dinero.

—Y, sin embargo, te veo y es como si algo no encajara.

—¿Sabes qué es lo peor de entrenar ahora? —me pregunta de repente.

—Que ya no eres el de antes —contesto.

He visto la misma expresión en muchos pacientes, sé lo que siente cuando la vida te recuerda que solo eres una persona más.

—Exacto. —Bebe un sorbo—. Me esfuerzo más que nunca y el *míster* me mira como si fuera invisible. Si me esfuerzo demasiado, la rodilla se resiente… si me esfuerzo poco, entonces, pensarán que no me importa.

—¿Y qué haces?

—Entrenar igual. Aunque duela. Aunque me sienta un fantasma. —Me mira y sonríe, sé que está haciendo su mejor intento para no derrumbarse—. Soñar con que, si vuelvo, será para ganar. No para demostrar que aún puedo correr.

Estiro mi brazo y él enlaza sus dedos con los míos.

—Tengo miedo a que todo esto no sirva para nada. —Hace una pausa, con un suspiro cansado—. Has visto lo que escriben, los vídeos riéndose, los montajes… y ni siquiera estoy jugando. Están deseando que me hunda. Si eso pasa, la gente me olvidará.

Me levanto y voy a su lado, él me hace un hueco en la tumbona.

—Yo no voy a olvidarte.

Se queda mirándome como si quisiera memorizar mis palabras, y nos besamos.

No es un beso de los que preceden a algo más apasionado, más caliente, más carnal.

Es un beso sencillo, de esos que te hacen sentir que estás en casa, que no estás solo.

Un beso que cuenta todo lo que nosotros callamos, lo que no sabemos poner en palabras.

El momento se rompe cuando suena su móvil dentro de la casa. Entre quejas en voz baja, se levanta.

—¿Quién? —pregunto.

—Mateo. Otra vez. Seguro que quiere venir a tomar algo.

—¿Y si aparece sin avisar?

—Le digo que no puede entrar porque estoy… —sonríe con malicia—. Con la mujer más guapa del mundo, y ella no ha traído

ropa.

—Idiota. —Le tiro un cojín.

Vuelve a mi lado y nos abrazamos, dejamos pasar la tarde hablando de cosas sencillas, recuerdos de cuando éramos adolescentes, de su primer gol como profesional, de su plan de negocio con Carlos, de cómo presumía en el viñedo cuando sabía que yo estaba, pero creía que no le hacía caso. Yo le cuento de las tardes estudiando, noches eternas con los apuntes para conseguir entrar en la universidad, cuando los días parecían iguales y mi apartamento, mi primer sueldo de residente.

El jardín es nuestro oasis. Nuestra cápsula del tiempo. Sé que todo esto se romperá en cuanto él vuelva a jugar, cuando sea de nuevo Paolo, completo, sin miedo, con miles de ojos sobre él.

Quizá esto es un comienzo de un "nosotros" o el inicio de un desastre.

Por la noche, me hace el amor con calma, nos acariciamos encontrándonos, aprendiendo cada uno el cuerpo del otro; encuentro los gemidos escondidos al morder en la base de su garganta y él mis jadeos al lamer el camino de mi ombligo.

Aún no hemos puesto nombre a lo que tenemos, hay dos palabras que empiezan a flotar entre nosotros, junto con los besos.

Se da cuenta de que lo observo, tal vez ve en mis ojos el miedo, el temor a que todo esto no sea más que un sueño.

Me besa otra vez.

Y por un instante, creo que el mundo se detiene… justo antes de comenzar a girar en otra dirección.

13

PAOLO

Empiezo la semana en la sala de fisioterapia, Darío movilizándome la pierna con esa precisión fría que antes me inquietaba y ahora ya me es indiferente. La verdad es que empezar el día tranquilo, a solas, sin las miradas de mis compañeros ni el *míster* volando sobre nosotros, me permite prepararme mentalmente. El sábado jugamos, va a ser una semana dura.

Estoy concentrado en la respiración cuando escucho pasos en el pasillo. Samuel asoma la cabeza.

—El *míster* te espera en la sala de video —dice, sin más.

Levanto la cabeza.

—¿Ahora?

—Ahora.

Darío se detiene, bajo de la camilla, me pongo el pantalón de entrenamiento y las zapatillas, sin perder ni un segundo.

Samuel me espera, serio y en silencio.

Me seco el sudor con la toalla, respiro un par de veces. Tengo el estómago cerrado y la mente me va a mil por hora con todas las posibilidades: rescisión, banquillo, «no contamos contigo».

No pregunto a Samuel, sé que no dirá nada. En estos momentos es mi capitán, no mi amigo.

Joder, su gesto no me da ni una pista cuando cojo la botella de agua, me pongo la sudadera y lo sigo por el pasillo.

Entramos a la sala. El *míster* está de pie, junto al monitor.

Samuel se sienta y yo espero.

—Siéntate, Paolo.

Me siento.

—No te saqué en el partido —empieza—. Ni en los siguientes.

No digo nada. No muevo un músculo.

—Podía haberlo hecho. Pero tuve miedo. Así de simple.

Da un par de pasos, vuelve a mirarme.

—Miedo a que te rompieras. A que no te levantaras más.

Habla lento. Escoge cada palabra y las suelta con su tono firme, el que no deja dudas, el que usa cuando nos da órdenes en el campo.

—Has entrenado. Has peleado cada día.

Hace una pausa, yo sigo en silencio.

—Vas a tener una oportunidad. Es justo para ti y para el equipo. Este sábado.

Aprieto los puños y espero. Sé que aún queda algún "pero".

—Quiero que la tomes solo si te ves listo.

Otra pausa.

No tengo miedo. No voy a acobardarme.

— Hay ojos encima de ti. No solo aquí. Concéntrate.

Asiento despacio.

Samuel se pone en pie. Mira al *míster*, luego a mí.

—Estamos contigo —dice.

La reunión ha terminado.

Salgo de allí con un peso sobre los hombros. Pensé que la noticia me alegraría, me siento lento, atenazado, en tensión.

En el entrenamiento de la mañana corro más de lo que debería. Ezio me ve desde el otro lado del campo y me lanza un grito:

—¡Cálmate, que aún queda mucho para el sábado!

La noticia ha volado. Todos saben que este sábado salgo al campo.

Sonrío, bajo el ritmo.

Termino como cada día, con Darío.

—Voy a ayudarte a que llegues fresco al partido.

Hasta él parece un poco más feliz.

En el vestuario, Mateo es el primero en abrir la boca:

—A ver, ¿dónde te has metido todo el fin de semana?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Eres mi madre?

Ezio se deja caer en el banco a mi lado.

—¿Te ha ido bien el finde?

—Normal.

—Normal… ya —me provoca—. ¿No sabrás dónde ha estado mi hermana?

Las risas estallan en medio del vestuario. Samuel golpea el banco con la toalla.

—Así que es verdad. Estás con Martina.

Mateo se pone serio, aunque sigue con esa chispa en los ojos:

—Enhorabuena, tío. Por todo. Por el sábado y por… ya sabes.

Ezio me da una palmada en la espalda.

—Ahora no salgas al campo y te tropieces como un juvenil.

Las carcajadas llenan el vestuario otra vez y entre broma y broma, siento que todos están de mi lado.

Somos una familia.

Ezio aparece en mi casa para cenar. María ha dejado preparada una bandeja de merluza al vapor y arroz. Odio el pescado y ella lo sabe. Pero la dieta es obligatoria para llegar al sábado en

perfecto estado. Esta semana me voy a hartar de pollo, huevos y pasta blanca.

—Te juro que cuando deje el fútbol, no vuelvo a probar el pescado.

—Ni esa pasta insípida —dice Ezio pinchando un trozo con el tenedor—. Tendría que estar prohibido comer esto en Italia.

Estamos comiendo en la isla de la cocina, sin florituras.

—¿Has cerrado el contrato? —pregunto.

—Sí. Tres años. Y… —sonríe con orgullo, también con algo de miedo—. Es lo que quería. Pero, joder, da vértigo.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—¿El viñedo? Dijiste que tenías un plan.

—Carlos y yo hemos empezado una sociedad. El tío es un *crack* para los negocios, sabe de números y todo eso. Sabes que siempre he querido volver al viñedo cuando esto se termine.

Ezio me mira mientras abre otra botella de agua.

—¿Te asusta el sábado?

—Ya no somos críos —le digo, intentando sonar despreocupado—. No vas a llegar con pelo a los cuarenta, te has visto la coronilla, ¿verdad?

Reímos un poco.

—Al final lo conseguimos, Paolo —dice, solemne.

—Tú lo has conseguido. Yo… aún no sé.

Suena mi móvil y veo un mensaje de Martina.

—¿Es ella?

—Sí —contesto.

No tiene sentido negarlo.

—Ten cuidado, Paolo —dice, mirándome con una expresión extraña.

—Te prometo que la voy a tratar bien.

Niega con una sonrisa.

—Eres tú quien tiene que tener cuidado —me aclara—. Nunca te había visto así. Martina te tiene en sus manos, tío.

Tiene razón. Desde hace días, en lo primero que pienso cada día es en ella.

—Aún no me lo creo, ¿sabes?

—Se te ve en la cara —dice—. Los chicos bromean, dicen que tienes cara de Romeo.

—Tenéis envidia.

—Ni de coña. ¿No has visto las redes? Hay mil ojos sobre nosotros. Si ya es difícil sin eso… imagina.

La contestación de Ezio me deja pensativo.

—¿Nunca has estado…?

—¿Enamorado? —termina mi frase—. No. Ni pienso estarlo. La mitad de la población son mujeres, Paolo. En una vida entera, no habría conocido a todas.

—A mí no me vengas con eso. No te hagas el macho.

Se encoge de hombros.

—Lo que sea. Pero no quiero acabar como Samuel. Está todo el día jodido sin ver a su hijo

—Joder, no lo sabía.

—Sabes que no le gusta hablar.

—Sí, y supongo que yo he estado demasiado centrado en mí mismo.

—Eso también —dice y añade—: Han metido al niño en un colegio interno en Canadá. De esos de lujo. Samuel está peleando para poder traerlo, quedarse la custodia. Ella está trabajando en Los Ángeles, rodando una película.

—Espero que tenga suerte.

—Por eso prefiero mantenerme lejos del compromiso. Quizá cuando nos retiremos.

Charlamos un poco más sobre el sábado, el rival, las jugadas tácticas del entrenador, y antes de que sea demasiado tarde, Ezio se marcha a su casa a dormir.

A veces creo que parecemos dos viejos y no tenemos ni treinta años.

◆ ◆ ◆

No quiero contárselo a Martina por teléfono. Necesito tenerla delante, en persona, para darle la noticia. Voy a jugar. Después de todo este tiempo, después de tantas sesiones, por fin.

El martes salgo del entrenamiento, la llamo para asegurarme de su horario en el hospital, reservo en un restaurante y paro por una floristería de camino.

Me siento cargado de energía, corriendo sobre las nubes.

Nada más entrar, la enfermera de recepción me reconoce. Le explico que no es una visita médica, que vengo a ver a Martina Veraldi. Me dice cómo llegar al despacho de Medicina Interna, donde probablemente esté Martina. Camino con el ramo de flores por el pasillo. Me he vestido bien, las marcas se encargan de darme buena ropa y sé sacar partido a lo que tengo. Esta noche es especial.

Hay rostros que se giran al verme, las enfermeras cuchichean y cuando llego al próximo centro de control de enfermería, ya hay un pequeño revuelo.

La veo salir de una sala. Seguro que la han avisado.

—Hola, doctora —digo, con esa sonrisa que me han enseñado a poner, la que vende relojes de miles de euros.

Sorprendida, exclama:

—Paolo… ¿qué haces aquí?

Su tono no es en absoluto feliz.

—Quiero invitarte a cenar.

En su rostro no hay ni una pizca de alegría, nada de lo que yo había planeado. Al contrario, aún no ha cogido el ramo de flores y tiene los labios apretados.

Noto cómo el ambiente a nuestro alrededor cambia.

—¿Es él? —susurra alguien detrás.

—Sí, es Paolo Ferraro —responde otra voz.

Un médico se acerca, me mira con una sonrisa.

—Ferraro, ¿cómo ves el partido del sábado? ¿Te van a sacar?

—Va a ser un buen partido. Llevo preparándome semanas, el *míster* decide, yo estoy listo para mi equipo.

Es una contestación de manual. De las que nos enseñan para la prensa.

A mi alrededor, el murmullo crece.

"Esto va para TikTok, mira qué guapo."

"Yo quiero una foto"

Hay alguna pregunta más, sobre mi lesión, sobre otros partidos, me piden una foto rápida.

Hago mi papel.

Estoy cómodo. Me gusta y me hace feliz.

Cuando la busco con la mirada, Martina tiene una expresión que me deja helado. Está rígida, mirando desde la puerta.

Me despido con amabilidad, hay bromas y buenos deseos para el sábado, y entro tras ella.

Es una sala pequeña con unas cuantas sillas, una mesa y material médico en armarios en las paredes.

—Quería darte una sorpresa.

—Y lo has hecho. El resto del turno me van a matar a preguntas.

—Te he traído flores —digo, comprendo por su reacción—. Si quieres, me quedo aquí hasta que termines, he reservado para

cenar.

—No voy a poder, Paolo.

Coge el ramo de flores, su expresión se suaviza un poco al oler las rosas.

—Lo siento. Le he dicho a una compañera que la cubro unas horas. Tiene a su hijo enfermo. Cuando me has llamado aún no lo sabía.

Mira el reloj, como si estuviera deseando salir de allí.

—Has venido hasta aquí para nada.

—Bueno, igualmente me alegro de verte. Solo quería decírtelo en persona.

—¿Decirme qué?

Tocan a la puerta.

—Doctora Veraldi, han llegado los análisis del paciente del box cinco.

Hablan en voz baja y ella vuelve a entrar.

—Lo siento, Paolo, tengo trabajo.

Nos damos un beso y se marcha, dejándome allí con el ramo de flores. Me siento un poco idiota cuando salgo del hospital, ahora que se ha corrido el rumor y hay un pequeño tumulto en la entrada, así que salto tan rápido como puedo, después de hacerme varias fotos.

Las redes van a empezar a calentar con toda esta información.

Paso la tarde en casa, no dejo de pensar en que he cometido un error. En mi cabeza comprar flores, darle una sorpresa… todo sonaba perfecto.

Casi son las doce cuando vibra la llamada en el teléfono.

—Hola, doctora.

—No estabas dormido, ¿verdad?

—No, tranquila, estaba esperándote.

—Mañana vas a estar hecho polvo.

—No importa.

—Lo de esta tarde… lo siento. No esperaba que vinieras.

—Quería darte una sorpresa.

—Ya… bueno… les ha encantado verte.

Me doy cuenta de que ella no se incluye en ese "les ha encantado".

—¿Qué querías decirme?

—Nada, mañana nos vemos —digo, siento como si me hubiera echado un cubo de agua fría con su actitud.

—Esta semana va a ser imposible. Tengo que cubrir a mi compañera y el sábado tengo guardia.

—¿El sábado?

—Sí. ¿Habías pensado algo?

Me dejo caer en la cama.

—¿Paolo? ¿Qué pasa?

Levanto de nuevo el teléfono y miro a la cámara.

—El sábado juego.

Esta vez, su rostro es de sorpresa.

—¿De verdad? ¿Te lo han dicho?

—Sí. El lunes. Tuve reunión con el capitán y con el *míster*. Es seguro. Este sábado.

—¿Era eso?

Frunzo el ceño, sin entenderla.

—Eso era lo que me querías decir, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento —repite—. Veré el partido, hay televisores en las salas de descanso.

—Quería que estuvieras allí —digo en voz más baja.

—Habrá más partidos.

Resoplo. Ella no entiende lo que significa. Este sábado me juego mi futuro.

—Paolo, habrá más partidos.

—Ya. Pero quería estuvieras en este.

—¿Y estás bien? ¿La rodilla?

—Estoy listo.

—Paolo… —su voz baja, casi un susurro—. Me alegro de que vuelvas a jugar.

Me siento a un millón de kilómetros de ella. En otra galaxia.

—Ahora duerme. Necesitas toda tu energía esta semana.

—Sí. Supongo que es mejor que no nos veamos hasta que pase el partido.

—Lo celebraremos después.

—Mmm… Martina, eso no me ayuda a dormir…

Bromeamos un poco más y me quedo un momento con el teléfono en apretado en la mano cuando cuelga.

El sábado no voy a pensar en el *míster*, ni en la rodilla.

Voy a pensar en ella.

◆ ◆ ◆

El sábado, cuando piso el césped, todo se detiene. El ruido de la grada, el olor a hierba, la luz del sol filtrándose entre las gradas. Todo tal como lo recordaba.

Esto es lo que sé hacer. Estoy aquí para jugar.

Empiezo en el banquillo. El *míster* me da una palmada en el hombro cuando salgo a calentar. El estadio está lleno, la grada retumba.

—Sales en el setenta.

Me concentro en sentir cada pisada, moviéndome en la banda, saltando suave, hoy no llevo el vendaje en la rodilla. El árbitro levanta el cartel con mi dorsal. Entro al campo, el público celebra mi aparición. El corazón se me dispara.

Siento a mis compañeros conmigo, hay pases, señales, me quedo atrás en una carrera y Samuel me hace nuestra señal para calmarme. Todos saben lo que me juego. En la primera jugada robo un balón en el centro, giro y doy un pase largo a Mateo. No acaba en gol, pero el público grita. Ezio me choca la mano con fuerza mientras nos colocamos para la siguiente jugada.

—¡Así, joder!

En el minuto ochenta y cinco vemos la jugada, lo hemos ensayado toda la semana. Esta vez Mateo marca. Nos abrazamos celebrando el dos-uno.

El resto del partido aguantamos. Hay alguna falta, pases cortados, lanzamientos perdidos. El pitido del final lo siento en todo el cuerpo.

Ezio viene corriendo para darme un abrazo. Gritamos juntos a la grada.

En el vestuario, la música suena a todo volumen, las duchas llenan todo de vapor, hay botellas de agua volando.

—Lo has hecho —grita Samuel por encima del ruido.

Pero yo no estoy con ellos, he sacado el móvil de la taquilla y estoy escribiendo un mensaje a Martina. Mateo me lo quita de las manos.

—Hoy no, Romeo.

—Devuélvemelo.

—Ni de coña. —Se lo pasa a Samuel—. Desconexión total

Me rodean, riendo como críos, y al final me rindo.

—Vale, pero me lo devolvéis mañana.

—Si sobrevives a la fiesta —responde Ezio, guiñándome un ojo.

La noche se alarga más de lo que pensaba. En la discoteca la música retumba en el pecho y el sudor se mezcla con el calor de la gente. Los compañeros no paran de arrastrarme de un lado a otro. En un momento, un grupo de chicas se acerca para pedir fotos; algunas se cuelgan de mi hombro, otras me agarran la camiseta como si quisieran que no me escapara.

Yo sonrío para la cámara, nada más. Estoy cansado, pero no quiero ser el aguafiestas del grupo. Samuel me pone una mano en la espalda y susurra:

—Pon tu cara de modelo.

No entiendo a qué se refiere hasta que, horas después, ya medio borracho, veo que Ezio está enseñándole a Mateo unas fotos en su móvil. Estoy en dos de ellas, rodeado de chicas, una con la mano en mi pecho, otra muy pegada.

No sé muy bien cómo acaba la noche. Tengo algún recuerdo de risas, Samuel cantando a gritos por la calle, Ezio agarrado entre Mateo y yo. Cuando abro los ojos es domingo y estoy tirado en el sofá de Ezio.

—Buenos días, campeón —dice Ezio, entrando con dos cafés —. Sobreviviste.

—No estoy tan seguro.

—Bebo un trago—. ¿Mi móvil?

—En la mesa. —no sonríe cuando me lo da—, ya tienes un par de mensajes.

Lo primero que veo son las fotos que ya corren por redes: yo, con el brazo en alto después del pase del primer gol; otra, abrazado a Ezio; y un par más en la discoteca, rodeado de mis compañeros; el resto… lo de siempre.

Debajo, los comentarios. El basurero habitual.

"Así se celebra. Tres tías"

"¿Qué dirá su doctora?"

“Métela bien, Ferraro”

“A ver si llega al siguiente partido”

Me quedo un rato en el sofá. La resaca me aprieta las sienes, pero no es solo eso: es esa sensación rara que te deja una noche demasiado larga. Vamos a tener problemas el lunes. Al *míster* no le gusta que nos desmadremos de esta forma.

Carlos me ha enviado un par de mensajes, mi hermana Luca también me ha felicitado. Ningún mensaje de ella.

Me quedo mirando la pantalla demasiado tiempo.

—¿Todo bien? —pregunta Ezio.

—No lo sé.

Me da una palmada en la espalda. Nos entendemos sin palabras.

—Voy a verla.

—¿Ahora? —Ezio me echa una mirada de arriba a abajo—. Si vas así, no pasas ni por su puerta.

Suspiro y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—Joder, Ezio.

—Ve a casa, ponte guapo y prepárate, que la bronca del *míster* te va a parecer una broma comparada con esta.

Le hago caso. No he hecho nada malo, pero esas malditas fotos, los comentarios, el ruido que generan.

El coche avanza por las calles. El miedo me aprieta en el estómago: miedo a que no abra, a que esas fotos ya estén en su cabeza, a que piense lo que todo el mundo está pensando.

Cuando salgo del ascensor, Martina está en la puerta. Lleva el pelo recogido en una toalla, una camiseta vieja y unos pantalones de algodón. Aun así, me deja sin aire.

—Paolo…

Entro, cierro la puerta detrás de mí y la abrazo como si llevara meses sin verla. El beso llega, urgente. La apoyo contra la pared, ella se agarra a mi cuello y me besa con la misma pasión. No queda espacio entre nuestros cuerpos. Cuelo mi mano bajo su camiseta, acaricio su estómago, la línea de sus costillas. Tiembla, abandono sus labios para besar su cuello, siento el suave olor de flores, despacio, hasta susurrar en su oído.

—Te necesito.

Su ropa cae al suelo formando un camino hasta su cuarto. En penumbra, se sienta en la cama y me hace un gesto con el dedo para que vaya hasta ella.

Me deshago de los pantalones en los últimos pasos.

Cuando estoy por fin a su lado, deja besos en mi torso, en la línea de mis músculos, bajando cada vez más, enredo mi mano en su cabello y observo cómo baja los bóxer.

El calor de su boca al acogerme me pone al límite, me separo y nos llevo al centro de la cama.

Me olvido del mundo. Del partido, de mi rodilla… solo me importa ella.

Adoro sus pechos, la provoco con pequeños mordiscos hasta que los pezones están duros y ella gime bajo mi cuerpo, y voy bajando hasta llegar entre sus piernas.

Verla disfrutar es una imagen increíble. Con las rodillas separadas, confiando en mí, y esos sonidos ahogados que hace cuando la saboreo, cuando mi lengua juega con ella. Puedo sentir cómo crece la tensión en su cuerpo y arquea la espalda, está a punto de deshacerse en mi boca.

—Paolo

Tiene los párpados entornados, me obliga a subir hasta sus labios y me rodea con las piernas.

Mi miembro acaricia su entrada, está lista, y yo estoy deseando perderme en su cuerpo.

—Espera —digo, intento alejarme para coger un preservativo de los pantalones.

—No. Ven.

La beso de nuevo mientras una de sus manos baja por mi espalda, presionando, y sus pezones acarician mi pecho.

—¿Estás segura? —digo acariciando su mejilla.

Sonríe, asiente y yo cierro los ojos un segundo, necesito calmar mi respiración o esto será un desastre.

Sus jadeos se quiebran con cada embestida, voy lento, deteniéndome cada vez un segundo, disfrutando de la sensación de estar dentro de su cuerpo; no sé de dónde saco fuerzas para contenerme, para no moverme como un animal.

—Más —me pide, y abre los ojos en medio de un jadeo, como si quisiera memorizarme.

Mis embestidas se hacen más fuertes, más duras, su orgasmo me arrastra con ella, hasta que el placer me golpea, fuerte, rotundo, en oleadas que me dejan sin aliento.

Jamás me he sentido tan vivo, con todo mi cuerpo atravesado por la electricidad del placer.

Y de golpe sé que esto es algo más. Lo siento en cada latido.

Cuando por fin me quedo dormido, la ciudad amanece.

En la pantalla del móvil, las notificaciones siguen creciendo.

El ruido del mundo vuelve, o quizá no se ha apagado.

Y por primera vez desde que volví al campo, tengo miedo de ganar.

14

MARTINA

Cuando me doy la vuelta y le veo, Paolo todavía está medio dormido, despeinado, con una sonrisa que parece hecha para que se me pare el corazón.

—Tengo hambre —murmura.

—Siempre tienes hambre.

Se estira, me sujeta por la cintura y me arrastra de nuevo a la cama.

—No soy yo. Son órdenes del *míster*. Tenemos que alimentarnos bien. Sobre todo, después de hacer ejercicio.

Me da un mordisco en el labio, provocándome.

—Ahora que lo pienso… puedo comerte a ti.

El tono de su voz es grave, sensual y lleno de promesas.

—Vamos a alimentarte.

Me escapo de entre sus brazos, busco algo de ropa y voy a la cocina. Riendo y quejándose, viene tras de mí gastando bromas. Está feliz.

Con un sándwich de pollo y un vaso de zumo recién hecho, consigo que esté calmado y en silencio unos minutos.

—¿Viste las fotos?

—¿Qué fotos?

—Las de anoche, en la fiesta.

Niego, pero él ya está buscando en su móvil. Me lo pasa. Son varias imágenes: él, rodeado de sus compañeros, chicas cerca, una con la mano en su pecho.

—Estaba de guardia —digo, deslizando la pantalla.

Hay un montón de imágenes, comentarios, alguna de esas chicas tiene Instagram, los enlaces van directos, las veo sonreír, besarle, tocarle.

Se me cierra el estómago.

—No significa nada, Martina. Es… así. Lo importante es lo que tú y yo sabemos.

Lo sé, aunque el asco me deja un sabor amargo.

Le estaban tocando. Solo unas horas antes de aparecer en mi casa estaba con ellas riendo y bailando.

Me siento una tonta por haber confiado. Sofía llevaba razón. Es Paolo. Y yo… yo solo hago guardias eternas y no tengo tiempo para divertirme.

—Martina —me llama, con la preocupación en sus ojos—. Oye, esto no es nada. Tú lo sabes. Has estado conmigo mil veces, lo has visto.

—Sí. Llevas razón, lo he visto otras veces.

No hace falta que añada nada más. Los dos sabemos que he visto como se marchaba con alguna chica, como se besaban y disfrutaban, sin culpa, sin temor.

—Oye… —coge mi mano y me abraza—. No ha pasado nada. Ezio estaba allí. Puedes preguntarle.

—¿De verdad crees que se lo preguntaría a mi hermano?

Un muro de hielo se ha instalado entre los dos. Uno enorme que quizá siempre ha estado allí, que yo me he empeñado en ignorar.

—Solo estaba celebrándolo con los chicos. Es así, siempre que salimos hay fotos.

—Nadie te obliga a hacerte fotos con ellas, Paolo.

Suspira. Mira la mesa, como si allí fuera a encontrar alguna respuesta.

—Está bien. Llevas razón. Tendré más cuidado —dice, levantando los ojos de nuevo.

—Quería celebrarlo, eso es todo —dice con expresión arrepentida.

No solo me duele verle con otras mujeres, me duele que me haya olvidado, que ni siquiera a haya pensado en lo que yo sentiría, o peor, que crea que todo esto no importa.

Pero esta es su vida. Este es el verdadero Paolo, de vuelta.

—Lo sé —contesto sin añadir nada más.

Me trago lo que siento, las palabras de reproche, el dolor.

El resto de la tarde pasa de forma rara. No estamos enfadados, pero tampoco hay esa alegría de otras veces; él me acaricia, me da besos, duerme arropándome entre sus brazos, protegiéndome con su cuerpo, en silencio, como si temiera cometer otro error.

El lunes, temprano, me lleva al hospital para comenzar mi turno y él regresa a su casa para su día de descanso. El beso se alarga tanto que casi cierro los ojos y me olvido de todo… él no dice nada.

◆ ◆ ◆

La semana en el hospital empieza con miradas por parte de algunas compañeras. Tengo la impresión de que todos saben lo que ha pasado. Sé que es imposible. Solo han visto las publicaciones, nada más. No saben nada de mi vida, de nuestros encuentros, no saben cómo sonríe cuando estamos a solas, ni cómo cambia su respiración cuando se duerme. Tampoco saben nada de sus besos. Aunque las fotos están ahí, los comentarios en Instagram, en todas las redes.

Me concentro en mi trabajo para protegerme del ruido exterior, de los nervios, de la inquietud y las dudas. El agotamiento es un buen analgésico.

Paolo me envía mensajes, hablamos cada noche. Está cambiado. El cansancio de su voz ahora está unido a la felicidad. Jugar le da fuerzas.

El jueves salta una llamada cuando estoy en mi descanso de media mañana. Tengo un tonto presentimiento de que algo ha pasado y contesto con miedo.

—Soy titular —casi grita en cuanto descuelgo—. ¿Lo puedes creer?

Su voz suena como un niño en Navidad. Me alegro, claro que me alegro.

—Es genial, Paolo.

Escucho a su alrededor voces masculinas, parece que está mi hermano.

—Partido fuera. Dos semanas sin vernos —baja el tono de voz —. Pero la próxima… la próxima es aquí.

—Perfecto.

Hay un ruido sordo, un golpe y luego, risas.

—Te llamo luego.

Cuelga.

Me quedo allí mirando el teléfono en mi mano sin comprender lo que acaba de pasar.

Todo va tan rápido que ni siquiera podemos hablar.

Paolo se ha recuperado de su lesión, el equipo vuelve a contar con él.

Vuelvo a ser una espectadora en su vida.

Mis guardias en fin de semana se solapan con sus partidos, como si nuestros calendarios se hubieran puesto de acuerdo para mantenernos alejados.

Ezio me envía fotos de todos juntos tumbados en la piscina del hotel.

"Aquí, descansando del entreno"

Sé que quiere que esté tranquila porque Paolo le habrá contado sobre nuestra discusión, pero cada mensaje me recuerda que nuestras vidas llevan caminos separados.

Autopistas separadas, más bien

Por la mañana temprano, recibo otra foto de un plato enorme con huevos revueltos, queso y otro al lado de fruta.

"Desayuno <3"

El estómago me da un vuelco raro al pensar en comida. No es hambre. Ese olor a café en la sala de descanso, hoy me revuelve.

Ganan el partido. Me lo dicen en el hospital, algunos compañeros me felicitan como si yo hubiera tomado parte de esto. Otros, me enseñan fotos de las jugadas, de él, del equipo celebrando otra victoria.

Tengo que contener las lágrimas, estoy más sensible que otras veces, y no sé por qué.

Quizá es la falta de sueño.

El jueves caigo en el sofá agotada después de un turno de doce horas. El cansancio me pesa en los hombros, pero hay algo más… una sensación extraña, un ligero malestar.

Saco el móvil para mirar el calendario. Paso los dedos por las fechas, cuento mentalmente. Me detengo. Vuelvo a contar. Otra vez. No puede ser.

El retraso está ahí. No hay dudas. Intento hacer memoria de si algún día he olvidado la pastilla o he confundido la hora. Con las

guardias, la locura de los horarios dobles y las noches durmiendo a trozos, no puedo asegurar nada.

El corazón empieza a latirme tan rápido que tengo que sentarme para calmarme un poco.

De golpe, soy consciente de pequeños detalles: el silencio en casa, mi cama vacía, las plantas junto a la ventana del balcón que hace días que no riego.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

La pantalla se ilumina: un mensaje de Paolo.

"Te echo de menos"

Dejo el móvil sobre la mesa. Me tiembla la mano. No puedo contestar.

◆ ◆ ◆

Sofía frunce el ceño en cuanto me ve.

—Vaya cara, Martina. Tienes que dormir más.

Hemos quedado en nuestra cafetería. Esta vez, pido un zumo.

—¿No tomas café?

—¿Qué tal el trabajo? —pregunto para no tener que responder.

—Como siempre. Mucho trabajo. La gente no deja de divorciarse ningún mes.

Doy un trago a mi zumo y ella me mira, intrigada.

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—Está en todas partes —dice.

Me muestra en su móvil un vídeo de Paolo entrando en una discoteca. Está rodeado de gente, sonriendo a las cámaras. Una

chica guapísima se agarra de su brazo. En ese instante, la imagen se corta.

—Paolo ha vuelto.

—Sofía, eso no es real.

—Da igual, Martina. La gente lo ve, lo cree.

—No voy a vivir pendiente de lo que inventen —me defiendo.

—Vas a tener que construirte una buena coraza si piensas seguir con él. Porque está claro que no va a cambiar.

Doy otro trago al zumo y vuelve a observarme.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo más?

Me quedo en silencio, necesito confiar en alguien. Luca está descartada, es la hermana de Paolo. Mi hermano… no sé cómo reaccionaría.

—Tengo un retraso.

Muy lentamente, Sofía sonríe.

—Vaya. Eso sí es una noticia.

—Aún no sé… es muy pronto.

—¿Lo sabe él?

—No lo sé ni yo, Sofía. Solo son unas semanas.

Estira la mano y acaricia con cariño la mía.

—Estoy aquí, Martina. No estás sola. Pase lo que pase, estoy a tu lado.

—Lo sé —digo.

Estoy a punto de echarme a llorar y ella lo nota.

—Te conozco. Sé que vas a tener a ese niño. Y estaré contigo. No lo olvides.

—Gracias —musito agradecida.

Debería ser una noticia feliz, una de esas que cuentas a tus amigas entre risas y abrazos y felicitaciones, no entre lágrimas.

◆ ◆ ◆

Redoblo los esfuerzos para mantenerme ocupada, para no pensar. No quiero darle vueltas a que él envía menos mensajes, está más ocupado. Estoy agotada, no me apetece comer. Sé lo que significa.

El viernes, estoy saliendo del hospital cuando el móvil lanza un aviso.

"Luca vien de viaje"

"Mañana te recojo y vamos a verla"

Paolo se ha acostumbrado a planificar nuestras citas sin avisarme. No tengo ánimo para discutir, además, lo que más me apetece es tumbarme y descansar, no estar rodeada de su familia. Así que miento:

"No sé si tengo guardia"

"Te recojo a la hora que termines"

Dejo el móvil en el bolso, rendida. En casa, me preparo un sándwich ligero y un yogurt. Ni siquiera paso por el salón. Voy directa a mi cuarto, tras una ducha rápida, entro en mi cama como si fuera mi refugio en plena tormenta.

Lo siguiente que siento es la luz del sol entrando y el teléfono sonando, impaciente.

—Estoy abajo. Te espero en el coche.

Me froto la cara. ¿Es Paolo?

Entonces lo recuerdo. Dijo que vendría a recogerme para ir al viñedo de sus padres.

Las náuseas por la mañana son un asco. Solo puedo tomar una limonada y una galleta de avena. Me arreglo el pelo, busco unos

vaqueros y una camiseta y hago una maleta rápida.

Está en el coche, junto a la entrada del portal, con una mano sobre el volante, gafas de sol y esa media sonrisa que hace que olvide de todo en cuanto lo veo.

—¿Lista? —pregunta.

—Eso espero —respondo.

Me mira un segundo más, como si quisiera adivinar algo detrás de mis palabras, asiente y arranca.

—Ayer te llamé.

—Lo siento, me quedé dormida.

Pone un segundo la mano sobre mi pierna y me da un apretón.

El viaje hasta el viñedo es tranquilo. Él tararea bajito una canción que suena en la radio y, de vez en cuando, cuenta algún detalle del último entrenamiento. Está más relajado de lo habitual, también más inquieto.

—Les he dicho a mis padres que íbamos juntos. No han hecho preguntas, pero cuando nos vean aparecer en mi coche, ya estará.

No digo nada. Estoy concentrada en contener las náuseas. Esa galleta de avena fue un error.

Al llegar, los padres de Paolo nos reciben con abrazos y besos en las mejillas. Su madre me sujeta de los hombros y me mira con una sonrisa enorme. Me disculpo y hago un viaje rápido al baño. En el comedor, la mesa está llena de pasta, pan casero y vino.

Me siento junto a Paolo. Él charla con su padre, animado, está encantado de contar todos los detalles de los partidos, las anécdotas, las bromas con los compañeros.

El olor de las especias, tan familiar, me revuelve el estómago y soy capaz de comer nada más que unos trozos de pan.

Luca, desde enfrente, me observa. Su madre también, aunque disimula mejor, sirviendo más vino.

—¿Estás enferma? —pregunta Luca, directa.

—Ayer comí en el hospital, no me ha sentado bien —me excuso.

Tampoco pruebo el vino y su madre trae una jarra de limonada con una expresión feliz.

Los hombres, continúan sus conversaciones.

—Entonces, vamos a seguir adelante —pregunta Carlos.

Paolo sonríe:

—Eso es inamovible. Aunque me hagan una oferta, el negocio va a seguir.

—¿Una oferta? —pregunta su padre.

—Puede… Enrico está trabajando en ello.

Más tarde, en un rincón del porche, lo escucho hablar con Carlos del nuevo negocio, sobre licencias, ayudas a la agricultura ecológica. Forman un buen equipo.

Me pregunto por qué Paolo no me ha hablado de sus planes, los planes de su futuro.

Luca se sienta a mi lado, trae unas galletas saladas.

—Mi madre dice que tomes esto para el estómago.

Levanto la cabeza y mi mirada se cruza con la de la madre de Paolo. Quizá ella intuye el origen de mi supuesta enfermedad.

—Estás distinta —dice Luca, con una media sonrisa.

—Será el cansancio —digo, intentando sonar ligera.

—¿Qué tal te trata Paolo? Me ha dicho algo de unas fotos.

—Sí. Las redes. Los comentaristas.

No añado que mis compañeros en el hospital se encargan de enseñarme cada foto comprometida, cada comentario gracioso.

—Es un asco. Lo mejor es no verlo.

Luca mira a su novio y su hermano, que están sentados en una mesa con el portátil.

—Le haces bien, Marti, nunca lo había visto tan feliz.

La tarde avanza tranquila con alguna charla casual, alguna broma. Parece perfecto: risas, copas de vino y las últimas luces cayendo. Paolo está sentado a mi lado y me recuesto sobre él, tan cómoda al sentir su aroma.

Estoy a punto de cerrar los ojos cuando escucho su voz.

—Vamos, preciosa, estás agotada.

Me da un beso en la sien, despertándome con mimo. Abro los ojos y me doy cuenta de que nos están mirando sus padres. Tienen una expresión de emoción y alegría. Como si ver a su hijo cuidarme los hiciera felices.

Nos retiramos, entro en mi dormitorio y me estoy quitando el pantalón cuando escucho un golpe suave en la puerta.

—No pienso dormir en la habitación de al lado —dice Paolo, entrando sin esperar respuesta.

—Paolo… —empiezo, pero él ya ha cerrado la puerta.

—No hay peros.

Me pongo una camiseta para dormir y él se mete en la cama conmigo, envolviéndome con su cuerpo como si ese fuera su lugar natural. En sus brazos, la tensión y el miedo se disuelven.

Esta noche somos él y yo en nuestro oasis de calma.

◆ ◆ ◆

El fin de semana pasa como un borrón. Además, Paolo parece tener más energía que nunca. El domingo volvemos a casa temprano y nos despedimos con un beso en el coche.

Nada más empezar mi siguiente turno, las náuseas me obligan a salir corriendo al baño.

Paso la ronda de pacientes en urgencias, estoy más lenta que de costumbre, por suerte, siempre nos ayudamos.

Al final de la mañana, me digo que ya es hora de ser valiente.

Voy al baño, lleno el botecito y voy al laboratorio rápido de la planta.

Pongo la tira reactiva. Espero mirando como si fuera capaz de adelantar el proceso químico.

Nadie me mira, nadie pregunta.

Es habitual hacer pruebas de embarazo a los pacientes en el hospital.

Los quince minutos pasan. El resultado delante de mí parece gritarme.

Todo el ruido del hospital se apaga. Solo escucho mi respiración.

Hay una vida dentro de mí. Y una parte de mí, muy pequeña, sonríe.

La otra parte tiene miedo de que Paolo no esté preparado para querer algo tan frágil.

—Doctora, ya está. Es positivo.

La enfermera imprime el papel correspondiente con la fecha y la hora.

—¿Nombre del paciente?

El silencio le da la respuesta. Ella me mira, entendiendo, y me da un abrazo.

—Enhorabuena —dice muy bajito—. Llévese el papel. Si quiere la pasamos a ecografía en cuanto haya un hueco.

—No —contesto, siento una lágrima deslizarse—. No gracias.

—Si me necesita, termino en una hora.

Salgo dándole las gracias.

Me cambio sin pensar, como un autómata, y voy a casa.

La angustia me atenaza. Llevo quince minutos mirando la televisión sin ver nada.

—Ezio, ven. Te necesito.

He llamado a mi hermano. Es la única persona que puede ayudarme.

En una hora, entra en mi casa con sus propias llaves.

—Me has asustado —dice al encontrarme sentada en el sofá —. Pensé que había pasado algo grave.

Está pálido.

—Marti, ¿qué pasa?

Le doy el papel.

Lo lee varias veces, como si necesitara asegurarse.

—¿Estás…?

Ezio se mueve por el salón, respira profundo varias veces.

—¿Es de Paolo?

—Sí —musito.

Se sienta a mi lado y me estrecha entre sus brazos con fuerza. Escucho cómo dice mi nombre, besándome el cabello y apretándome más fuerte entre sus brazos.

Me siento como cuando era pequeña y me protegía cuando había tormenta, o cuando tenía una pelea con mis amigas en el colegio. Siempre hemos estado juntos. Basta una mirada para que sepamos cómo está el otro. Ahora, puedo sentir cómo parte de él también comparte esta angustia como suya.

Ezio me mira preocupado, no soy capaz de contener las lágrimas.

—Pues lo primero… es que no estás sola —dice.

Pone un dedo en mi barbilla y levanta mi cabeza.

—No llores. Es un bebé, Marti. Es un tesoro.

—Yo… no sé qué voy a hacer.

—¿Quieres este bebé? —pregunta con cuidado.

—Sí.

—Entonces el resto no importa, Marti.

Me limpio las lágrimas e intento calmarme.

—Voy a ser tío, Marti. Eso es algo grande.

Su sonrisa es tan sincera que me echo a reír.

—¿Y Paolo?

—No lo sabe.

—Tienes que decírselo.

—Aún no. No puedo. Esto va a cambiarlo todo.

—Hará que esté más feliz, Marti.

—No es el momento. No quiero que él…

—Va a estar bien, créeme —dice, mostrándose serio—. Paolo puede parecer un idiota, un chulo, hace todo ese papel de las fotos y le encanta. Pero sabes que él es mucho más.

—No quiero que le digas nada —insisto.

Ezio resopla. Sé que no está conforme, pero esta es mi decisión.

—Prométeme que no vas a decirle nada, Ezio.

Frunce el ceño, molesto, y al final asiente.

—Te lo prometo —dice y vuelve a abrazarme—. Pero, Marti, tienes que decírselo.

—Lo haré. Encontraré el momento.

Ezio se queda a dormir esa noche. Me prepara una tortilla para desayunar y yo apenas puedo retener un par de bocados. Me mira preocupado, se asegura de que tomo un zumo y se marcha al trabajo.

Antes de salir, me da un abrazo largo y me susurra al oído:

—Va a salir bien, Marti. Lo juro.

Asiento, sin confiar del todo en mis propias fuerzas.

Cuando cierro la puerta detrás de él, la casa queda en silencio.

No ese silencio frío de los días tristes, sino uno distinto, lleno de promesas.

Camino hasta la ventana. Acaricio mi vientre con la palma abierta. Apenas hay nada que ver, solo es un positivo en un papel.

Ahora no pienso en mi vida con Paolo, pienso en mí y en lo que puedo ser.

Temo su reacción, pero también me aferro a la idea de que este bebé le hará feliz, que entenderá que no es un obstáculo sino una vida nueva que empieza en medio del caos.

No quiero precipitarme. No quiero que darle esta noticia en medio de una discusión o una de sus semanas llenas de prensa, partidos y titulares.

Quiero que sea nuestra.

Solo nuestra.

Por primera vez en meses, no tengo miedo de estar sola.

Estoy cansada, sí. Pero también… en paz.

Tal vez esto sea lo que llaman madurar: aprender a sostenerte sin esperar que nadie te salve.

Cierro los ojos y recuerdo la primera vez que Paolo me miró con esa sonrisa de niño travieso.

Recuerdo su olor, su voz, la forma en que pronuncia mi nombre como si fuera un secreto. Y sé que lo amo, pero también sé que lo amaré de otro modo, distinto, más grande, porque ahora ya no soy su refugio, ahora tendré una pequeña vida en mis manos, una a la que estaré unida por siempre.

El sonido de un mensaje rompe el silencio.

"Te echo de menos."

Miro la pantalla durante un largo minuto, con una mezcla de esperanza y tristeza. No le respondo. Guardo el móvil en el bolsillo y

dejo que mis dedos se apoyen una vez más sobre mi vientre.

Hay un latido ahí dentro que aún no puedo oír, pero siento que está y no importa no saber qué pasará mañana.

15

PAOLO

El *míster* nos coloca en el once titular para el último ensayo antes del partido. El calor se mete por el cuello de la camiseta, pero las piernas responden ligeras.

Recibo el balón de Ezio en el medio y se lo devuelvo al primer toque. Ni una sonrisa, ni un gesto. Antes había un comentario, una palmada en el brazo, alguna mirada cómplice; hoy sigue corriendo, serio, como si no existiera.

Lo primero que pienso es que habrá dormido mal. Ezio, con sueño o con hambre, es igual a mal humor.

En el vestuario, Mateo es el primero en abrir la boca:

—Eh, Paolo, ¿quién es la rubia de las fotos?

—No empieces —respondo, quitándole el móvil de las manos.

—Solo pregunto —dice, sonriendo—. Se te veía bien acompañado.

Se suman más voces, todos riéndose y contando sus propias historias de chicas y fiestas. Algunos enseñan fotos en sus teléfonos, otros hacen imitaciones de entrevistas con titulares inventados: "Ferraro, el hombre que entrena de día y enamora de noche".

Él permanece en su esquina, quitándose las protecciones de las piernas con movimientos lentos.

—¿Qué pasa, Ezio? ¿De sequía?

—O no soy tan imbécil como para dejarme hacer fotos —dispara, sin apartar los ojos del suelo.

Las risas siguen; deciden ignorar su mal humor. Me quedo mirándole. No hace falta que diga nada: sé que el problema soy yo y todo el ruido de las redes. Martina es su hermana y él hace lo que ha hecho toda la vida: protegerla.

Al salir, los periodistas ya están en la puerta. Flashes, micrófonos, preguntas de manual:

—Paolo, ¿cómo te ves para el sábado?

—Listo para ayudar al equipo —contesto con mi sonrisa, aunque por dentro sea un revoltijo de nervios.

Monto en el coche y voy directo a casa.

A veces, el silencio después del entrenamiento es peor que la fatiga. El cuerpo sigue latiendo, caliente, y la cabeza se te queda vacía, como si no supiera qué hacer sin ruido ni movimiento.

Pienso en ella, en su piel, en sus besos. Estoy deseando pasar otra noche a su lado, despertar con su cuerpo entre mis brazos, tumbarme en el sofá y dejar que sus dedos se enreden en mi cabello, apagando el interruptor de mis pensamientos, los que no dejan de dar vueltas una y otra vez a los entrenamientos, los partidos, el futuro que me juego con cada balón que paso.

Sé que va a ser difícil. Hace un par de días que no hablo con ella y ya estoy nervioso. Martina no está acostumbrada a esta presión, a la publicidad ni la exposición en las redes.

Estoy tirado en el sofá, medio dormido, cuando suena el móvil. Es Enrico.

—Paolo —empieza Enrico, directo—. Tengo una oferta.

Me incorporo despacio, con el estómago encogido.

—¿De dónde?

—Un club de la Eredivisie. Es una liga rápida, técnica, menos física.

Enrico parece satisfecho, yo siento que se han llevado todo el aire de un golpe.

—Encaja con lo que buscas. Buen sueldo, titular asegurado. Seguirías compitiendo al máximo nivel, con un calendario menos cargado. Saben de tu historial y están dispuestos a trabajar contigo para que juegues cada semana —hace una pausa, sé que hay algo más—. Tienes que estar en dos semanas. El nuevo entrenador está metiendo prisa antes de terminar la temporada. Quiere jugadores como tú para guiar a los jóvenes en las competiciones europeas.

Hace una pausa, esperando que yo diga algo, pero continúa rápidamente:

—Económicamente no es una locura, pero hay bonus. Una ciudad tranquila, con el foco de las competiciones europeas. Es una buena oportunidad, Paolo.

Me pongo de pie y empiezo a caminar por el salón. Sabía que este momento iba a llegar, escuchar la propuesta lo hace real.

—No es una decisión fácil, pero si quieres continuidad, allí la tendrías.

—¿Y el *míster*? —pregunto, sé que Enrico ya habrá sondeado el terreno.

—El *míster* quiere que te quedes. El club… depende de cuánto pongan sobre la mesa.

Está todo dicho. Poco importa que este haya sido mi club durante años, que me haya dejado el cuerpo y la piel para volver a ser titular. El club es una empresa. Y yo, un número que sube o baja en una hoja de cálculo.

—Paolo, tienes este fin de semana para darme la respuesta. Confía en mí, es un buen contrato. Tal vez las próximas llamadas ya no sean de Europa.

Cuelgo sin prometer nada. Me quedo de pie, en medio del salón. Esta misma mañana estaba en el vestuario rodeado de mi equipo, mis compañeros, mis amigos, y ahora estoy a punto de dejar el club que ha sido mi casa.

Paso la tarde pensando en la oferta, lo que significa, lo que puede pasar si acepto. Hace unos meses todo era más fácil, cuando aún no estaba ella en mi vida. Bueno, en realidad siempre ha

estado, solo que yo aún era un cobarde y no me atrevía a decirle lo que siento por ella.

Aunque nunca se lo he dicho, he tenido las palabras en la punta de la lengua un montón de veces. Pero nunca he llegado a pronunciarlas.

Decir te amo sería admitir que mi corazón late por ella, para ella, que mi vida no me pertenece del todo, que se ha colado dentro y no he conseguido deshacerme de este sentimiento en todos estos años. Sería admitir que, si un día se va, me arrancará una parte de mí que no sé si podré recuperar.

A veces pienso que ella nunca ha sabido lo que realmente me hace temblar. No es el dolor en la rodilla, ni el miedo a fallar en el campo. Es la idea de quedarme sin su voz al otro lado del teléfono, sin su olor en mi almohada, sin su forma de mirarme como si todavía valiera la pena, incluso cuando yo mismo dudo de lo que soy.

La he amado en silencio. He guardado en mi cabeza cada sonrisa, mínima, tímida y contenida, siempre resguardándose del mundo. Ahora, por fin puedo tenerla a mi lado y esa forma de escucharme sin decir nada, de quedarse cerca cuando peor ha sido la tormenta, ha hecho que, si tenía alguna duda, haya desaparecido.

No se lo digo, porque si lo hago, si le digo que la amo, nada volverá a ser igual.

Ella tendrá que decidir si quiere estar a mi lado y yo no sé si estoy preparado para escuchar un no. Lo peor es que tampoco estoy preparado para ser el hombre que ella necesita, no sé si seré lo suficientemente fuerte para ella.

Me tumbo en el césped del jardín. La hierba está fresca, me gustaría pasar la noche aquí con ella, ver el cielo y sentirme como ahora, en casa.

Quizá eso sea lo más cerca que he estado nunca de la felicidad: un instante en el que el mundo calla y solo queda ella en mi cabeza.

Aunque sé que es mala idea, reviso el millón de notificaciones del móvil. Más fotos, memes, más noticias falsas. Y más comentarios hirientes:

"Está más pendiente de la doctora que del fútbol"

"Que la deje antes de arruinar su carrera"
"Vaya con la hermana, está para hacerla una buena jugada"
"La paga el club por cuidar a sus jugadores"

Saben quién es ella, saben dónde trabaja. Entiendo el enfado de Ezio.

Cierro la aplicación. No quiero que Martina vea esto.

Abro nuestro chat. El último mensaje suyo es de esta mañana. Un simple "OK". Ni un "cómo estás", ni un emoji.

Hace un mes, esas respuestas eran párrafos enteros y risas de madrugada. El pecho se me cierra como si una mano invisible estuviera apretando mis pulmones impidiéndome respirar.

"*Estás despierta?*"

Veo el doble *check*. No responde. Doy un golpe con la cabeza contra la hierba, murmuro alguna palabrota, cierro los ojos. Pasa más de media hora hasta que por fin escucho el móvil.

Cuando aparece en la pantalla, está recostada en la cama. lleva el pelo recogido y no puede ocultar las ojeras.

—¿Estabas durmiendo? —pregunto.

—No —dice, con voz baja—. Solo… cansada.

Respiro hondo. No quiero dejarlo para otro día. Tiene que ser la primera en saberlo. Aunque eso suponga poner otra piedra más en nuestro camino.

—Escucha, tengo que contarte algo. Enrico me ha traído una oferta.

—¿Oferta?

—Sí… de un club de la Eredivisie.

Silencio. Veo que aprieta los labios y aparta la vista hacia un punto fuera de cámara.

—¿Y? —dice al fin —¿Qué has contestado?

—No he decidido nada aún. Me iría ya, a mitad de temporada. Tengo que contestar el lunes.

Esperaba preguntas: de qué ciudad, qué condiciones, si me gusta la idea… cualquier cosa. Lo veo en sus ojos, está alejándose, corriendo en otra dirección. Entro en pánico.

—Martina, sé que es difícil, pensaba que… no sé, que tendríamos más tiempo.

Ella no dice nada y su silencio hace sentir una ola de frío por la espalda.

—Es una buena oportunidad.

—Lo que estabas esperando —dice con un tono de voz monótono, sin alegría.

—Sí, pero ahora… bueno, ahora estás tú. Todo es diferente.

—No, Paolo, no es diferente.

Su contestación me deja helado. Evita mirar a la cámara, como si no quisiera mirarme a los ojos. Sé que está molesta, que todo esto de las publicaciones la tiene enfadada, que he llegado a desordenar su vida.

—Es tu vida. No puedes dejar escapar las oportunidades. Has trabajado mucho para poder recuperarte.

—Todo eso no importa ahora —suelto, sin pensarlo, con el pánico corriendo por mis venas.

¿Por qué esta conversación está sonando a despedida?

—Paolo, tengo que dejarte. Se me cierran los ojos.

Antes de que pueda decir nada más, la pantalla se oscurece, queda mi reflejo mirándome desde el cristal, preguntándome si está

así porque no quiere que me vaya… o porque ya se ha ido ella.

◆ ◆ ◆

Entro en el gimnasio del equipo, casi he llegado el último. He pasado una noche horrible, con el teléfono en la mano, pensando si llamarla, si coger el coche e ir a su casa, si dejarla espacio.

—¿Todo bien? —pregunta Samuel cuando me siento en la máquina a su lado.

—Sí —respondo sin prestar atención.

—¿Martina?

Ezio levanta la cabeza al escuchar el nombre de su hermana.

—¿Has hablado con ella? —pregunta.

—Ayer me llegó una oferta.

Los chicos siguen sus ejercicios callados, están expectantes.

—¿Te vas? —dice Samuel.

—A ver qué dice el club —contesto, no me atrevo a decirles que me quedan unos días.

—Esto va a ser un coñazo el año que viene —suelta Mateo—. Ezio se marcha al Porta, tú también…

—Otros vendrán —dice Samuel—. Aunque os vamos a echar de menos.

—Pero seguiremos de fiesta juntos, ¿verdad, Ezio?

La cara de Ezio es un funeral.

Nos miramos. Hay algo más. Algo que está callando. Su tono no me gusta. Sabe lo que ha decidido Martina, es su melliza, seguro que ha hablado con él.

El partido llega. Soy titular. Gol. Buena prensa. Redes en ebullición. Rumores de traspaso.

Pero cada vez que compruebo el móvil, solo hay silencio.

En las notificaciones, casi no está su nombre: “Ok”, “Bien”, “Hablamos mañana”.

En las videollamadas de noche, sonríe poco, y cuando lo hace parece forzado. Cada conversación es un puente que se desmorona ladrillo a ladrillo con cada palabra y ella ya está demasiado lejos para oírme.

Ezio apenas me habla. Su guarda algo, y me da la sensación de que, si se lo pregunto, voy a escuchar lo que más temo.

En casa, me siento enjaulado.

Escribo:

"Y si este fin de semana nos escapamos al viñedo?"

"Descansamos, paseamos... nos viene bien"

Tarda en contestar. El doble *check* azul me hace esperar varios minutos que parecen horas.

Por fin llega su respuesta:

"Ve tú primero. Yo iré luego, cuando termine unas cosas"

La leo tres veces. El “unas cosas” me taladra la cabeza.

No me ha dicho si tiene guardia o si paso a recogerla cuando termine el turno. Sé que es una locura, pero siento los celos morderme la nuca. La imagen de Andrea, que trabaja en el hospital, quizá se están viendo, o quizá es otro compañero. Porque después de todo, su vida está muy lejos de la mía, casi no sé nada de sus amigos, de su trabajo. Yo apenas soy un capítulo pequeño, unos días, unas noches juntos.

"Vale, te espero allí"

Dejo el móvil boca abajo, cada pocos minutos lo giro por si hay otro mensaje. Nada.

◆ ◆ ◆

El sábado llego pronto a casa de mis padres. Carlos ya está esperándome, listo para trabajar. Seguimos adelante con la idea de nuestro propio negocio.

—¿Estás bien? —pregunta— Si quieres podemos verlo luego.

—No, tranquilo, estoy bien.

—¿Seguro?

Me dejo caer hacia atrás en la silla, no puedo seguir callando esto.

—Tengo una oferta. Fuera. Tres años.

Carlos adopta su posición profesional al instante.

—Es un equipo bueno, juega en las competiciones europeas, me aseguran ser titular.

—¿Te ves preparado?

—Sí. Me he recuperado bien. Además, es un juego menos intenso, con menos partidos, quieren que ayude a dar estabilidad a los jóvenes.

—No te veo convencido.

Me encojo de hombros.

—Es por ella —dice, observándome.

Asiento. Para qué negarlo.

—¿Cómo supiste que debías dejar todo por mi hermana?

Él sonríe.

Recuerdo el día que llegó al viñedo, con su camisa blanca, perfecta, su coche elegante. Y ahora es uno más de nosotros.

—Tuve un amigo muy insistente —sonríe al recordar—. Sergio, ¿lo recuerdas? Mi compañero en Bruselas. Fue quien me hizo verlo.

—¿Habías estado enamorado antes?

Es una pregunta muy íntima, pero él no parece molesto.

—Sí —contesta—. O al menos yo creía que sí.

Apoya las manos sobre la mesa y piensa, recordando:

—Cecilia fue la mujer antes de tu hermana. Era perfecta —me mira, como disculpándose—. Guapa, inteligente, lo pasábamos bien juntos. Todo lo que yo había querido de una mujer.

—¿Entonces?

—Que era mentira. Todo fue una mentira. Ella estaba enamorada de otro, se conocían desde niños, y yo… resultó que lo que quería de una mujer era otra cosa.

—Suena jodido.

Recuerdo su historia, ya hemos hablado alguna vez de cómo decidió cambiar de vida y mi hermana Luca también me ha contado su parte.

—Lo fue. Me dejó destrozado. —Su tono es ahora más bajo, más íntimo—. Y yo me empeñé en seguir, aunque ya no quería nada de lo que tenía. Más trabajo, más proyectos y más trabajo aún. Hasta que llegó Luca.

Una media sonrisa aparece en su cara.

—Estoy enamorado. Como un loco. Y al seguirla he encontrado lo que de verdad quería. Luca me lo ha dado todo.

Nos miramos en sin decir nada.

—Paolo, te he visto hecho polvo y he visto cómo te cuidaba… tú ni te dabas cuenta. He visto, también, cómo te levantabas gracias a ella. Hay pocas cosas que expliquen eso. Tienes que preguntarte qué es lo que sientes, ser sincero contigo mismo, sin miedo. Y dará igual si te vas o te quedas. Encontrarás la forma de estar con ella.

Me siento desarmado. Carlos ha peleado duro por tener a mi hermana, la ha aceptado como es.

—Aunque esté a miles de kilómetros —murmuro, como si lo dijera para mí mismo.

—Aunque estés a miles de kilómetros. Si la quieres, va a funcionar.

—Gracias —digo de repente—. Joder, me siento como un crío idiota con su primer amor.

—Recuerda: Yo me encargo de los números; tú, de los sueños.

Trabajamos, me enseña los planes de gastos, de crecimiento, las inversiones.

Sé que tres años fuera de casa van a ser difíciles, pero ese dinero va a construir mi vida aquí en Italia.

Una sensación familiar, cálida, me llena al pensarlo.

Después de la comida, salgo con mi padre a tomar el café al jardín. El momento ha llegado. Tengo que hablar con él.

—¿Cómo estás? —pregunta al fin.

—Tengo una oferta —suelto de golpe—. Me voy en dos semanas.

Asiente, con su taza de café en la mano y la mirada perdida en las tierras.

—¿Sabes qué pensé ayer? —dice—. Que el chico que jugaba con la pelota entre las viñas ya no era mío. Era de todos. De los periodistas, de los fans, del club.

—Papá, sabes cómo es esto.

—¿Cuántos años?

—Tres. Liga europea. Estaré cerca.

Asiente, y pone su mano sobre la mía. La piel está callosa por el trabajo. Aún es firme y sigue pareciéndome enorme.

—Aquí tienes tu casa. No lo olvides.

La presión en mi pecho aumenta y los ojos se me inundan.

—Tengo miedo —confieso.

—Por ella.

—Por todo. Creo que siempre he tenido miedo —añado—. De no estar a la altura. De no jugar bien. De no recuperarme. Miedo de defraudaros.

—Paolo, hijo, yo estoy orgulloso de ti.

—Lo he intentado todo, papá —continúo, el aprieta mi mano bajo la suya—. Sé que ves a Ezio, le ha fichado el Porta, y yo…

—No —me interrumpe con dureza—. No. No lo digas. Es mentira, Paolo. Nosotros no queremos que seas otra persona. Lo único que nos ha preocupado siempre es que seas feliz.

Aprieto la mandíbula mientras mi padre me mira fijamente. Hay fuerza, determinación, y hay amor. Puedo sentirlo.

—Has peleado duro. Donde otros dijeron que estabas acabado, tú viste solo un tropiezo. Has llegado tan lejos como has podido.

—Lo he intentado —repito, a punto de romperme en llanto como un chiquillo.

—No has perdido, Paolo. Has jugado el partido y tienes esta oportunidad. No siempre se juega la final del mundial. Lo sabes.

Miro al campo, frente a nosotros.

—No sé si podrá quererme así. Solo puedo ofrecerle esto.

—Le ofreces tu corazón, ¿te parece poco? Eres un hombre que se ha levantado y ha ganado una batalla. Ella lo ha visto. Es una mujer dura, inteligente y trabajadora, sabrá valorar tu esfuerzo.

Su forma de hablar de Martina me hace sonreír.

—Y creo que te sorprenderá —añade, con aire misterioso.

Mi madre llega con un plato con galletas pequeñas y otro café para mi padre. Nos sonríe, me revuelve el pelo, me da un beso en la frente:

—En unos meses estarás más feliz que nunca.

Mi padre y ella ríen, yo los miro sin comprender del todo.

No me da tiempo a hacer preguntas, salta una notificación al teléfono.

"Ya he llegado"

Me levanto y la busco con la mirada, anhelante.

Tengo que verla, tengo que tenerla entre mis brazos y decirle que por fin todo está en orden, porque ahora sé que no importa ganar partidos, lo que importa es por quién los juegas.

16

MARTINA

La luz de la tarde cae sobre el campo cuando aparco junto a la casa. Me quedo un instante dentro del coche, respirando hondo antes de bajar.

Paolo sale a recibirme, coge mi maleta y la sube corriendo al cuarto, cuando baja, ya estoy en el porche, sentada dejando que el sol me caliente el rostro. Sonríe, pero al instante frunce el ceño, como si intentara descifrar algo en mi cara.

—Estás preciosa.

Su madre aparece con una jarra de limonada y una bandeja de galletitas saladas.

—Que tomes eso en lugar de café es una ofensa para cualquier italiano, Martina —bromea.

Su madre no dice nada, sonríe y se marcha.

Se sienta y me recuesto sobre su pecho. Hablamos de cosas sencillas: de la viña, del tiempo, de la casa que quiere vender un vecino.

—Carlos la ha comprado —añade—. Dice que así él y Luca estarán cerca y tendrán algo suyo aquí. Mi hermana bromea, dice que está loco, la verdad es que se le nota lo enamorado que está.

Entramos a comer algo. Apenas mordisqueo un poco de pan y queso; Paolo me observa con gesto de preocupación, me acaricia la mano y luego sigue hablando de cualquier otra cosa.

Al caer la noche, el jardín se llena de los ruidos del campo; no hay silencio, sin embargo, es un murmullo diferente, uno que te atrapa y te calma. Paolo se sienta en el suelo, no mira al campo, me mira a mí, me abraza las rodillas y pone la barbilla en mis piernas. Me quedo mirando la línea de su mandíbula, su cuello, enredo mis dedos en su cabello y cierra los ojos. Antes, soñaba con que él me viera, ahora pienso si seguirá mirándome de la misma forma cuando lo sepa, cuando mi cuerpo cambie. Él aún no lo sabe, pero yo ya le quiero de una forma diferente, le quiero no por lo que es, por el hombre atractivo de los anuncios, el jugador que triunfa en el campo, el que tiene la sonrisa irresistible; le quiero por lo que será, por cómo sostendrá a nuestro hijo entre sus brazos.

Cuando levanta la vista, sus ojos están serenos.

—La oferta… empieza en dos semanas. Es a mitad de temporada. Si la acepto, me voy ya.

Siento un nudo en el estómago, tengo que obligarme a sonreír.

—Son solo tres años —añade—. Vendré a verte todo lo que pueda.

Sonrío y acaricio su mejilla. Me gustaría recordarle siempre así, con la promesa de los sueños cumplidos en la mirada.

—No tendré muchas oportunidades —dice, su voz teñida de inquietud—. Y lo que gane, voy a gastarlo aquí, en el negocio con Carlos. Vamos a tener algo nuestro.

Me pregunto qué pasará cuando ese "nuestro" incluya al bebé que espero. Su vida está a punto de cambiar, es su oportunidad, ha trabajado y sufrido por ella. No quiero que lo deje todo por mí. Pero tampoco puedo evitar pensar que no quiero tenerle lejos, que ahora lo necesito conmigo más que nunca.

—Dime algo, Martina… —su voz, un ruego en voz baja.

—No sabes lo que fue para mí verte en el campo todo este tiempo. Jugando. Sonriendo. Rodeado de toda esa gente. Yo… las envidiaba.

Las palabras salen despacio, como si en este momento hubieran decidido dejar de estar escondidas en el fonde de mi corazón. Él coge mi mano y deja un beso, parece una disculpa.

—Envidiaba a las chicas que estaban a tu lado. Las que salían contigo en las fotos. Las que te esperaban a la salida del estadio. Todas parecían perfectas. Bonitas. Seguras.

—Tú eras la única que me veía de verdad —dice, con un tono de voz entre el dolor y el amor.

—Sí, te veía.

Me guardo los reproches. Son absurdos e inútiles ahora. Éramos críos. Él jugaba a ser famoso.

Paolo me mira de forma diferente.

—Te quiero.

Sus palabras me golpean.

Estoy a punto de echarme a llorar.

No respondo. Me limito a mirarle, intentando que no vea todo lo que guardo.

—Quiero pasar la noche contigo —susurra besando de nuevo mi mano. Una suave corriente eléctrica me recorre.

No hay prisa, no hay urgencia como otras veces. En su cuarto, nos tumbamos sobre la cama como si tuviéramos todo el tiempo de mundo. Se toma su tiempo para besarme, para recorrer mi piel centímetro a centímetro.

Intento grabar en mi memoria cada caricia, cada gemido.

—Te voy a echar de menos —susurra.

Hacemos el amor lentamente, como si ambos supiéramos que vamos a necesitar volver este momento muchas otras noches.

No sabe que ya hay algo de nosotros que no podremos olvidar jamás. Algo que respira conmigo, que me mantiene unida a él.

Cuando se duerme junto a mí, acaricio su espalda y pienso en si alguna vez podré explicarle todo, si él se enfadará o entenderá

que no podía hace otra cosa, que solo quería dejarle vivir su sueño.

◆ ◆ ◆

Sofía entra en mi casa con una sonrisa enorme.

—No me regañes, es que me hacía ilusión.

Un peluche naranja asoma de una bolsa.

Nos fundimos en un abrazo.

—Vas a hacerme llorar.

—No, no, no —dice riendo—. Nada de lágrimas.

—Últimamente, no puedo contenerlas. No sé por qué.

Se echa a reír.

—Pues yo sí sé por qué —se sienta conmigo en la mesa de la cocina y pongo un café para ella y un poco de limonada para mí—. Creo que es culpa de que alguien no se puso el preservativo… y ya sabes… la semillita…

Le tiro la servilleta.

—No seas boba.

—Bueno, cuéntame. Cómo ha ido el fin de semana.

Suspiro.

—No se lo he dicho.

—Martina…

—Tiene una oferta de un club. Se marcha en una semana. Tres años de contrato.

Sofía echa azúcar en su café, pensativa.

—Sabes que esto no es algo que puedas ocultar.

—Pero puedo decidir cuándo se lo digo.

Niega con la cabeza, claramente en desacuerdo.

—Ezio me ha prometido que no dirá nada. Voy a esperar.

—Pero, ¿seguís juntos? ¿Has decidido si lo vas a tener con él?

—No. Lo tendré sola.

—¿Tu hermano sabe eso?

—Respetará mi decisión. Se enfadará, claro, pero no tendrá más remedio que aceptarlo.

Mueve la cucharilla del café con cara seria.

—Y Luca… ¿qué crees que dirá ella? Es su hermano.

—Luca me va a entender. Ella siempre ha sido la más independiente de todas nosotras.

—Esto es distinto. ¿No sientes nada, Marti?

—Supongo que siempre supe que esto terminaría. Lo nuestro solo fue posible mientras estaba lesionado. Algo así como si yo hubiera sido un premio de consolación.

—Eso es mentira. Paolo te quiere —lo defiende.

—Ahora tiene otras prioridades. Estos puede que sean los últimos años de su carrera. No merece dejarlos por mí.

—¿Ni por ese bebé?

Sus ojos me observan con una mezcla de tristeza y comprensión.

—Estás eligiendo por él.

—Es su momento. —Agarro la taza como si pudiera darme fuerza—. No voy a ponerle un peso más.

—Esto te va a romper por dentro.

—Ya me está rompiendo —susurro.

—Aunque no estoy de acuerdo —dice, alarga la mano y sujeta la mía—, estoy aquí. No vas a estar sola.

Pasamos la tarde entre charlas tontas, bromas sobre decorar la habitación de invitados para el bebé y sobre la bata nueva que tendré que comprar para el hospital.

Una parte de mí me dice que todo esto está mal. Que es Paolo quien debería estar a mi lado, cogerme la mano y ayudarme a

elegir el color de las paredes.

He tomado una decisión, no quiero retenerle a la fuerza.

◆ ◆ ◆

Paolo parece no notar nada. O quizá sí, pero prefiere callar. Está más atento conmigo que nunca: me espera fuera del hospital, me trae comida, me envía mensajes cada par de horas.

Una rutina de mensajes, llamadas y visitas inesperadas que me hace dudar de si he tomado la mejor decisión.

En el hospital, aún no lo he contado a mi supervisor ni a mis compañeros. Aun así, a veces creo que todos lo saben.

Pronto tendré que pedir cita para la ecografía, ni siquiera puedo pensar en ver al bebé por primera vez sin él.

Cenamos en su casa el miércoles. Pone música suave y se empeña en cocinar pasta. Yo aparto la copa de vino que me sirve.

—¿Quieres limonada? —pregunta, arqueando una ceja— Le he pedido a María que compre para ti. Y también esas galletas saladas que te pone mi madre. María se ha reído, dice que si tuviera un ovni frente a mí, creería que es una pelota de fútbol gigante.

No digo nada y pasa sus dedos sobre mi mano.

Hablamos de su futuro, de viajes, de ciudades en las que yo nunca he estado, siento que cada palabra nos aleja un poco más.

Está feliz. Me digo que es por el fútbol, no por dejarme. Una parte de mí no puede evitar sentir una punzada de dolor cuando sonríe hablando de su futuro equipo.

Cuando me abraza esa noche, escucho el latido de su corazón bajando el ritmo hasta que se duerme. Pienso en el otro latido que es cada vez más firme dentro de mí. En cómo será su rostro. Si será niño o niña.

—Eih…

Paolo está limpiando suavemente una lágrima traicionera que ha rodado por mi mejilla. No sé en qué momento se ha despertado.

En la quietud del cuarto, me acaricia hasta que caigo dormida.

◆ ◆ ◆

El domingo por la mañana, estamos en la sala privada del aeropuerto. Luca y Ezio están a mi lado, pero siento como si estuviéramos cada uno en una isla distinta. Paolo ríe con Carlos por algo que no escucho, sus ojos me buscan cada pocos segundos, como si midiera el tiempo que nos queda.

Sus padres no han venido; se despidieron anoche, y después dormimos juntos, abrazados como si quisiéramos memorizar el cuerpo del otro.

Ezio está serio, demasiado.

—Dentro de poco te toca a ti —dice Paolo.

—Te va a costar quitarme el balón la próxima vez que juguemos. No lo olvides: en el campo no hay amigos.

Paolo se despide de él. Ezio lo aprieta con fuerza, Paolo le dice algo que solo ellos escuchan y mi hermano asiente, emocionado.

Luca apenas le da dos besos.

—Estás a unas horas, no dramatices —bromea.

—Has prometido venir a verme —responde Paolo.

Ella sonríe de lado y le aprieta el brazo antes de apartarse.

Llega mi turno.

Paolo me clava la mirada, como si no supiera por dónde empezar. Esa chaqueta de cuero, el peinado descuidado, la sonrisa hecha para una foto… y, aun así, sé que está intentando mantenerse fuerte.

—Nos vemos pronto —dice.

Nos besamos y yo me aferro a su chaqueta.

—Claro.

Su abrazo me envuelve y por un instante pienso en decirlo. En susurrarle al oído que hay algo más que le espera aquí.

Un último beso, corto y torpe, como si ninguno quisiera separarse.

Atraviesa la entrada del control. Se gira una última vez, buscándome entre la gente, sonríe y se pierde por el pasillo, rumbo a un futuro donde yo no estoy.

Me quedo allí, inmóvil, y el brazo de mi hermano me rodea, me sujeta anclándome al mundo, creo que si Ezio no estuviera a mi lado no podría mantenerme firme.

El ruido de los altavoces anuncia otros destinos, otras salidas, el mundo sigue girando ajeno a mí.

Dentro de unos minutos, su avión despegará.

—Vamos, Marti, te llevo a casa —murmura Ezio.

Me protege contra su pecho mientras las lágrimas caen sin pedir permiso. Me digo que esto es lo que yo he elegido, lo que quiero, y siento una esperanza desconocida, porque dentro llevo un pequeño regalo que jamás soñé que podría tener.

17

PAOLO

El vuelo directo a Ámsterdam dura dos horas y cuarto; al aterrizar, el tiempo se siente distinto. Intento no pensar, aunque es imposible, y me subo la música de los auriculares de mi móvil. A través de la ventanilla veo las nubes abrirse sobre un paisaje gris y llano. Por un momento imagino que ella va a sorprenderme al llegar al aeropuerto. Es una tontería, lo sé, pero se me encoje el corazón al imaginarla conmigo.

En Schiphol, el aire es frío y húmedo. Bajo a la estación y tomo el tren directo a mi nueva ciudad: cuarenta y cinco minutos entre gente en completo silencio, móviles en la mano y bicicletas que parecen multiplicarse en cada estación. El chofer del club espera en el andén con un cartel y una sonrisa profesional.

El centro deportivo es una ciudad cristal y metal, moderno y limpio. El director deportivo me recibe, me presenta al entrenador y en la sala de prensa me pongo la camiseta para las fotos. El entrenador habla inglés con acento duro, pero al menos lo entiendo:

—*Wellcome, Paolo, you`ll be our plamaker*.[iii]

Asiento, la traductora repite lo mismo en italiano.

El médico del club me espera después. Revisión completa, especial atención a la rodilla. Todo bien.

Y ya está. Eso es todo hasta llegar a un apartamento impersonal que ha alquilado el equipo para mí.

Hace años, mi primer partido fuera de Italia fue un salto al vacío, ha habido un montón de vuelos y viajes desde entonces; a veces hemos perdido, a veces nos reciben como héroes al regresar.

Todo eso queda en mi pasado, en mi otra vida. Como dijo Enrico, lo importante es quién voy a ser a partir de ahora.

Por primera vez desde que viajo, el silencio de una habitación no es descanso: es soledad.

Las maletas ya están en el cuarto. Sobre mi cama, una bolsa deportiva y mi chándal.

Me lo pongo y hago un par de *selfies*. Después de tantos años, es raro vestir otros colores.

Aunque esta vez no comparto habitación con Ezio, lo primero que hago es colocar la ropa, como si él estuviera. Me río yo solo, si mi madre me viera se sentiría orgullosa de tener un hijo tan ordenado.

Cuando termino, voy a la pequeña cocina, al menos tengo frigorífico y todo lo necesario. Pienso al abrirlo que esta gente de verdad sabe hacer las cosas. Hay botellas de bebida isotónica, refrescos, verdura y fruta y hasta bandeja de lácteos y chocolates. ¡Chocolates!

Curioseo los armarios, hay vasos, platos blancos y lisos, alguna sartén, una cafetera eléctrica de esas modernas de cápsulas… Puedo vivir con total tranquilidad hasta que encuentre una casa.

Lo siguiente es el baño. Una ducha sencilla y funcional, muy alejada de mi *spa* privado en mi chalet, y una pared cubierta por un espejo enorme.

Aún llevo la nueva equipación. Tendré que acostumbrarme a verme en el espejo.

El dormitorio es funcional, como el resto, la cama grande, no hay televisión y las ventanas no tienen cortinas.

Ni falta que hace, fuera está todo negro y ni siquiera es de noche.

Como algo, más por obligación que por ganas, y estreno mi nueva cama con el teléfono en la mano.

Envío mensajes a mis padres, sé que a él no le gustará verme con esta camiseta, pero ponen un corazón sobre mi último *selfie*.

Dejo a Luca para más tarde. Tengo más de diez mensajes de ella.

Otros de Carlos. De Samuel y los chicos.

De Ezio, ninguno. Tampoco de Martina.

Esa noche no consigo hablar con ella. Imagino que está trabajando porque ni siquiera ve mis mensajes. La despedida en el aeropuerto me ha dejado vacío. Es la primera vez que he dicho a una mujer lo que siento, ¡es la primera vez que quiero a alguien, joder! Y no dejo de pensar que ella no dijo nada, que ha tenido mil oportunidades. Tengo miedo. Un miedo infantil y absurdo a que Martina no sienta lo mismo que yo.

No sé qué estoy haciendo, esto es un terreno de juego desconocido para mí.

Me duermo con un nudo en el estómago y el peso de la soledad aplastándome.

Al día siguiente empiezo mi nueva rutina. El vestuario es un mapa del mundo: suecos y daneses hablando rápido entre ellos, un par de argentinos que me saludan con abrazos, un lateral brasileño sonríe como si ya nos conociéramos. El capitán, un tipo serio, rubio y alto, será mi *mentor* para adaptarme.

En el campo, todo es diferente. Hacemos todo en inglés. Mediodía, comida en las instalaciones, plato medido al gramo. Tarde, gimnasio y fisioterapia, sin excusas.

Echo de menos las bromas de Ezio en el vestuario, el olor del café fuerte que es una presencia continua, el ruido del italiano llenando el aire.

Aquí todo es preciso y hablan en voz baja. Salvo los latinos, que tienen su propio rincón ruidoso.

En el descanso en el almuerzo echo un vistazo al móvil. Un centenar de mensajes, etiquetas, fotos. Comentarios que no quiero leer, pero leo:

"Él se ha marchado solo"
"Está tremenda la doctora. Y está libre"

Pongo el teléfono en la mesa. No sé si ella ve los mensajes o los ignora. Yo no puedo decir nada. Los clubs odian las polémicas y un paso en falso aquí no se perdona.

Llamo a mi madre. Al menos una voz conocida. Envío un par de mensajes a Martina. Aún no ha contestado a los mensajes de ayer.

—Quince minutos: gimnasio —dice el capitán—. Al entrenador no le gusta que nos retrasemos.

Se ha sentado a mi lado y me observa con sus ojos claros, helados.

—Esto es diferente. Aquí vas a jugar. Tenemos un sitio para ti.

Asiento.

—Esos chavales —señala con la cabeza a los suecos—, no han jugado fuera. Vas a ser su sombra en las concentraciones.

—De acuerdo.

—Y en el campo —continua—, con tu experiencia, sabrás mantenerlos fríos, centrados.

Mira el reloj y se levanta y yo voy tras él. Esperan que sea un profesional y no voy a fallar.

La llamo por la noche, con las piernas cansadas y un dolor de cabeza que aprieta mis sienes. He pasado todo el día en tensión, atento a todo lo que sucede a mi alrededor, aprendiendo cómo ser uno más en el vestuario. Estoy agotado, tumbado en la cama y por fin veo su rostro.

—¿Cómo estás?

—Bien, cansada —da un bostezo disimulado.

—¿Has doblado turno?

—No he dormido bien, solo eso. ¿Y tú?

—Hoy entrenamos presión alta. Es otro ritmo…

—Ajá.

Su voz se siente lejana. No me pregunta por los compañeros ni por mi rodilla. La conversación se llena de frases vacías sobre el clima, la comida y el idioma.

Con cada palabra, me voy hundiendo un poco más. Cuelgo con la sensación de que ya la he perdido.

Entonces, recuerdo la conversación con Carlos.

"Aunque estés a miles de kilómetros. Si la quieres, va a funcionar."

Solo que no estoy a miles de kilómetros, estoy en otro universo, aunque con un avión pueda llegar en un par de horas a verla.

Los días siguientes empiezo a convivir con mis nuevos compañeros. Los jóvenes hacen piña en el vestuario, observo al capitán, cómo nos habla el entrenador; la amabilidad aquí es fría. Nunca hay enfados.

Cuando tengo alguna tarde libre, doy una vuelta con algún compañero por la ciudad. La gente es tranquila, el tráfico es ordenado y educado. Bromeo con mi compañero brasileño sobre los semáforos. No hay ruido de pitidos ni frenadas.

Me acuesto pronto, me levanto temprano.

El fútbol lo ocupa todo. Es lo único que tengo. Pero ya no es suficiente. Juego bien, entreno duro, soy responsable y los compañeros y el entrenador empiezan a confiar en mí, a escucharme. Sin embargo, no siento nada de esto como una victoria.

Otra ciudad, otra casa y no sé ni quién soy ahora.

Los mensajes con Martina se espacian cada vez más y nos saltamos algunas llamadas.

En la ducha, por la mañana, con el cuerpo en tensión después de soñar con ella, es difícil no echarla de menos.

Una y otra vez doy vueltas a lo mismo: no lo dijo. Mi "te quiero" fue una confesión solitaria.

El reloj marca las once y media. No tengo sueño.

La habitación está en penumbra, en el techo se reflejan las luces de algún coche que pasa por la calle.

Muevo el vaso con agua entre las manos, sin probarlo.

Desde que llegué, no recuerdo haber pasado una noche sin pensar en ella. Hay momentos en los que intento convencerme de que esto es lo correcto, que vine aquí para jugar, que esta es mi oportunidad, pero luego la imagino dormida a mi lado y todo se derrumba.

Y me enfado.

Me enfado porque no debería necesitarla de esta forma. Porque le dije que la quería y ella no dijo nada. No la culpo.

Yo mismo he hecho de mi vida un campo de fútbol donde solo hay reglas, horarios, viajes y distancia y ahora que la tengo tan lejos, me doy cuenta de estoy deseando volver a casa.

Me pregunto si piensa en mí cuando sale del hospital, me pregunto si me quiere o si ya empezó a olvidarme.

El teléfono vibra en la mesa.

Ningún mensaje de ella. Solo una notificación estúpida del club con el calendario de la semana.

Suspiro y marco el número de Ezio.

Tarda en contestar.

—¿Paolo? —su voz suena ronca, medio dormida.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—¿Qué pasa?

Me quedo en silencio unos segundos. No sé por dónde empezar.

—No lo sé, Ezio. Estoy… hecho mierda, tío.

—Ya —responde despacio.

Solo eso.

—Aquí todo es perfecto, ¿sabes? El club, los entrenos, las instalaciones… Pero no siento nada.

Silencio al otro lado.

—Ni siquiera me sale celebrar nada. La gente se alegra, sonríe, y yo… solo quiero volver atrás.

—Paolo —dice por fin, con voz baja.

—¿Qué?

—Háblale.

—¿Y decirle qué? ¿Que me paso las noches pensando en ella como un imbécil? ¿Que me despierto con su nombre en la boca?

—Sí. Eso —responde.

Me quedo callado.

Ezio nunca ha sido precisamente callado. Antes sospechaba que todo se estaba derrumbando, ahora, con los silencios de él, no me queda ni una duda.

—Paolo, tienes que hablar con ella.

—No quiero presionarla —respondo—. Sé que su vida no gira alrededor de mí.

—Tal vez es justo lo que necesita, saber que la quieres allí contigo.

—Martina no va a dejar todo por mí. No le gusta esta vida, Ezio. Si la presiono, sencillamente me va a borrar de su vida.

Escucho como suspira, me imagino que habrá hablado con ella, que calla todo lo que sabe. Quizá Martina ya está viendo a otro compañero en el trabajo, quizá ha pasado página. Él es mi mejor amigo, pero ella es su hermana, no va a traicionar su confianza.

—Habla con ella, Paolo —repite una vez más.

Me paso la mano por la frente, estoy cansado, pero sé que no voy a conseguir dormir.

—A veces pienso que no sirvo para nada, que solo sé correr detrás de una pelota.

—Paolo —dice, casi con ternura—, esta vez corre detrás de ella.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Gracias —digo al fin.

—No me lo agradezcas. Hazlo. Llámala.

Cuelga antes de que pueda responder y me quedo tumbado intentando algo tan sencillo como no pensar. Es imposible.

La pantalla del móvil brilla en la oscuridad. Las 00:17.

Me digo que no va a contestar, que estará dormida o que ha decidido no hacerlo.

Estoy tumbado en la cama mirando el teléfono y mi pulgar pasa por la pantalla hasta pulsar la llamada.

Entonces, la notificación aparece.

Su nombre.

"Guardia. Hablamos luego."

Tres palabras.

Nada más.

El tipo de mensaje que podría enviar a cualquiera.

El silencio vuelve a ocupar la habitación.

Dejo el móvil en la mesilla, pero enseguida lo cojo otra vez, como si pudiera cambiar su respuesta solo con desearlo lo suficiente.

Leo su mensaje una vez más.

Me cuesta admitirlo, pero me siento completamente solo.

Cierro los ojos y, por un instante, deseo estar en Italia, entrar en el hospital y verla cruzar el pasillo, o simplemente sentarme a esperarla a la salida, como antes.

Sé que no puedo.

Respiro hondo, intento convencerme de que no pasa nada, de que está trabajando, que de verdad hablará más tarde.

Pero el cuerpo me traiciona: siento el pecho vacío, como si el aire se hubiera ido con ella.

Vuelvo a mirar el móvil.

Nada.

Apago la luz.

Pero el sueño no llega. Tengo la certeza amarga de que "luego" puede no llegar nunca.

◆ ◆ ◆

El frío se cuela por el cuello del chándal mientras estiro en la banda. El capitán grita algo en sueco a los laterales y el entrenador asiente, satisfecho con la presión. Yo corro hacia mi posición, recupero el balón y lo suelto de primeras.

A mitad de ejercicio, el segundo entrenador me hace una seña y me tiende su móvil.

—Es de Italia —dice.

Al otro lado, la voz del coordinador de la FIGC es directa:

—Paolo, estás convocado para la doble contra Inglaterra. Lunes a las 10:00 en Coverciano.

Asiento aunque él no pueda verme. Cuelgo con un nudo en el estómago que es mitad orgullo, mitad nervios.

En el vestuario, los chicos me preguntan por qué sonrío.

—Voy con mi selección.

Hay gritos y felicitaciones. Todos sabemos cuánto significa jugar en casa.

Por la tarde, el club da luz verde para que viaje al día siguiente. Estoy nervioso. Tengo ganas verlos, de abrazar a mi madre, de pelear con Luca.

Le envío un mensaje a Martina.

"Convocado con la selección. Llego mañana a Florencia"

La respuesta llega después de unos minutos:

"Enhorabuena"

Una sola palabra. Me quedo mirando la pantalla esperando que ponga algo más o que llame.

Me froto el rostro con las manos, tratando de calmarme.

Al final, dejo el teléfono en la mesita. Mañana empieza la concentración. Yo debería estar celebrando… pero solo puedo pensar en lo lejos que estoy de ella.

Vuelo directo Ámsterdam–Florencia. Miro por la ventanilla, auriculares puestos. Italia. Otra vez.

Aterrizo y el olor a mi tierra, a la Toscana en otoño, se me mete dentro. En Coverciano, los fisios me reciben para la revisión médica y el reparto de ropa. El seleccionador me da una palmada en el hombro:

—Bienvenido de nuevo, Ferraro.

En la habitación, dejo la maleta a un lado.

La puerta se abre y aparece Ezio con su maleta.

Me lanzo a él como un náufrago rescatado. Siento sus brazos fuertes rodearme, se me empañan los ojos y él dice alguna tontería

cuando por fin nos separamos.

Hace un millón de preguntas sobre mi nuevo equipo. Le cuento sobre la soledad, el vestuario con mil idiomas, el capitán que parece una máquina. A él le queda poco para marcharse al Porta.

Cuando pregunto por Martina su expresión cambia de golpe, no sonríe, evita mirarme.

—¿Qué he hecho mal? —le pregunto—. Tenía que aceptar el contrato. Tú lo sabes, Ezio. No voy a tener más oportunidades. Y el dinero que gane ahora, nos puede asegurar el futuro.

El sigue en su terco silencio.

—Si es que hay futuro —continúo—. Cada día la siento más lejos.

De repente, Ezio me pone la mano sobre el hombro y me mira solemne:

—Llámala. Tienes que hablar con ella.

Su tono de voz parece una advertencia.

◆ ◆ ◆

El primer día en Coverciano el olor a césped recién cortado y a café fuerte en los pasillos es un paraíso para mí. A las ocho ya estamos en el campo, repartidos en grupos para el calentamiento.

Ezio calienta en la misma fila que yo, sin mirarme n una sola vez aunque nos toca juntos. Él controla, gira, me la pasa con un toque seco. Yo la devuelvo al instante, esperando un gesto, una broma, un «*así me gusta*».

Está instalado en un terco mutismo desde esta mañana. Ha mirado el móvil y no ha vuelto a dirigirme la palabra.

En los ejercicios tácticos, el *míster* nos exige transiciones rápidas. Yo recibo y distribuyo, marco el ritmo. Ezio está impecable: bien posicionado, siempre en la línea de pase… conmigo, cero.

Entre sesión y sesión, en la sala de vídeo, las sillas crujen mientras el analista pausa imágenes de Inglaterra y explica cómo atacarles las bandas. Yo tomo notas, fingiendo atención, pero estoy pendiente de él. Su cara es una máscara.

En la segunda sesión del día, durante el partidillo, me marca fuerte, más de lo necesario. Un empujón al disputar un balón dividido me saca del equilibrio.

—Tranquilo —le digo en voz baja.

—Juega —responde sin mirarme.

Al final, nos sentamos a estirar en la hierba. El resto charla, comenta la jornada. Mientras él se mueve con calma, concentrado en sus pensamientos.

Ese silencio suyo no es concentración. Es algo más. Algo que guarda y que, por la forma en que evita mis ojos, sé que tiene que ver conmigo.

◆ ◆ ◆

En el vestuario hay nervios. La charla del entrenador ha sido breve y clara. Va a ser un partido duro y físico. Todos asienten, menos Ezio, que no deja de mirar la punta de sus botas.

Cuando nos quedamos ajustando espinilleras y cordones, no aguanto más.

—¿Vas a seguir así mucho tiempo? —le suelto.

—¿Cómo?

—Como si hubiera hecho algo malo. No he dejado yo a tu hermana, Ezio.

Ezio levanta la cabeza, cabreado.

—Nunca te enteras de nada —responde, con rabia contenida —. Así es más fácil para ti, ¿verdad?

—¿Qué coño significa eso? —mi voz se endurece.

—No es justo, Ezio. Tú no sabes cómo ha sido. Sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—¿Y ella? —replica, dando un paso hacia mí—. ¿Sabes lo que le está costando a ella?

Jamás me había mirado con tanta rabia, como si me odiara.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —suelto, bajando un poco la voz.

—Claro que no —dice, con una sonrisa amarga—. Solo te preocupas de ti mismo. Es el puto resumen de tu vida, Paolo.

—¿Qué te pasa? —le grito.

—¡Que eres un imbécil, eso me pasa! —responde—. Ha sido ella la que ha decidido por los dos. Tú sigues comportándote como el niño mimado de siempre.

—¿Qué decisión? —pregunto, sin entender de dónde le viene todo este resentimiento de golpe, por qué me está hablando de esta forma.

Ezio baja la cabeza, se aprieta el puente de la nariz con los dedos, furioso.

—No puedo creer que todavía no lo sepas.

Ezio me mira con ese brillo que saca cuando está a punto de perder los nervios.

—Para ti, siempre hay algo más importante que ella, ¿verdad? El fútbol, la prensa, el contrato. Eres un puto egoísta.

Doy un paso hacia él.

—No te atrevas a hablarme así.

—Alguien tiene que hacerlo —responde, firme, sin moverse ni un centímetro.

El ruido de las conversaciones de los demás ha decaído sin que nos demos cuenta.

Ahora todos nos observan con más o menos disimulo.

La puerta se abre y entra el míster, ceño fruncido.

—Ferraro, Veraldi, ¿qué coño pasa aquí?

Nos quedamos en silencio, con los puños cerrados.

—En diez minutos salís a jugar.

Ninguno contesta. Él nos mira de arriba abajo.

—Os quiero centrados. Esto es la selección, no un maldito drama personal. Hay chavales aquí que os miran como ejemplo y ahora mismo no lo sois.

Me mantengo firme, Ezio asiente.

Salimos al túnel, el murmullo de setenta mil personas se filtra desde las gradas. La música empieza a sonar por los altavoces. Los fotógrafos están listos, los árbitros charlan con los capitanes.

Ezio se coloca a mi lado. No me mira, pero habla por lo bajo, con la voz tensa.

—No sé para qué coño has venido. No nos haces falta.

—¿Qué has dicho?

—No nos haces falta —repite, levantando más la voz.

—¡Vete a la mierda! —le grito y le doy un empujón.

El capitán aparece al momento y se pone entre nosotros. Los demás nos miran sin entender qué está pasando.

El rostro de Ezio es una mezcla de odio y frustración, como si estuviera a punto de perder el control. Me sujeta por la camiseta y grita en mi cara:

—¡Vas a ser padre, idiota!

El ruido del estadio se apaga en mi cabeza. Escucho el eco de esas palabras golpeando mi pecho. Quiero girarme, agarrarle, exigirle que lo repita.

El árbitro da la orden, los focos nos ciegan y el mundo vuelve a rugir, empujándome al campo.

El pitido inicial me pilla con la frase de Ezio martilleando en la cabeza. «Vas a ser padre». Solo hay una forma de entender esa frase.

En los primeros minutos, mis pases son un desastre. El primer tiempo se me escurre entre errores y carreras sin sentido. En el descanso, apenas oigo las indicaciones. Mi cabeza está en otro sitio, el entrenador, enfadado, grita que me centre de una vez.

El segundo tiempo arranca y algo cambia. Una presión alta, robo de balón, Ezio la pasa con fuerza, como si me lanzara un desafío, y yo la pongo al hueco para el delantero. Gol. El estadio ruge.

Diez minutos después, la jugada se repite al revés. Ezio me ve entrar en el área y sirve un pase medido. Un toque y la pelota besa la red.

No pienso. Salgo disparado hacia la grada. Entre los gritos, localizo su pelo, su sonrisa, su expresión sorprendida. Martina. Subo los escalones de dos en dos, esquivo a un guardia y la tengo entre mis brazos.

La beso. Lento, largo, como si no hubiera cámaras, ni gente, ni partido. Como si solo fuéramos ella y yo en el universo.

El estadio estalla. El rugido de las voces me golpea como una onda expansiva. Cuando bajo, con la sonrisa aún en la cara, el árbitro espera, amarilla en la mano.

—Conducta antirreglamentaria —suelta, sin pestañear.

No me importa. No me importa nada.

En el vestuario, la victoria y el cansancio, se mezclan. Las botellas de agua vuelan de mano en mano. Las toallas se usan de arma. Los chicos cantan, las cámaras se cuelan para capturar sonrisas y abrazos.

Ezio y yo estamos en un rincón, secándonos el pelo, cuando el seleccionador aparece en la puerta. Su gesto lo dice todo.

—Ferraro, Veraldi. Fuera.

No podemos engañar a nadie. Llevamos una estúpida sonrisa en la cara. Hemos ganado. Caminamos tras él hasta un cuarto técnico.

—¿Queréis explicarme qué está pasando? —empieza, mirándonos con dureza.

Nos quedamos callados.

—Todos los días es algo con vosotros dos. Esta vez habéis cambiado las juergas nocturnas por las peleas en el vestuario.

Se detiene en cada uno de nosotros, las manos en la cadera, expresión entre frustrada y enfadada.

—Esto es la selección. Los problemas personales, fuera del campo.

Sus ojos se clavan en mí.

—Y tú, Ferraro, ¿en qué estabas pensando? ¿Te parece el ejemplo que quieres dar a los más jóvenes?

Aprieto la toalla entre las manos. Ezio mira al suelo.

—Te estoy hablando, Paolo. ¿En qué estabas pensando? Y deja de sonreír.

Simplemente lo digo.

—Voy a ser padre.

El seleccionador parpadea, como si no hubiera entendido bien. Ezio levanta la vista por primera vez en todo el día y dice:

—Lo acaba de saber.

Nos observa durante unos segundos. Suspira, se pasa la mano por la cara.

—Pues más te vale empezar a pensar con la cabeza —dice.

Luego se gira, toma una carpeta del escritorio y la abre, sin darnos tiempo a movernos.

—Estáis avisados. Esa amarilla por conducta antideportiva te condiciona. Si ves otra en Londres, te pierdes el resto de la convocatoria.

Me trago el nudo en la garganta.

—No hay margen para errores. Esto no es solo tu vida personal, Ferraro. Es Italia.

Ezio, también serio ahora, sigue sin apartar la vista del suelo.

—Podéis iros. Y salid juntos.

Ezio sale, el paso apresurado, el gesto serio.

—¡Ferraro!

Me doy la vuelta, temiendo lo que va a añadir.

—Enhorabuena —me estrecha la mano con fuerza, y respiro más tranquilo—. Ve a celebrarlo. Con cabeza.

Ezio está esperando en el pasillo. Se cuelga de mi hombro y empieza a celebrar la victoria.

18

MARTINA

Las familias nos reunimos en un salón para celebrar la victoria. Hay música, comida y una barra con bebidas. Las copas se levantan para los brindis y me rodean caras de felicidad. Algunos de los jugadores ya han llegado, aún no vemos a Ezio ni a Paolo.

Estoy nerviosa. Hay muchas miradas cómplices, otras no se muestran tan felices. Las consecuencias del beso son importantes para el equipo. Luca está charlando con uno de los periodistas, Carlos con los padres de Paolo.

—Tengo que contaros algo.

Su madre sonríe con complicidad.

—Algo he notado —dice, sencillamente.

—¡Doctora! —uno de los jugadores me interrumpe—. Perdona, eres la hermana de Ezio, ¿verdad?

Otro de ellos mira a nuestro alrededor, como si buscara a alguien.

—Ven con nosotros.

Al ver mi cara de confusión, el otro añade:

—Es una sorpresa. Vamos, antes de que baje el *míster*.

Parecemos unos críos colándonos en una fiesta sin permiso. Esquivamos a la gente, salimos por una puerta lateral y llegamos a un hall amplio custodiado por los miembros de seguridad. Por suerte, están atentos a que no se cuele ningún periodista.

Subimos en el ascensor. Están nerviosos, no paran de mover los pies, y cuando se detiene en la planta, sacan la cabeza para comprobar el pasillo.

Vamos de prisa hasta que nos detenemos en una puerta. Golpea con el nudillo un par de veces y aparece la cara de mi hermano.

—¡Ezio!

—Shhhh —mira a los lados del pasillo—. ¡Entra!

Me da un abrazo, cuando voy a empezar a preguntarle qué estoy haciendo aquí, escucho otro golpecito en la puerta.

—Tú no te muevas —dice, y sale por la puerta.

Dejo mi bolso sobre una de las camas. Reconozco el reloj de Paolo sobre la mesita. Siempre comparten habitación, mi hermano me ha contado mil anécdotas de sus viajes.

La puerta se abre. Paolo entra y se detiene para mirarme. Lleva el pelo mojado, la sudadera abierta y está más sexy que nunca con esa sonrisa de victoria en la cara.

Si alguien pudiera inmortalizarle con una cámara en este momento, esa foto vendería millones de coches de lujo.

En dos pasos, está junto a mí y me levanta en el aire como si yo no pesara nada.

—¡Lo has visto! —dice emocionado—. Gol y asistencia.

Es como un chiquillo feliz y da vueltas conmigo por el cuarto, sin soltarme, haciéndome reír.

—Aún me pitan los oídos por la grada gritando.

Repentinamente, me deja en el suelo con cuidado. Sus ojos aún incendiados de felicidad.

—¿Lo has sentido? El beso. ¡El estadio casi se derrumba del ruido!

Su energía llena la habitación.

—¿Puedo besarte otra vez? —pregunta, con la voz más ronca

Voy a responder que sí, que claro que puede, que quiero que me bese, me pongo de puntillas y mis labios tocan los suyos.

Me sujeta entre sus brazos hasta dejarme sin aliento y cuando se detiene para mirarme, estoy a punto de decirle que he sido una tonta, que he intentado alejarme de él, pero es imposible, que ya nada nos podrá separar.

Vuelve a besarme, todo su cuerpo vibra, cargado aún por la emoción del partido y de la victoria. Con prisa, me quita la ropa y caemos en una de las camas.

—Te he echado tanto de menos —murmura, mordisqueando ese punto del cuello bajo mi oreja que hace que me retuerza entre sus brazos.

—No voy a aguantar ni un segundo, Martina. Voy a cien —dice, sus ojos colgados de los míos.

—Tenemos toda la noche —digo, bajando mi mano por su espalda.

Noto como se controla, como alarga el momento, cuidándome, besándome.

Terminamos siendo solo dos cuerpos sudorosos abrazados, con el corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que puede escucharse desde el pasillo del hotel.

Tiene los ojos entrecerrados y me mira de forma diferente, mientras traza formas con la punta de los dedos por mi hombro.

—Ezio me lo ha dicho —añade, más serio—. Que voy a ser padre.

Por un instante, no sé qué decir.

—Lo siento, yo… tú tenías que irte. No quería que perdieras tu oportunidad.

Se incorpora y se sienta en el colchón, apoyado en el cabecero y la felicidad en su cara da paso al enfado.

—¿Mi oportunidad? —dice, con la voz rota—. ¿Tú crees que hay algo más importante que esto?

—Es tu carrera. Has luchado para esto. Yo te he visto.

Cierra los ojos y golpea con la cabeza hacia atrás.

—¡Maldita sea, Martina! ¡Mi carrera me importa una mierda!

—No digas eso —me siento a su lado y añado—: No vas a dejarlo todo por mí.

—¿Y entonces? Me marcho y ya está. Esa es tu solución —Sus ojos dolidos me buscan—. Me dejas.

—Puedo tener este niño sola. Miles de mujeres lo hacen.

—¡No estás sola, Martina! ¡No estás sola! —levanta la voz.

Se levanta y se mueve por la habitación.

—¿No crees que yo sea capaz de ser padre? ¿Es eso?

—Claro que no. Claro que eres capaz.

—Pues déjame serlo.

Viene a mi lado, se pone de rodillas en la cama y sujeta mis manos entre las suyas.

—No me eches de tu lado, Martina.

—No tienes que quedarte conmigo, Paolo. Esto ha sido precioso, pero tienes que continuar con tu vida. No voy a obligarte a quedarte conmigo por este niño.

—¿Tú me quieres? —pregunta de golpe.

No sé cuándo he empezado a llorar.

—Estoy donde quiero estar, a tu lado, y si hace falta, ahora mismo saldré y pediré que rescindan mi contrato. No volveré a irme. Voy a estar aquí, contigo —hace una pequeña pausa y lleva su mano hacia mi cintura, el lugar donde late otro corazón—. A vuestro lado.

Nos acurrucamos en la cama, deja besos sobre mi estómago, bajo mi ombligo, me mira maravillado.

—Te quiero —susurro.

Él roza con sus labios mi estómago antes de subir a mi boca.

—Te quiero —dice, robándome el aliento de nuevo.

Pasamos buena parte de la noche despiertos, le acaricio el cabello mientras habla de su nuevo equipo, del frío.

—No sabes lo que es llegar a un sitio nuevo y que no haya nadie que te conozca de verdad. Entrenar, comer, dormir… y otra vez.

—¿Te sientes solo? —pregunto.

—Como nunca. Y pensaba que… bueno, tú cada día me hablabas menos y yo… pensaba que te estaba perdiendo, y no podía hacer nada, no podía venir y arreglar lo que fuera que estaba mal.

—Lo siento —digo con un hilo de voz—. Odio que estés tan lejos —admito, decidida a explicarle cómo me siento—. Siempre has estado ahí, a mil millones de kilómetros, los partidos, la gente rodeándote, el club…

Paolo niega despacio.

—Estoy aquí, Martina. El fútbol es una parte de lo que soy y siempre he sabido que terminará. Un día dejaré de jugar y todo eso será un sueño. Esto —me acaricia de nuevo mi barriga que empieza a notarse—, esto es para siempre. Tú eres para siempre.

—¿Qué vamos a hacer?

—Dormir —dice y ríe bajito sobre mi cuello—. Vamos a dormir o mañana no podré ni pensar. El resto, vendrá solo.

Estoy dándome una ducha; hemos madrugado. Paolo tiene que marcharse y yo tengo que salir de aquí sin que me vea nadie.

Escucho un golpe seco en la puerta del cuarto. Paolo asoma la cabeza por el cuarto de baño.

—No salgas.

Otro golpe.

—¡Ferraro!

Una voz profunda que podría ordenar la carga de las legiones.

—¡Abra la puerta!

Paolo abre y escucho las voces en el pasillo.

—Ferraro. ¿Hay alguna razón para que no estés en el desayuno?

Risas.

—¿Crees que estás de vacaciones?

—No, señor.

—El personal del hotel habla. Si se entera la prensa, vas a estar en la calle tan rápido que no te dará tiempo ni a coger las botas.

Silencio.

—O te centras, o te dejo en el banquillo.

—Míster…

—Ezio y tú estáis sancionados. A partir de hoy, todos tenéis prohibidas las visitas.

Murmullos.

—Tienes quince minutos. Y por Dios, que no salga y la vean todos.

Cierra la puerta. Sigo en el baño, ahora envuelta en la toalla.

—¿Ya se han ido?

—Sí —dice cuando entra—. Tenemos quince minutos.

Esa media sonrisa que siempre me detiene el corazón.

—Ven, quiero memorizarte entera—responde e intenta tirar de mi toalla.

—¡Paolo! —le doy un manotazo.

Hace un puchero juguetón.

—Está bien. Seré bueno —dice.

Me visto y cuando salgo,él ya tiene todo listo en el cuarto.

—Vuelo a Wembley. Lo has escuchado, va a estar con mil ojos sobre mí. No sé si podré llamarte hasta la noche. Llego a Schiphol al día siguiente del partido. En cuanto esté en mi casa, hablamos.

—No te preocupes si…

Pone un dedo sobre mis labios.

—Martina. Te llamo. Y tú contestas. Si no puedes, me envías mensaje. Vamos a hablar. Vas a decirme cómo estás, porque yo no puedo estar aquí y necesito saberlo.

Asiento, sorprendida por su cambio, tan serio ahora.

—Hay otra cosa.

Mira sus manos y se quita un anillo de acero del dedo.

—No es así cómo lo había imaginado, pero por ahora…

Sujeta mi mano entre las suyas, estoy llorando de nuevo. Me sonríe, una sonrisa dulce, cargada de emoción.

—¿Quieres casarte conmigo?

No me salen las palabras. Digo un sí entre lágrimas y me pone el anillo, que me queda grande.

Hay unos golpes en la puerta, Ezio entra, mira la bolsa de deporte en la cama.

—Vamos. Que no llegas.

Se fija en mi mano y pone una enorme sonrisa.

Paolo coge la bolsa, me da un beso rápido y sale del cuarto con mi hermano.

Me siento en la cama y me seco las lágrimas, esta vez son de felicidad, y miro mi anillo.

No es lo que se espera, pero entre nosotros, he aprendido que no podemos hacer planes, que solo tengo que dejarme llevar.

El teléfono móvil vibra. Tengo un mensaje de él.

"Mira las redes"

Me envía una captura. El beso en la grada y debajo, el texto: Ferraro firma el contrato de su vida.

Es oficial. Nuestra nueva vida, ha comenzado.

FIN

Corazones En La Toscana

Amores intensos, heridas que aún duelen, segundas oportunidades y el vértigo de volver a sentir.

La Serie Corazones en la Toscana reúne novelas románticas independientes, unidas por la misma esencia: personajes imperfectos, relaciones que arden entre la tensión y el deseo, y escenarios que van de Bruselas a la Toscana, con el corazón siempre como campo de batalla.

Cada historia te llevará a descubrir que el amor no siempre llega en el mejor momento… pero siempre llega para cambiarlo todo.

Como un lunes sin ti *– Carlos, acostumbrado a vivir bajo control, arriesga su carrera y su vida entera para viajar a la Toscana e intentar conquistar a Luca.*

El lugar de lo que no dijimos *– Paolo regresa al viñedo familiar y se reencuentra con Martina, la mujer que siempre lo quiso en silencio.*

Quédate hasta el amanecer *– Solo una noche. Un beso más. Y al amanecer él cambiará todo por ella.*



Como un lunes sin ti

Lo suyo empezó como una noche sin promesas… y terminó siendo un viaje capaz de cambiarlo todo.

-Novela independiente-

Carlos solía tenerlo todo bajo control: su carrera, sus sentimientos, su vida.
Pero desde que Luca entró en escena —con su ironía mordaz, su acento italiano y esa forma de mirarlo como si supiera exactamente lo que oculta—, el mundo se le ha desordenado por completo.

Lo que comenzó como una noche sin nombres ni promesas se convierte en una obsesión que ni el trabajo ni la distancia pueden apagar. Porque Luca no solo le recuerda lo que es desear… le recuerda lo que es sentir.

Y Carlos, que lleva años huyendo de cualquier emoción que lo saque del camino marcado, va a tener que pelear por ella. Sin mapas. Sin estrategias. Con el corazón al desnudo.
Una novela adictiva, cargada de tensión y emoción, sobre dos personas que no se buscaban… pero que podrían ser justo lo que el otro necesitaba.

Un viaje a la Toscana, un hombre dispuesto a dejarlo todo y una mujer que nunca pensó ser conquistada.

Serie El Paisaje Del Corazón

Todos tenemos heridas. Algunos las esconden. Otros las convierten en fuerza.

El paisaje del corazón es una serie de novelas románticas independientes que exploran cómo se vive el amor cuando se arrastra un pasado que pesa.

Chicos que han tenido que crecer demasiado rápido. Familias rotas. Silencios que duelen. Pero también miradas que curan, lugares donde por in se puede respirar, y personas que enseñan que no todo está perdido.

Cada historia es un viaje de amor y descubrimiento, donde los protagonistas se enfrentan a su historia para escribir la suya propia.

Perfecta para lectoras que buscan emociones reales, relaciones intensas y personajes que luchan por su lugar en el mundo... y en el corazón de alguien.

Serie Aroma De Café Y Canela

Hay aromas que curan, palabras que abrigan y miradas que despiertan lo que creías dormido.

"Aroma de Café y Canela" es una serie de novelas románticas independientes que exploran el poder de los pequeños encuentros y los espacios íntimos donde todo puede comenzar de nuevo.

Con camareros que no solo sirven café, sino también consuelo; y mujeres que aprenden a soltar el miedo y volver a confiar, cada historia invita a saborear el amor a fuego lento.

Un café, una charla, una caricia… y el corazón vuelve a latir.

[i] Tarta de masa quebrada con mermelada, típico postre casero.

[ii] La historia de Carlos y Cecilia forma parte del libro Todos mis besos son para ti. Carlos y Luca tienen su propio libro Como un lunes sin ti. ¿Te atreves a conocer su historia?

[iii] Bienvenido, Paolo. Serás nuestro organizador de juego.